

AÑO 8. N.º 74 DICIEMBRE 96. 550 PTAS.

EDUCACION Y BIBLIOTECA

REVISTA MENSUAL DE DOCUMENTACION Y RECURSOS DIDACTICOS



MONOGRÁFICO
La imagen social de la biblioteca

PUBLICIDAD

S • U • M • A • R • I • O

EDUCACION Y BIBLIOTECA, 74 • DICIEMBRE 1996

MONOGRÁFICO La imagen social de la biblioteca en España

4
Buzón del lector
5
Editorial
7
Presentación
74
Bibliografía

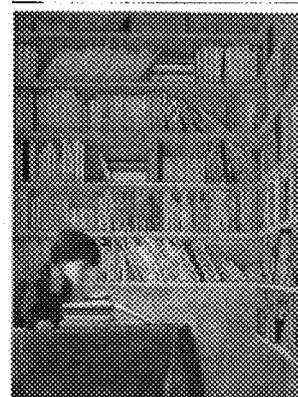


8

LA BIBLIOTECA EN LA NARRATIVA

Una imagen oculta en el espejo

Por Francisco Solano



27

LA BIBLIOTECA EN LOS LIBROS INFANTILES Y JUVENILES

De buena casa, buena brasa

Por Ana Garralón

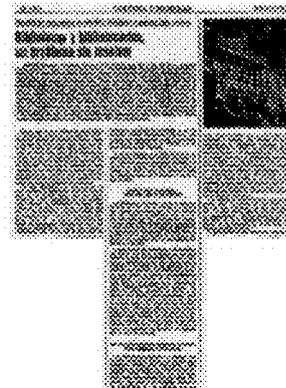


46

LA BIBLIOTECA EN EL CINE

Realidad y ficción

Por Antonia Ontoria



60

LA BIBLIOTECA EN LA PRENSA DIARIA

Crónica de abandonos

Por Esther García Pérez

BUZÓN DEL LECTOR

➤ FELIZ NAVIDAD Y AÑO
NUEVO 1997

(más próspero y mejor)

Queridos Reyes Magos:

Mi hermana y yo teníamos muchas ganas de escribiros porque hemos sido más buenos que el año pasado. Ahora somos más mayores y quisiéramos que en estas fechas penséis un poco en nosotros y, en nuestros juegos y juguetes que debemos pedir.

Nos gustaría que los papás jugaran más con nosotros. Que nos escucharan más y nos leyeran cuentos, antes de plantarnos delante de esa máquina que llaman televisión. Porque echamos mucho de menos jugar con ellas, que nos ayuden a hacer los deberes y que nos escuchen.

Yo este año no os voy a pedir pistolas. Ya sé que con ellas se mata y se hace mucho daño. Tampoco cañones y soldaditos porque hay muchas guerras y la gente sufre. ¡Abajo las armas, no queremos papás muertos! A mí me ha gustado desde siempre el tener ami-

gos en todo el mundo, la naturaleza y los animales. ¿Por qué quieréis hablar de paz sólo nos enseñan monstruos y formas de matar, y nos ponen películas con tanta violencia?

Mi hermana pequeña también quiere deciros que tampoco entiende por qué juega tanto a las casitas cuando ella sólo es una niña. Ella quiere jugar con niños también y piensa que de mayor no se va a dedicar sólo a tener bebés. Me dice ella que siempre no va a hacer las cosas de la casa y la comida, porque hay más cosas que hacer en la vida y se va a esforzar en conseguirlas.

Ella y yo nos aburrimos de jugar solos y con juguetes que son diferentes y que nunca hacen tantas cosas como dice la tele. Incluso algunas veces como son mecánicas, siempre hacen lo mismo y sólo podemos mirarlos. Yo antes pedía como muchos niños estos juguetes de siempre, pero es que les han engañado diciéndoles que eran muy divertidas con tanto anuncio con musiquita.

Además, seguro que vosotros con lo buenos que sois, no tenéis tanto dinero para comprar juguetes caros para todos los niños. Cuando siempre se regala atención y cariño sobran muchas cosas.

Vosotros sois buenos. Así que no nos traigáis demasiadas cosas caras y complicadas causando a los camellos. Con nuestra imaginación, con nuestra familia y más niños puedo inventar muchas historias. Majestades, acordaros también de esos niños y padres que veo en mi ciudad o en la tele, a veces de color y venidos desde muy lejos como vosotros, que no tienen nada. Ni siquiera para comer.

Besitos para los tres.

Se me olvidaba. Acordaros de mis abuelos y nos enseñéis a crear un futuro mejor.

Con los mejores deseos de:

LOS TRABAJADORES DEL CENTRO CÍVICO Y DE LA BIBLIOTECA MUNICIPAL DE SAN JERÓNIMO (SEVILLA)

PUBLICIDAD

FUNDADOR:

Francisco J. Bernal

DIRECTOR:

Javier Pérez Iglesias

REDACTOR:

Benjamín Cabaleiro

COORDINADOR-EDICIÓN:

Francisco Solano

SECRETARIA DE

REDACCIÓN:

Ana Párraga

DISEÑO:

Esther Martínez

PORTADA:

Fernando Merino

**LITERATURA INFANTIL Y
JUVENIL:**

Cristina Ameijeiras

RECURSOS DIDÁCTICOS:

Jesús Morán

REDACCIÓN:

Plaza República del Ecuador, 2. 4º

28016 Madrid

Tel. (91) 457 08 66

Fax: (91) 457 14 69

EDITA:

**TILDE Servicios Editoriales,
S.A.** en colaboración con
**Asociación Educación y
Bibliotecas**

PRESIDENTA:

Juana Abellán

PUBLICIDAD:

Lourdes Rodríguez

Tel. (91) 457 63 95

SUSCRIPCIONES Y

ADMINISTRACIÓN:

Mª Jesús Sanz

TILDE, S.A.

Pza. República del Ecuador,

2. 4º - 28016 Madrid

Tel. (91) 457 21 01

Fax: (91) 457 14 69

DEPÓSITO LEGAL:

M-18156-1989

ISSN: 0214-7491

IMPRIME:

OMNIA IG. MANTUANO, 27

28002 MADRID

FOTOCOMPOSICIÓN:

INFORAMA

TEL. (91) 562 99 33

Educación y Biblioteca no hace necesariamente suyas las opiniones y criterios expresados por sus colaboradores.

En este número monográfico de finales de año, época de proyectos, propósitos y recapitulaciones, presentamos cuatro trabajos sobre la imagen social de las bibliotecas. Francisco Solano utiliza como fuente para su ensayo la novela del siglo XX. Antonia Ontoria hace una revisión de la aparición de bibliotecas y profesionales en el cine y Ana Garralón explora la literatura infantil y juvenil. En los tres casos se trabaja con testimonios subjetivos. Los episodios y personajes pertenecen a la lógica de un mundo creado por el autor, pero también son reflejo y síntoma de la realidad.

Unas veces las bibliotecas aparecen hiperbolizadas en su función de centro de información y se representan como un lugar en el que se solucionan todos los enigmas. En otros casos se nos transmite una imagen de lugar cerrado, inaccesible, polvoriento, alejado de la vida. Encontramos espacios dominados por la fantasía o escenarios reconocibles en nuestro entorno.

El trabajo de Esther García repasa una selección de los últimos diez años de prensa diaria en España, y es aquí donde el panorama resulta especialmente triste ¿Debemos pensar que la prensa sólo considera reseñables las malas noticias? Más bien lo que pone de manifiesto es que la imagen social de las bibliotecas en España está condicionada por años de abandono y por unas circunstancias que nos sitúan a mucha distancia de los países que han creado un sistema bibliotecario eficaz.

Al día de hoy no está garantizado el acceso a la lectura pública en todo el país. Muchas localidades no cuentan con bibliotecas, o están deficientemente dotadas de medios, o los horarios no se ajustan a las necesidades de los usuarios. Aspectos como el libre acceso a los fondos, el préstamo interbibliotecario de documentos, el marketing o la visión de la biblioteca pública como un servicio de información para la comunidad tienen una amplia aceptación teórica pero no tanta plasmación real como sería deseable.

La imagen y el deseo

Por supuesto existen muchas experiencias que contradicen ese lugar común de la biblioteca como almacén y del bibliotecario como guardián. Utilizando palabras de Blanca Calvo cada vez hay más excepciones que pueden "cambiar la regla", pero aún estamos muy lejos de que la sociedad perciba las bibliotecas como espacios que le pertenecen, a donde se puede acudir en busca de entretenimiento, información o para seguir aprendiendo.

Nuestros jóvenes abandonan el sistema educativo sin necesidad, muy a menudo sin posibilidad, de pisar una biblioteca; en muchos casos los fondos están anticuados o no se corresponden con las necesidades de los usuarios. Pero sobre todo, está el problema de que no existe un hábito de lectura generalizado y no se han hecho los esfuerzos necesarios para que esto cambie.

La fuerza con la que han irrumpido las nuevas tecnologías en el ámbito de las bibliotecas no supone una garantía de mejora. La tecnología es sólo un medio, poderosísimo es verdad, que no garantiza ni mayor acercamiento de las bibliotecas a sus clientes potenciales, ni un mayor interés de estos últimos por utilizarlas.

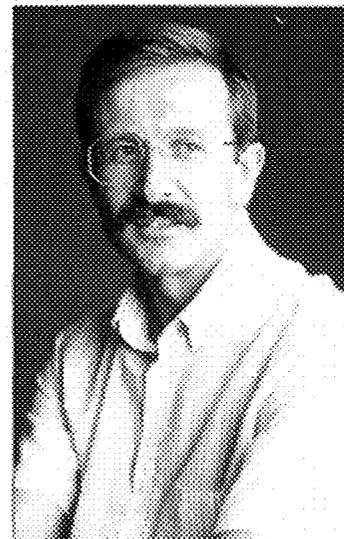
Cada vez se escucha hablar más de la sociedad de la información, del valor de la información, de los cambios que todo esto supone para los profesionales de nuestro ámbito. Sin embargo, en el inconsciente colectivo, sigue enquistada la imagen del bibliotecario "guardalibros" o de la bibliotecaria con moño, gafas y carácter amargado ¡Y estamos "hasta el moño" de semejante representación!

Los trabajos que aquí publicamos se han realizado gracias a una ayuda que el Ministerio de Educación y Cultura concedió a la Asociación Educación y Bibliotecas en mayo de este año.

Son sólo una primera aproximación a un campo que puede dar mucho más de sí, y que no pretenden suplir otro tipo de estudios que nos podrían ayudar a conocer cómo percibe la sociedad el trabajo de los profesionales de las bibliotecas: encuestas a los usuarios reales y potenciales; estudios de género tan importantes en una profesión que se sigue considerando "femenina" y en la que las mujeres son mayoría; trabajos que relacionen la situación de nuestro país con la de otros países, etcétera.

Despedimos el año con nuestros mejores deseos para que la situación de las bibliotecas cambie y haga cambiar la forma en que las ve su público. Todos y todas tenemos algo que hacer para que esto ocurra.

PUBLICIDAD



Este número de EDUCACIÓN Y BIBLIOTECA está dedicado a la memoria de Francisco J. Bernal en el quinto aniversario de su muerte (19-XII-91).

La imagen, o idea previa, que sobre una institución tiene la sociedad, es determinante, para bien o para mal, del valor que dicha institución suscita entre los ciudadanos. Nadie duda de la importancia, por ejemplo, de un hospital, aunque no sea un modelo de eficacia, pues sus deficiencias serán menos relevantes que el valor de su función social. Sobre las bibliotecas, en cambio, no se tiene una idea acorde con su necesidad. Sin embargo, ambas instituciones cumplen, cada una en su ámbito, una función similar.

Supongo que la equiparación entre hospitales y bibliotecas propone una equivalencia demasiado rotunda. Pero no se trata de una comparación impertinente. Aquella imagen decimonónica del hospital como taller de reparación de cuerpos, ha dado lugar a otra imagen más humanitaria y aséptica, pero donde el factor humano es imprescindible. El hospital, por tanto, ha modificado la calidad de sus servicios, y estas prestaciones han generado una imagen verdaderamente acorde con la realidad actual.

Sobre la biblioteca, sin embargo, parece imperar una imagen fosilizada, la misma que promovían aquellos vetustos edificios polvorientos que mostraban la biblioteca como un triste almacén de libros. Lo cierto es que esa imagen persiste de un modo más que recurrente, hasta el punto de que podríamos decir que se ha hecho canónica. Al menos ésta es la imagen definitiva que se desprende de la biblioteca después de consultar las hemerotecas, y que reflejan, igualmente, el cine, la literatura infantil y juvenil y la narrativa actual. Cabría preguntar a qué se debe la persistencia de esta imagen que niega la "modernidad" de la biblioteca. Pues, como los hospitales, también las bibliotecas se han transformado y dotado de recursos, prestaciones y servicios que la distancian considerablemente de aquella imagen vetusta.

Tal vez la respuesta se encuentre en el escaso uso que de las bibliotecas hace el ciudadano común. Así pues, podríamos considerar que esa imagen polvorienta de las bibliotecas persiste por desconocimiento. Lo sorprendente, sin embargo, es la analogía entre esa imagen del ciudadano común (que cabe llamar prejuicio) con la que sostienen la mayoría de los libros, noticias de prensa y películas recogidas en los cuatro ensayos de este número de EDUCACION Y BIBLIOTECA.

Cuando, desde la redacción de la revista, nos propusimos realizar este trabajo, nos guiaba el propósito de ofrecer una imagen social de la biblioteca controvertida y compleja, que suscitara la realidad de un mundo en expansión, tan necesario como palpitante y diverso. Lo cierto es que la biblioteca, al no estar enraizada en la vida social (como lo están los hospitales, para seguir con el símil) carece, por tanto, de dinamismo, o mejor, su dinámica opera dando vueltas siempre sobre la misma imagen petrificada, de la que se sirven también escritores, periodistas y cineastas.

¿Pero hasta qué punto esta imagen es verdadera? No importa, sin embargo, que sea verdadera, lo importante es que es real. Así es, pese a quien pese, y contra esa imagen vetusta, poco atractiva, que confiere a los bibliotecarios y a la biblioteca un nivel social secundario, por no decir prescindible, sólo queda conocer mejor esa imagen agraviosa para modificar su influencia. Y también, si es posible, para convencer al ciudadano común (y a nosotros mismos) de las diferencias entre una caricatura y un retrato. Porque no cabe duda de que mucho de lo que reflejan estos ensayos tiene una particular tendencia a la deformidad que hace risible el mundo de las bibliotecas. ¿Por qué suscitan las bibliotecas tanta incomprensión, por qué son tan poco queridas y admiradas? ¿De dónde proviene esa deformidad? ¿Y hasta cuándo deberán soportar tanto ridículo?

FRANCISCO SOLANO

LA BIBLIOTECA EN LA NARRATIVA

Una imagen oculta en el espejo

• FRANCISCO SOLANO

Cualquier lector medianamente fiel al hábito de la lectura, quiero decir, el curioso lector, tiene sobre la biblioteca alguna imagen, e incluso alguna idea, más o menos precisa, derivada de su propia experiencia. Sería raro, pero no inconcebiblemente extraño, que no hubiera pisado nunca una biblioteca. No diré que sea usuario o visitante habitual, digo sólo que su propio hábito de lectura le habrá impuesto alguna noción acerca de la biblioteca. Apelo, por tanto, a ese lector (al mismo lector que ahora lee estas líneas), para establecer una composición de lugar. Supongamos que le encargan, a algún pintor de éxito, la elaboración de un cuadro alegórico sobre las relaciones entre la biblioteca y la narrativa. No es improbable, y posiblemente será inevitable, que algunos de los elementos que determinen el cuadro recuerden el universo de Borges. ¿Es posible concebir biblioteca y ficción sin mencionar a Borges? Sin duda se puede concebir, pero a costa de una brutal mutilación. Esté o no presente, Borges estaría irremediablemente convocado en esa alegoría. Del mismo modo, un estudio sobre la representación de la biblioteca en la narrativa no puede prescindir (ni quiere prescindir) de uno de los textos capitales de Borges, *La biblioteca de Babel*, ese cuento, ensayo o infinito espejo donde la biblioteca es una gran metáfora del universo del hombre.

Ningún bibliotecario o amante de los libros habrá dejado de leer *La biblioteca de Babel* con esa cálida fruición que se destina a los textos particularmente emblemáticos. Sin duda es uno de los cuentos más memorables de Borges, un texto preciso y hermoso, cuya capacidad de hipnosis lleva al lector al centro mismo del laberinto, es decir, según Borges, a una de las formas en que se manifiesta el universo. En consecuencia, si el universo es un laberinto y el laberinto, una biblioteca, ésta será, por tanto, un lugar para perderse, un espacio donde el hombre, y las creaciones del hombre, tendrán siempre un claro reflejo de

su significación, no serán meras cosas añadidas a la realidad, sino proyecciones de su imaginación. Perdida entre otras líneas más abstractas, escribe Borges en *La biblioteca de Babel*: "Nadie puede articular una sílaba que no esté llena de ternuras y de temores". La aparición de la biblioteca en la narrativa contemporánea (lo adelantamos ya como hipótesis de trabajo) tiene esa condición paradójica: está llena de ternuras y de temores. De hecho, sólo en muy contadas ocasiones tiene la biblioteca un papel relevante o alguna entidad decisiva; generalmente es circunstancial, un tránsito para la obtención de una información, por ejemplo, o algún otro requisito exigido por la acción o el carácter de los personajes.

Pero tal vez sea conveniente, antes de entrar en materia, establecer las líneas de lo que entendemos por espacio en la novela contemporánea, puesto que la biblioteca es, sobre todo, un espacio, un lugar que, como un salón de baile, una oficina o un bar, no necesita de una descripción exhaustiva para que el lector la reconozca.

El espacio en la novela

El espacio de una novela no tiene una función específica en la narración, ni es tampoco una técnica; acaso, de ser algo, sea la representación imaginaria de una realidad probable, por tanto, también imaginaria. Hablar hoy del espacio novelesco es señalar, cuanto menos, un ámbito desplazado, de difícil manejabilidad, usar un término que está disuelto, por exceso de ambigüedad, en los contornos mismos de la novela. En la novela naturalista del siglo XIX, las relaciones entre espacio y personaje eran de subordinación; el personaje estaba determinado -pero también protegido- por el medio; salir de él, transgredir sus fronteras, significaba la muerte. Piénsese, a este respecto, en *Madame Bovary*, que también es una superación del naturalismo. El espacio, entonces, se confundía con la realidad física y social, marcaba sus

leyes, proveía de una moral que condicionaba la imaginación del escritor.

Pero todo esto se vino abajo a principios de este siglo. El procedimiento se ha invertido; el personaje ya no se constituye en una especie de prolongación del espacio, sino que éste es una creación anímica del personaje. Primero fue la descripción del paisaje natural, luego fue una ciudad, después un barrio, más adelante una calle; ahora puede ser un cuarto o un cubo de basura. El espacio que podría describir hoy el novelista no está en ningún sitio; puede ser cualquier lugar.

Al espacio novelesco le ha sucedido la invasión de una invisible presencia que, como en el cuento *Casa tomada* de Cortázar, arroja a los personajes fuera de su ámbito, dejándoles vacilantes en la lástima de su exilio y a la intemperie. Para no ser pasto de la invasión, han cerrado su propia casa y tirado la llave a una alcantarilla. No hay retorno, saben que ya no podrán volver, y el cuento nada dice de otro lugar; sólo queda, donde antes hubo un cuadro, una sombra en la pared.

Esa ausencia no exige, en la novela actual, las habilidades descriptivas de la novela decimonónica. Basta ahora una rápida mención, o indicar cualquier objeto, para poner en movimiento a un personaje. Con ello ya se crea un espacio probable, pero es un espacio que apela a la imaginación del lector, a su necesidad de establecer el marco visual de la narración. El lector, de un modo u otro, precisa de un lugar para que su imaginación no flote a la deriva. Interroga al texto sobre el espacio donde la historia sucede, pero ese espacio se construye imaginariamente en su propia cabeza a partir de unos pocos datos. Las pasiones, los debates de los personajes con la realidad externa, surgen de la vida anímica de esas criaturas de ficción, y poco cuenta el espacio interno de la novela, excepto como un conflicto de íntima discordia con el mundo. Dada esa discordia, la descripción de un espacio no se convierte en objeto explícito de la narración, sino que se establece de un modo tácito en la mente del lector.

¿Qué es una imagen?

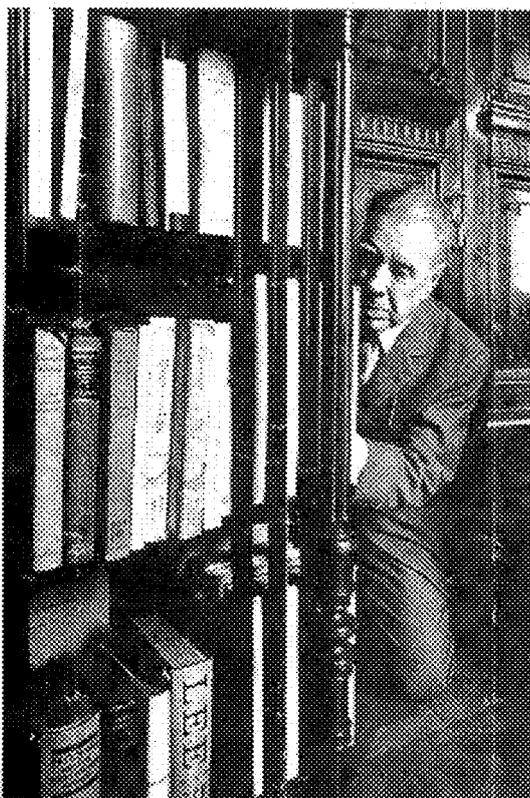
Formular esta pregunta en una sociedad dominada por la imagen puede parecer, de entrada, un ejercicio de redundancia. Sin embargo, precisamente porque la

saturación de imágenes y su predominio resulta hoy un rasgo demasiado común, la pregunta no es del todo impertinente y nos permitirá, tal vez, delimitar las diferencias entre la imagen y su representación escrita, y acaso establecer qué es, o qué entendemos aquí por imagen, y al mismo tiempo conocer cómo opera esa imagen en una narración. Recordemos la definición más conocida de imagen: "una representación mental de alguna cosa percibida por los sentidos". Ahora bien no podemos, sin restringirla a sus aspectos más primarios (un espacio lleno de libros), considerar la biblioteca como una cosa, sino más bien como una suma infinita de cosas. Excepto por

sus claras dimensiones arquitectónicas, la biblioteca no tiene límites; una biblioteca comienza, por decirlo así, en el instante mismo de la lectura, puesto que leer es, por definición, postular la existencia de la biblioteca. No hay libro, por tanto, que no forme parte de una biblioteca. La noción de libro único es un arcaico sueño teocrático, o el ideal risueño de algún fatigado lector. El acto de leer funda, en efecto, la realidad probable de la biblioteca, y así la biblioteca, además de ser la memoria de lo leído (no importa por quién), también es la memoria futura de todo aquello que aún queda por leer, y que algún día leerá un innominado o anónimo lector. A la biblioteca la configura, por tanto, la lectura, y la determina la memoria y las experiencias de cada lector. Es una entidad muy compleja (el uni-

verso, según Borges), pero no sólo por ser la depositaria documental de la memoria de la humanidad, sino por la naturaleza de su organismo, imposible de abarcar como una cosa unívoca.

Así pues, la noción más común de imagen debe entenderse aquí según una amplia acepción que incluiría todas las muestras o representaciones capaces de evocar una biblioteca. A excepción de unas pocas novelas (por ejemplo, *Auto de fe*, de Elias Canetti, o *El nombre de la rosa*, de Umberto Eco, cuyas tramas argumentales son inconcebibles sin el protagonismo de la biblioteca), en la mayoría de las narraciones abordadas en este estudio la presencia de la biblioteca surge de un modo ocasional, corresponde sólo a un tramo episódico, o simplemente se incorpora al relato como una anécdota más, incluso no siempre significativa, aunque sin duda imprescindible (puesto que está ahí) y por tanto dotada de importancia. Con esto queremos sugerir que, por pequeña que sea la relación entre la biblioteca y la trama



PUBLICIDAD

de la novela en que aquella aparece (y muchas veces, claro está, la relación no es consustancial, sino meramente decorativa), no por ello dejaremos de prestar atención a esa asunción modesta que, de todos modos, está ofreciendo también una imagen implícita de la biblioteca. Un caso significativo es *Ulises*, de James Joyce, cuyo capítulo 9, que consiste en una extensa exposición de Stephen Dedalus sobre ciertos aspectos de la obra de Shakespeare, sucede enteramente en el despacho del director de la Biblioteca Nacional de Dublín, pero las referencias están trazadas con una mirada como de soslayo, tanto al bibliotecario ("Las puertas del descubrimiento abiertas para dejar entrar al bibliotecario cuáquero, de botines suavemente crujientes, calvo, ojerudo y diligente"), como a la misma biblioteca ("Ideas en ataúdes alrededor mío, en cajas de momias, embalsamadas en especia de palabras. Tot, dios de las bibliotecas, un dios pájaro, coronado por la luna. Y yo escuché la voz de ese sumo sacerdote egipcio. En cámaras pintadas cargadas de tejas libros"). Es evidente que aquí Joyce, a través de su personaje Stephen Dedalus, está ofreciendo una visión, al mismo tiempo crepuscular y extática, del bibliotecario como guardián del conocimiento, y de la biblioteca como una suma de ataúdes o un cementerio de ideas. Esta imagen, con toda su carga poética, pese a no ser nada complaciente, se revela de un modo muy persistente para la mente del lector, quien seguramente sentirá la sombra de ese pájaro mitológico revoloteando alrededor de su cabeza. Pero no siempre la presencia de la biblioteca suscita una imagen poética. Por lo general, el tratamiento será más descriptivo que poético, aunque siempre será posible extraer alguna idea sobre las relaciones entre el escritor y los libros, o dicho de otra manera, entre lo que los libros dicen sobre sus relaciones con los otros libros.

Por razones de proximidad temporal, y porque esa proximidad nos proporciona la imagen de la biblioteca que se refleja, hoy, en la novelística contemporánea, este estudio se limita a la producción narrativa del siglo XX. De ahí que todas las novelas aquí seleccionadas hayan sido publicadas a partir de 1900. Se han utilizado siempre traducciones al castellano (o español), sin tener en cuenta el primer año de edición española. La selección ha sido fruto de un azar deliberado, es decir, guiada por el azar de las propias lecturas con la memoria de lecturas precedentes, y con la valiosa ayuda del libro, editado por Éditions du Cercle de la Librairie en 1993, *Drôles de bibliothèques...*, a cuyas autoras, Anne-Marie Chaintreau y Renée Lemaître, les corresponde la idea original.

Los escritores y las bibliotecas

En nuestro país es especialmente estruendosa una noción degradante sobre los libros. A la lectura se le supone, a partes iguales, o un inmenso poder maléfi-

co (muy mala para los niños) o la llave que abre insospechados mundos de fantasía. Aquí a los libros se les alaban sin mesura o se les sepulta en el olvido. Y así sucede que, pese a la aparente normalización de nuestras instituciones con las de otros países europeos, aún no ha sido superado del todo aquel afán de la sobrina y el ama de culpar a los libros de la biblioteca de don Quijote de los desvarios del ilustre manchego. Esta imagen, hoy tal vez exagerada, refleja no obstante un inconsciente desdén por la letra impresa ("tal era la gana que las dos tenían de la muerte de aquellos inocentes") muy semejante a la política de escaso o nulo apoyo que actualmente padece nuestro sistema bibliotecario.

Ya no sorprende a nadie, y casi se ha convertido en tópico, la poca estimación de que gozan en nuestro país las bibliotecas. Probablemente se trata de un desinterés, o por mejor decir, de una indiferencia tan arraigada en el alma misma de esta tierra que es inimaginable soñar que algún día nuestras bibliotecas puedan tener la misma consideración que les dedica, por ejemplo, Francia, por no citar la excelencia del sistema bibliotecario de los países nórdicos. Sin embargo, sí resulta sorprendente, tan sorprendente como paradójico, que los propios escritores (de los que cabe esperar una mayor conciencia frente a este tema) no hayan manifestado su desagrado y malestar ante un problema que afecta directamente a su trabajo.

En un editorial de EDITORIAL Y BIBLIOTECA (número 29, septiembre, 1992) se decía: "¿Quién defiende a las bibliotecas? No, desde luego, los intelectuales, que raramente dedican una cuartilla al tema. Por su empeinado silencio, se podría pensar que vivimos todos con acceso directo a la Biblioteca de Alejandría". Lo cierto es que, con la excepción notable de algunos escritores (no queremos dejar de nombrar a Emilio Lledó, en el ámbito universitario, y a Muñoz Molina, que ha dedicado hermosos artículos en defensa de las bibliotecas municipales) ese silencio resulta más que significativo, puesto que supone una triste complicidad con la indiferencia general, al tiempo que delata la desprotección del trabajo diario de tantos bibliotecarios, abandonados hoy a su suerte sin otro aval ni mérito que su propio esfuerzo, y por otro lado tan incomprendidos y maltratados por esa recurrente imagen grotesca de la que aún se nutre la imaginación común. Pues no cabe duda de que todavía es muy persistente esa imagen tipificada del bibliotecario como un ser atrabiliario y hostil, cuyo aspecto y modales parecen más de carcelero o verdugo que de custodio de libros. ¿Es esta imagen, grabada a fuego en la memoria, la causa de la mudez de nuestros intelectuales, la razón oculta que impide a



los escritores manifestarse a favor de las bibliotecas? En cualquier caso, ese silencio no puede pasarse por alto; indirectamente explica algunas de las imágenes que veremos luego reflejadas en las novelas. La experiencia de cada escritor es única, y en cierto sentido intransferible, pero su escritura, como no podía ser de otra manera, se nutre también del imaginario colectivo. De ahí que en muchos textos se recojan esas imágenes tópicas que cualquier lector puede identificar sin esfuerzo: el bibliotecario incompetente, la biblioteca polvorienta y ruínosa, la estupidez y ridículo de los usuarios, etcétera. Sin embargo, una lectura detallada de las novelas en donde aparece algún aspecto del mundo de las bibliotecas, pese a que en general no alcanzan una gran variedad, sí proporcionan una visión múltiple que sobrepasa esa mirada tópica y nos enfrenta a un universo de sugerencias mucho más rico del que en principio cabría esperar.

El vértigo del saber

En las novelas donde la biblioteca tiene un protagonismo decisivo, hay que constatar la coincidencia de una recurrente expresión de agobio frente a la inmensidad acumulada de saber, cuya visión aplasta al visitante ante la imposibilidad de abarcar esos conocimientos en el transcurso de una vida. A este respecto la biblioteca muestra un doble rostro de orden y caos, de revelación feliz por tantas maravillas conservadas, al alcance de la mano, y de pesar insoportable por todo lo que permanecerá ignorado sin remedio. El general Stumm, de *El hombre sin atributos* (Musil), ve así la biblioteca: "Toda la nave estaba emparedada con estanterías y sus correspondientes anaqueles; en todas partes aparecían escaleras para subir hasta los libros más altos, y catálogos y bibliografías cubrían los pupitres y mesas; en suma: la quintaesencia del saber y, sin embargo, ningún libro decente para leer; nada más que libros sobre libros; olía también a fósforo cerebral y no me equivoco si afirmo que me parecía haber conseguido algo. Pero naturalmente, cuando el hombre quiso dejarme solo, sentí una cosa especial, yo diría que angustia, recogimiento, intranquilidad".

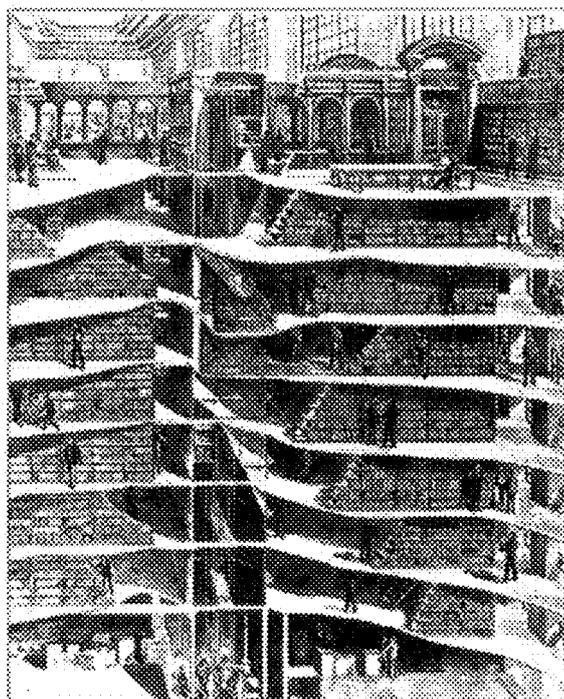
El general, sobrecogido y agobiado por la presencia de tres millones y medio de libros, se ha puesto a hacer cálculos, y el resultado es que necesitaría diez mil años de vida si se propusiera leer todos los volúmenes. Frente a esta descomunal desproporción advierte que hay algo monstruoso: "se me paralizaron las piernas, y el mundo me pareció una farsa. Te vuelvo a decir cómo llegué a tranquilizarme: pensando que allí fallaba algo esencial. Tú objetarás

quizá que no hay por qué leer todos los libros. Y yo te contesto: también en la guerra no hay por qué matar a todos los soldados uno a uno; sin embargo, todos y cada uno son necesarios. Dirás: también todos los libros son necesarios. Pero ves, aquí es donde falla algo, porque esto no es verdad; ¡se lo he preguntado al bibliotecario!"

La respuesta del bibliotecario ya había azorado al general Stumm, ya que aquel le había declarado que el secreto de los buenos bibliotecarios consiste en no leer nada, excepto los títulos e índices: "El que se detiene en su contenido está perdido como bibliotecario. Nunca obtendrá una idea de conjunto".

Aquí se manifiestan dos actitudes contrapuestas, la del hombre atento a las ideas, interesado por el contenido de los libros, y la del bibliotecario cuya función primordial es despejar la incertidumbre, reducir la enorme complejidad del saber a un orden válido y facilitar a cualquier lector el acceso sistemático

a ese saber. La sorpresa del general alcanza, sin embargo, cotas de verdadera decepción, hasta hacerle dudar de la adecuada preparación del bibliotecario. ¿Cómo puede desenvolverse con eficacia en esa selva de publicaciones alguien que no lee nunca un libro? "¿Y es usted doctor", pregunta el general al bibliotecario en la fiebre última de su perplejidad. Pero la respuesta del bibliotecario no admite ya más interrogantes, él es un custodio de los libros, no un creador o un filósofo: "Claro que lo soy; incluso catedrático de la Universidad, docente privado de ciencia bibliotecaria. Es una auténtica ciencia. ¿Cuántos cree que son, mi general, los sistemas empleados para distribuir los libros, para ordenar los títulos, corregir las erratas de imprenta, las indicaciones



falsas de las portadas, y demás?"

Hemos elegido, a manera de pórtico, estos fragmentos de la novela de Musil, porque en la controversia de esas dos actitudes están plasmados casi todos los temas esenciales. Ahí está también la noción de laberinto que líneas atrás recogíamos de Borges, no sólo por la evidente declaración del bibliotecario ("el que se detiene en su contenido está perdido como bibliotecario"), sino porque la angustia del general Stumm es expresión de un vértigo, por tanto, de una desorientación.

Con el evidente influjo de Borges (recordemos que el monje Jorge de Burgos es un trasunto del escritor argentino), Umberto Eco reproduce esa misma noción en *El nombre de la rosa*, sin molestarse siquiera en variar las palabras: "La biblioteca es un gran laberinto, signo del laberinto que es el mundo. Cuando entras en ella no sabes si saldrás".

Es claro, por tanto, que cuando la biblioteca aparece en la narrativa no de un modo episódico o circunstancial, sino dotada de un evidente protagonismo, la imagen que se le adhiere inmediatamente a la biblioteca es la del laberinto. Una noción que también es perceptible en Elías Canetti, aunque en *Auto de Fe* se trata más bien de un extravío interior, pues para el profesor Kien su inmensa biblioteca particular es como una patria: "Todo ser humano necesita una patria, aunque no como la conciben esos patrioterros primitivos o cualquier religión, insulso anticipo de una patria ultraterrena. No, una patria en la que el suelo, el trabajo, los amigos, las diversiones y el espacio espiritual confluyan en un todo natural y organizado, en una especie de cosmos propio. La mejor definición de patria es una biblioteca".

Canetti se propuso, al escribir esta novela (que inicialmente iba a ser la primera de una serie de ocho, cuyo proyecto no llegó a realizar) inventar individuos hiperbólicos que respondieran a la desintegración del mundo que él percibía, un mundo que ya no podía ser recreado desde la perspectiva única del escritor. Había entre esos individuos un fanático religioso, un despilfarrador, un enemigo de la muerte. De todos ellos quedó sólo este profesor Kien, el hombre-libro, un individuo bastante patético, para quien su relación con los libros es mucho más importante que él mismo, y cuyo único atributo es estar compuesto de libros, sin otras emociones o sentimientos que las satisfacciones que le ofrece la posesión de su biblioteca. Se trata de un caso extremo, de una caricatura. El supremo anhelo de Kien es: "poseer una biblioteca bien surtida, ordenada y herméticamente protegida, en la que ningún mueble ni persona superfluos pudieran distraerlo de sus serias elucubraciones". Su biblioteca se compone de veinticinco mil volúmenes, vive entregado a ella, desinteresado de cualquier cosa que pueda alejarlo de su mundo, cualquier modificación le resulta intolerable, e incluso arenga a los propios libros, como si fueran soldados de un vasto ejército, para que se defiendan de la "invasión" de otros lectores que no sean él mismo. He aquí un fragmento de la encendida arenga que pronuncia Kien a los libros: "Si queréis que os arrojen de vuestra patria y os dispersen por el mundo, si queréis ser evaluados, manoseados y comprados como esclavos con los que nadie habla y a los que se escucha a medias cuando realizan sus tareas, esclavos en cuya alma nadie lee, que la gente tiene pero no ama, que deja estropear o revende para obtener beneficios, que utiliza pero no comprende, ¡ cruzad entonces los brazos y entregáros al enemigo! Pero si aún os queda un corazón altivo, un alma valerosa y un espíritu noble: ¡ alzaos conmigo e iniciemos una Guerra Santa!"

No hay, que sepamos, en toda la literatura contemporánea, un personaje en quien confluyan con

más nitidez esos rasgos donde se agrupan por igual el amor fanático a los libros, la intolerancia y la negación a ultranza de otras experiencias. Ni siquiera el protagonista de *Las confesiones de un bibliófago* (Ordaz), un comedor de libros, como indica su título, supera al profesor Kien en extravagancia. A fin de cuentas el bibliófago no está negando los sentidos, ni la necesidad de placer, sólo les está dando un curso insospechado. Kien, en cambio, no sabe nada que no haya extraído de los libros, pero tampoco siente nada que no venga de los libros. En definitiva, ni sabe ni siente nada. No es un hombre que desconozca las pasiones, sino que carece de ellas; su pasión (si se puede llamar así) es poseer y acumular libros, no es un engendro biológico, puesto que en él no hay vida, sólo hay libros, es un hombre-biblioteca. De tal modo que, cuando le arrojan lejos de su casa y de su



escritorio, sólo puede vivir gracias a su prodigiosa memoria, que reproduce los volúmenes de su biblioteca en la cabeza: "No pudo ver ni oír nada; sólo sintió que yacía por tierra y que los bolsillos, costuras y agujeros de su traje eran hurgados por manos de todos los pesos y medidas. El cuerpo entero le temblaba, no por él mismo, sino por su cabeza: podrían desordenarle los libros. Aunque lo maten, no traicionará a sus libros. ¡ Entréganos los libros!, le ordenarían, ¿ dónde están los libros? Pero él no lo haría: ¡ nunca, nunca, nunca! Es un mártir y morirá por sus libros. Sus

labios se agitan; quisieran decirles que está decidido, pero en voz alta no se atreven. Simulan estar hablando. Pero nadie le pregunta nada".

Este extravío del profesor Kien no puede tener, y no tendrá, otro destino que una aceptable y patética autodestrucción. Es un individuo fuera de la realidad, descolocado, neurótico y anacrónico, que se incorpora a destiempo a un mundo desintegrado que no lo admite en su seno. Claro que tampoco él está capacitado para admitir o sentirse admitido en otra realidad habitable que no sea la atmósfera protectora que recibe de los libros. Inútil, incapaz y aturdido por las humillaciones, terminará inmoliéndose, como un mártir fanático, en un incendio que destruirá su biblioteca: "En el estudio, los anaqueles le amenazan con sus fauces abiertas. La alfombra empieza a arder frente al escritorio. Se dirige al cuartito del fondo, junto a la cocina, y saca todos los diarios viejos. Va separando hoja por hoja, las arruga, apilonándolas, y las tira a los rincones. Instala la escalera en el centro de la pieza, donde antes estaba. Se sube al sexto peldaño, vigila el fuego y aguarda. Cuando por fin las llamas lo alcanzaron, se echó a reír a carcajadas como jamás en su vida había reído".

La imagen del incendio de una biblioteca, o de un montón de libros, aparece en distintas novelas, aun-

que no con la frecuencia que cabría esperar. Es el argumento principal de *Fahrenheit 451* (Bradbury), donde en una sociedad futura, habitada por ciudadanos indolentes y felices, los libros están prohibidos (son peligrosos porque ningún libro está de acuerdo con otro); una sociedad donde los bomberos, en lugar de apagar incendios, acuden urgentemente, requeridos por celosos ciudadanos delatores, a las casas donde hay libros, para quemarlos y hacer desaparecer cualquier memoria o rastro de su existencia. Pero el incendio de la biblioteca del profesor Kien, más que con las hogueras de esos bomberos del futuro, tiene cierta semejanza con el incendio final de la Abadía de *El nombre de la rosa* (Eco), cuyas primeras llamas se inician en la biblioteca. En esta novela teológica, de monjes sospechosos y siniestros, y misteriosos asesinatos, la biblioteca es el fundamento, la causa y el origen de los crímenes, y por tanto su celoso guardián expliará también, como el profesor Kien de *Auto de Fe* (Canetti), ese total desprecio que siente hacia los hombres, y se quemará con ella, como un irreplicable libro que nunca podrá ser recobrado. Jorge de Burgos preserva así, mediante el crimen, "la mayor biblioteca de la cristiandad", y en concreto el libro perdido de la poética de Aristóteles sobre la comedia y la risa, del que se conservaba ahí un único ejemplar que, según el monje arrogante y dogmático, podría servir para que la risa aniquilara el miedo a Dios. La biblioteca se convierte aquí, no en una estancia del saber, sino en un lugar reservado al secreto, un lugar que nadie puede violar y al que tampoco se puede acceder sin peligro de muerte. El bibliotecario ha invertido sus papeles, y de custodio se ha transformado en guardián. De igual manera, la biblioteca no representa el conocimiento del saber y de la vida, sino la perdición y la muerte. Guillermo de Baskerville, el monje sagaz, tolerante y amante del saber y de los libros, ve así esa biblioteca antes de que las llamas la destruyan: "El bien de un libro consiste en ser leído. Un libro está hecho de signos que hablan de otros signos, que, a su vez, hablan de las cosas. Sin unos ojos que los lean, un libro contiene signos que no producen conceptos. Y por tanto, es mudo. Quizás esta biblioteca ha nacido para salvar los libros que contiene, pero ahora vive para mantenerlos sepultados".

Imagen del bibliotecario

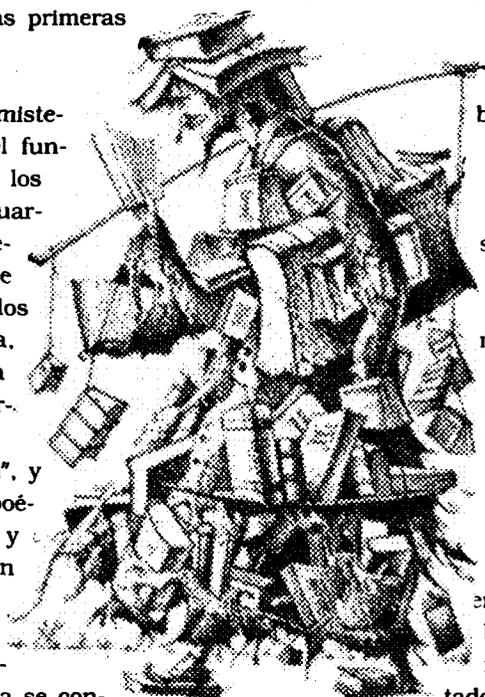
El bibliotecario es un individuo (lo apuntábamos más arriba) idóneo para componer personajes episódicos de características risibles o ridículas, con su porción de intolerancia, propensión a la cólera, malos modales, aspecto de indigente, negado para las incitaciones sensuales, tal vez sin emociones, con un pasa-

do que todos ignoran, entronizado en un perpetuo presente, que lleva con arrogancia patética una vida sedentaria, distraído hasta la estupidez y, no obstante, maniaco del orden, inclinado a perorar sobre la necedad de los hombres, y acaso muy agraviado por una predecible fealdad. No es el payaso de las bofetadas, pero tiene algo del tonto de pueblo. Sobre él recae la responsabilidad de aceptar la gravedad de un destino oscuro y solitario, sin otro amor o afecto que el que recibe de las polvorientas estanterías, y de quien se sospecha que concluirá su vida de cualquier manera, en un triste cuarto de pensión, por ejemplo, y que nadie después lo recordará, ni siquiera los usuarios de toda la vida, que acaso ni notarán su ausencia.

De alguna manera, tanto el bibliotecario al que se dirige el general Stumm (Musil), como el profesor Kien (Canetti) y Jorge de Burgos (Eco), están creados sobre un molde que contiene algunas de estas características. Sus excesos, desmanes y fanatismos son, ciertamente, hiperbólicos, por utilizar la expresión de Canetti. Pero hay que decir que la función misma del bibliotecario, en cuanto que representa la salvaguardia del saber, se presta a ser convertido, a través de las inevitables exageraciones narrativas, en un personaje dudoso, cuyo trabajo sugiere esa desproporción infeliz del hombre solitario enfrentado a una tarea a todas luces desme-

surada, pues el número de libros y publicaciones crece fuera de todo control, y amenaza con hacer inútil cualquier propósito de orden.

En todo caso, para la imaginación y la percepción del mundo del novelista, un bibliotecario es un personaje más, a no ser que tenga una especial relevancia en la trama narrativa. Entonces sí, ahí tal vez el bibliotecario adquiere un estatuto especial, como en los ejemplos arriba mencionados. Aunque lo más corriente, en las novelas consultadas, es una aparición fugaz, de poco relieve, que no suele coincidir con una imagen de agradecimiento a una tarea que debía merecer todo tipo de elogios. En general, en el mundo de la ficción es casi inconcebible encontrar algunas formas derivadas de nobleza o heroicidad encarnadas en la figura del bibliotecario. El agradecimiento a las tareas del bibliotecario es siempre una cortesía más propia de ensayistas o investigadores que de novelistas. Quien haya consultado el grueso volumen *Erasmo y España*, de Marcel Bataillon, habrá observado que en las páginas del prefacio, donde procura hacer justicia a todas las personas que, de una u otra manera, han contribuido con sus aportaciones y ayu-



das a la realización del libro, Bataillon destaca con especial énfasis la contribución de los bibliotecarios: "Pero nuestra deuda más inolvidable es la que hemos contraído con muchísimos miembros del cuerpo de archiveros y bibliotecarios españoles. En esta hora trágica en que España se ve destrozada (1), permítansenos unirlos a todos fraternalmente en nuestra gratitud, jefes y subordinados, muertos y vivos, sin atender a jerarquías y sin enumerar los puestos sucesivos en los cuales, a lo largo de casi veinte años, nos hicieron sentir su bondad y cortesía" (2). No cabe, ciertamente, exigir al novelista un agradecimiento semejante, pues lo más probable, sin duda, es que todo, o la sustancia mejor de su trabajo, se lo deba por completo a su propia imaginación.

Traemos aquí esta comparación, un poco por los pelos, porque la imagen del bibliotecario que vamos a registrar y ver ahora se parece mucho más, en efecto, a esa irredimible representación de la

torpeza y la estupidez dibujada líneas atrás, que a la hermosa imagen de diligencia, fervor y eficacia que suscitó tan nobles sentimientos en Marcel Bataillon.

En su libro de relatos *El sistema periódico*, el escritor italiano Primo Levi nos ofrece un singular retrato, o mejor, un retrato por partida doble (bibliotecaria y bibliotecario, en dos cuentos distintos), cuya descripción no tiene desperdicio. Para el lector que desconozca este libro, acaso no será innecesario decir que, pese a que se trata de relatos, en la acepción inicial del término, reflejan muchas de las experiencias del propio autor en la Italia posterior a la Segunda Guerra Mundial. De ahí que no puedan considerarse, para nuestro propósito, textos de pura imaginación, sino más bien remembranzas de experiencias vividas. Primo Levi era químico de profesión, y con estos textos intentó, tal como indica el epígrafe que abre el libro, contar penas pasadas. Así vio Primo Levi a la bibliotecaria de una fábrica de productos químicos:

"La bibliotecaria, a quien nunca había visto antes, custodiaba la biblioteca como podía hacerlo un perro de pajar, uno de esos pobres perruchos, deliberadamente maleados a golpes de cadena y de hambre; o

mejor aún la defendía como en *El libro de la selva* custodia el tesoro del rey la vieja cobra desdentada y pálida por tantos siglos de tiniebla. La pobre Paglietta era poco menos que un *lusus naturae*. Era pequeña, sin pecho ni caderas, cerúlea, desmembrada y monstruosamente miope; llevaba unas gafas tan gordas y cóncavas que, vista de frente, sus ojos de un celeste casi blanco, parecían lejanísimos, pegados al fondo del cráneo. Daba la impresión de no haber sido nunca joven, aunque seguramente tendría más de treinta años, y de haber nacido allí, en la sombra, entre aquel vago olor a moho".

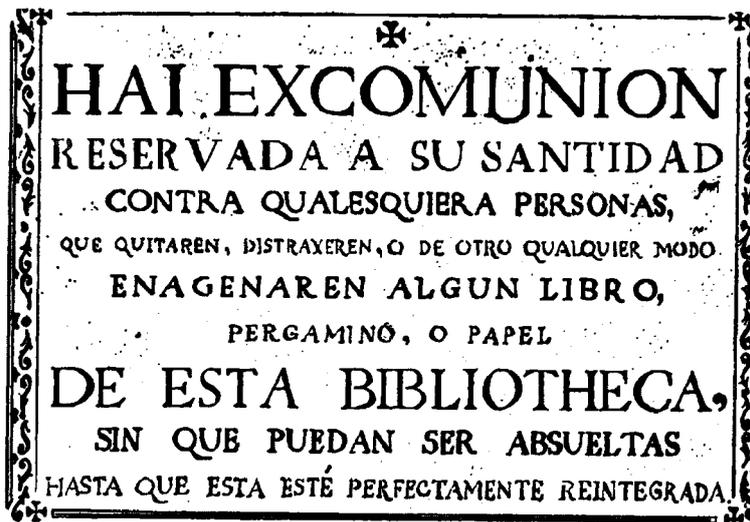
La visión del bibliotecario (que, en esta ocasión, no se trata de un empleado de una entidad privada, sino nada menos que de la "venerable biblioteca del Instituto Químico de la Universidad de Turín"), no desmerece de su antecesora; antes al contrario, posee los mismos rasgos de condición y acaso, quién sabe, si les corresponde a ambos individuos el mismo grupo sanguíneo. Sin embargo, aquí las invectivas de Primo Levi alcanzan también a la dirección del centro, dada la absoluta dejadez que impera en esa biblioteca y el

consiguiente desprecio al lector de un edificio que carece de los mínimos requisitos exigibles para llamarse, con rigor, biblioteca:

"Es probable que la Dirección se atuviese al sabio principio según el cual no conviene alentar ni las artes ni las ciencias. Solamente aquel que se sintiese acuciado por una necesidad absoluta o por una pasión arrolladora podría someterse con buen talante a las pruebas de abnegación que se exigían para consultar aquellos tomos. El horario era breve e irracional, la iluminación escasa y los ficheros estaban desordenados. En invierno no había calefacción de ningún tipo. Tampoco había sillas, sino banquetas metálicas incómodas y ruidosas; y para remate el bibliotecario era un pedazo de alcorcho, incompetente, maleducado y de una fealdad impúdica, a quien habían puesto allí en el umbral para aterrorizar con su aspecto y su ladrido a todos los aspirantes al ingreso".

Poco margen dejan estas estampas del horror, sin duda, para fomentar el placer de leer y estimular en el ciudadano el gusto y la atracción por las pesquisas intelectuales. El bibliotecario aparece aquí como un auténtico enemigo del lector, ejerciendo una función en las antípodas de lo que idealmente sería su tarea, no como alguien que honestamente preserva y protege un tesoro común, sino como un cancerbero, un perro de presa que vigila el acceso de los ciudadanos a los servicios de la biblioteca (según Primo Levi, más imaginarios que reales).

Pero Primo Levi no exagera, o al menos su narrador (él mismo) no es la única víctima de esos celosos



(1) El prefacio está firmado en 1937.

(2) Marcel Bataillon, *Erasmus y España*. Madrid: Fondo de Cultura Económica, 1991 (Cuarta reimpresión en España), p. X.

guardianes. Anatole France retrató, en su novela *La rebelión de los ángeles*, escrita a principios de siglo, a un bibliotecario (no sabemos si basado en algún personaje real, pero compuesto, ahora sí, de una materia esencialmente imaginaria): el señor Sariette, acaso uno de los más enfermizos, ridículos y celosos bibliotecarios de este siglo. Estos son sus hábitos y algunos de los bochornos y mendacidades que diariamente ejerce en su lugar de trabajo:

"Al día siguiente, a las siete en punto, el señor Sariette se incorporaba a su puesto en la biblioteca y catalogaba. Cuando estaba sentado en su escritorio lanzaba a todo visitante una mirada envenenada de Medusa, con el temor de que alguno le pidiera libros prestados. Habría deseado que esa mirada fuera capaz de petrificar no sólo a los magistrados, políticos y prelados que se aprovechaban de su familiaridad con el señor de la casa para pedir cualquier obra, sino también al señor Cayetano, que, como benefactor de la biblioteca, cogía de vez en cuando alguna antigualla licenciosa o impía para los días lluviosos en el campo, o a la señora de Renato Esparvieu cuando venía a buscar algún libro para leer a los enfermos del hospital, e incluso el propio Renato Esparvieu, que por lo común se contentaba con el *Código Civil* de Dalloz. Cada vez que alguien se llevaba el menor legajo se le desgarraba el alma. Con el fin de poder negar los préstamos a aquellos que tenían los mayores derechos para solicitarlos, el señor Sariette inventaba mil excusas ingeniosas o burdas, y no le importaba dejar en mal lugar su propia administración, ni suscitar dudas sobre su vigilancia, alegando que se había extraviado o perdido algún volumen que un segundo antes examinaban sus propios ojos, y que ahora apretaba contra su pecho. Y cuando, finalmente, no le quedaba más remedio que entregar un libro, antes de abandonarlo definitivamente se lo quitaba veinte veces de las manos al solicitante. Temblaba sin cesar cada vez que un objeto confiado a su custodia no aparecía. Conservador de trescientos sesenta mil volúmenes, tenía constantemente trescientos sesenta mil motivos de alarma. A veces se despertaba repentinamente en plena noche bañado en sudor frío y lanzaba un grito de angustia porque había visto en sueños un hueco en uno de los estantes de sus armarios. Le parecía monstruoso, inicuo y desolador, que un libro abandonara en algún momento su estante".

Prácticamente idéntico al profesor Kien, el señor Sariette se diferencia, no obstante, del personaje creado por Canetti, en que carece de legalidad sobre las propiedades que custodia. A fin de cuentas, la biblioteca de Kien es privada, y él es su dueño absoluto (es su riqueza, como será también su ruina), y esto le legitima para no permitir a nadie, si así lo desea, acceder a sus libros. Sariette, en cambio, es un pobre hombre, un empleaducho aalelado y nervioso, sobrecoigido por la magnificencia de su cargo, que confunde

la función de fichar, preservar y custodiar los volúmenes de la biblioteca, con un temor incontrolado, o mejor, con un pánico infernal, simplemente a que los libros estén fuera del sitio que les corresponde. Se cree el único hombre con dotes para apreciar el valor de cada libro, aunque en realidad sólo le guía una ciega posesión vicaria, que convierte cada gesto suyo en un auténtico disparate. Sariette es un ejemplo de bibliotecario intolerante, pero no por sus ideas (seguramente carece de ideas), sino porque concibe la biblioteca como un reducto inaccesible, y considera a cualquier visitante un enemigo declarado, un enemigo a derrotar, puesto que nada bueno se puede esperar

de alguien capaz de profanar con su deseo de leer ese *panteón* del saber que es una biblioteca. Tal vez exageramos, pero Sariette, que como personaje literario es una creación magnífica, como bibliotecario es el ejemplo más pertinente del abuso de autoridad, en un campo, además, la biblioteca pública, que nunca es exclusiva de nadie, y que basa su existencia en la protección de la memoria común y el servicio a la colectividad. El señor Sariette, como el profesor Kien, y también Jorge de Burgos, en realidad no aman los libros, sino su prohibición, y probablemente eligen ser bibliotecarios como el medio más eficaz de salvar al mundo y a los hombres de los terribles peligros de la lectura. Una triste y cruel paradoja que denota que, en cuanto personaje literario, el bibliotecario es más rico y complejo en su contradicción extrema que como fiel representación de una tarea que es más discreta que deslumbrante.

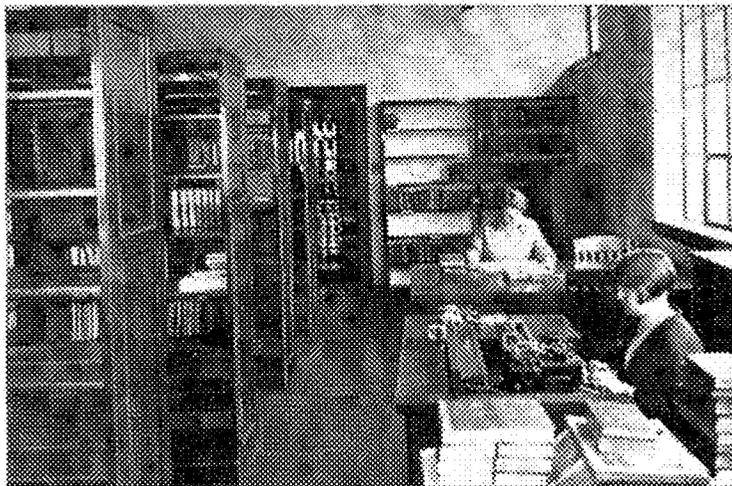
Pero no todos los bibliotecarios son feroces mastines, dispuestos a ladrar al primer indicio de unos pasos. Los hay, sin duda, menos empeñados en el ejercicio de la intolerancia, y con un sentido diligente y generoso de su labor bibliotecaria, aunque raramente en la presentación de su aspecto físico están ausentes esos rasgos (que casi se pueden considerar canónicos) de ridiculez. En la novela de Vladimir Nabokov, escrita en clave de parodia de las novelas criminales, *Invitado a una decapitación*, en la prisión en la que Cincinnatus C. aguarda a que se cumpla su sentencia de muerte, hay una biblioteca, curiosamente "la segunda de la ciudad por su tamaño y la rareza de sus volúmenes", y al frente de ella un bibliotecario cuyas trazas y modales, tal como lo describe Nabokov, acaso no tienen otro objetivo que mantener viva esa imagen esperpéntica que venimos observando:



"Este último [el bibliotecario] era un hombre de gran tamaño pero de aspecto enfermizo, pálido, con sombras debajo de los ojos, con una calva manchada encerrada dentro de una corona de cabello oscuro, con un torso largo dentro de una chaqueta de lana azul, descolorida en partes por remiendos en los codos. Tenía las manos dentro de los bolsillos del pantalón, estrechos como la muerte, y sostenía debajo del brazo un libro grande encuadernado en cuero negro. Cincinnatus ya había tenido el placer de verlo en otra ocasión.

-El catálogo- dijo el bibliotecario, cuya manera de hablar se distinguía por una especie de desafiante laconismo".

Es evidente que esa hosca diligencia, ese laconismo, fruto de la poca inclinación del bibliotecario al diálogo y la confraternización, no puede augurar nada bueno. Todos los personajes, en esta novela, tienen un tratamiento de farsa, del que ni siquiera escapa el curioso catálogo, que no es, precisamente, un instrumento idóneo para favorecer al ocasional usuario la adecuada elección de un libro: "Resultaba difícil para cualquiera que no fuera especialista comprender el catálogo, ya que los títulos no figuraban en orden alfabético, sino de acuerdo al número de páginas que contenían, con anotaciones respecto a cuantas hojas extras (a fin de evitar la duplicación) habían sido pegadas a éste o a aquel libro". No obstante, este bibliotecario (que, no lo olvidemos, trabaja en una cárcel), pese a su apacible inutilidad, no carece de cierta bondad, también inútil, pero que dota al personaje de algunos



sentimientos de humanidad: "Casi inmediatamente, sin embargo, Cincinnatus tuvo otra visita: el bibliotecario, que venía a retirar los libros. Su cara larga y pálida, con su halo de polvorientos cabellos negros alrededor de un punto calvo, su largo torso trémulo cubierto por un saco de lana azulada, sus largas piernas en sus troncados pantalones -todo esto junto creaba una rara y mórbida impresión, como si el hombre hubiera sido achatado. Sin embargo, a Cincinnatus le dio la impresión de que, con el polvo de los libros, una película de algo remotamente humano se había asentado sobre el bibliotecario". Esta impresión de humanidad que, sobre el bibliotecario, tiene el condenado, no será una percepción errónea, pues en el instante de la ejecución el bibliotecario será el único que demostrará una contundente repulsa, de signo totalmente inequívoco, ante la pena de muerte: "El pálido bibliotecario estaba sentado sobre los escalones, doblado en dos, vomitando".

Hay otros bibliotecarios, como Matías Pascal (Pirandello), que aún conservan ciertos rasgos caricaturescos, pero en esas deformaciones, por lo general, prima la intencionalidad expresiva del autor, cuya

obra obedece así a su particular concepción del mundo. De ahí que, como sucede precisamente con Matías Pascal, su trabajo de bibliotecario, más ocasional que decidido, sea una de las insólitas tareas que realiza a lo largo de su atareada doble vida (muere dos veces). Pero sí es significativo cómo se produce su inclusión en la profesión bibliotecaria. Este es el diálogo que le lleva a sustituir al anterior empleado del Municipio de Boccamazza, un bibliotecario que ni siquiera se da cuenta de que ya ha sido jubilado:

"-Anoche, estando cenando... Oye: ¿no conoces tú a Romitelli?..

-No.

-¿Cómo que no! Ese que está en la Biblioteca Bocamazza. Un individuo sordo, medio ciego, alorado y que apenas puede tenerse en pie. Anoche, en ocasión de estar cenando, contóme mi padre que la Biblioteca se halla en un estado que da lástima y que convendría poner remedio a ello con la mayor diligencia. ¡Ahí tienes el puesto que a ti te hace falta!

-¿Bibliotecario! -exclamé-. ¿Yo bibliotecario?

-¿Por qué no? -replicóme Pomino-. ¡Si lo es Romitelli!

-Aquella razón convencióme."

En la biblioteca de Bocamazza los libros tienen un trato más directo con las ratas que con los lectores. Aquí es innecesario inventar estrategias de disuasión o concebir celos absurdos con respecto a los lectores, porque nadie se acerca a la biblioteca. De suerte que, en sus tareas de bibliotecario, Matías Pascal se encuentra "roido por el tedio", en una soledad

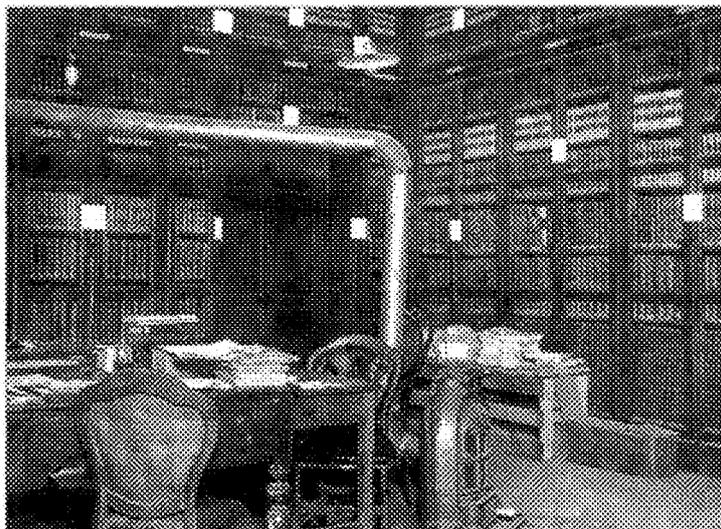
que mitiga a veces cazando ratas. La imagen es, ciertamente, estremecedora, aunque también se trata de una imagen tan risible que al cabo resulta conmovedora, ya que esa misma aburrida actividad será la que le conducirá al encuentro con los libros: "La primera vez que hubo de ocurrirme encontrarme con un libro en las manos, cogido a la ventura, sin advertirlo, de uno de los estantes, entróme por el cuerpo un calofrío de horror. ¿Iría a sucederme lo que a Romitelli? ¿Me iría a creer obligado, por el solo hecho de ser bibliotecario, a leer yo por todos los que no iban a la Biblioteca? Y tiré el libro al suelo. Sólo que luego lo recogí de allí, y ¡ah!, señores, me puse a leer yo también".

Al carecer de vocación bibliotecaria, o simplemente debido a que el trabajo de este personaje en la biblioteca es un episodio entre muchos, Matías Pascal no sobrelleva esa amargura latente y ese desapacible carácter de los bibliotecarios profesionales que hemos visto en otras novelas. Ciertamente, de todos modos, el nada casual desastre en que se encuentra esa biblioteca no contribuye a formar ningún espíritu; al contrario, esa atmósfera, susceptible de volver loco a

cualquiera, influye decididamente en el dibujo y las peculiares características del personaje. No obstante, no cabe, en este caso, considerar a Matías Pascal un modelo más o menos fidedigno de bibliotecario, precisamente porque las tareas diversas que lleva a cabo a lo largo de la novela están tratadas con el mismo sentido humorístico y forman parte, por tanto, de un universo visto con la lente dramática de Pirandello, que siempre refuerza los elementos teatrales a favor de la expresividad del texto.

No hay que ir demasiado lejos para encontrar, sin hacer demasiadas pesquisas, otros ejemplos evidentes de bibliotecarios profesionales, cuya figura coincide con el molde deleznable más común del bibliotecario que reiteradamente venimos recogiendo. (Ya podemos decir, a estas alturas, que esta insistencia de los novelistas en componer bibliotecarios poco agraciados, tenebrosos e intolerantes, tal vez obedezca a una inconfesable necesidad de escarnio, y quién sabe si sólo estudiando este asunto bajo la luz del psicoanálisis se hallaría alguna respuesta satisfactoria).

En todo caso, es más que sintomática la visión de una bibliotecaria que ofrece John Le Carré, en una de sus novelas más famosas, *El espía que surgió del frío*. El episodio en la biblioteca, como casi todo en esta novela, tendrá después, en la resolución de la trama, una consecuencia inesperada; pero nada ocurrirá con esta mujer bibliotecaria, que nunca más volverá a aparecer. Leamas, el protagonista, mantendrá, no obstante, con una compañera de trabajo de la biblioteca, de un rango laboral semejante al suyo, ayudante eventual, una tormentosa relación que desembocará en un trágico final. Pero el autor ve siempre a ese personaje fuera de las funciones específicas de su trabajo en la biblioteca. Con esto queremos decir que la condición laboral, específica, recae sólo sobre la bibliotecaria oficial, la única persona que representa en pureza la profesión bibliotecaria. Pero veamos ya, sin más preámbulos, cómo presenta Le Carré a la bibliotecaria y su lugar de trabajo: "La Biblioteca era como la nave de una iglesia y, además, muy fría. Las negras estufas de petróleo, en los extremos, daban un olor a parafina. En medio del local había una cabina, como la de los testigos en un tribunal, y dentro estaba sentada la señorita Crail, la bibliotecaria". Con esta señorita Crail, Leamas, que ha sido contratado de asistente, no conseguirá mantener ni siquiera una buena relación de cortesía. Aunque Leamas no es un



hombre de trato fácil, pues se siente fracasado y tiene propensión a la violencia, la señorita Crail, no obstante, mantiene un comportamiento irreductible a la amabilidad, y los conflictos entre los dos serán constantes e indisolubles. Pero así como Leamas posee, en cuanto personaje, un aura de atracción (a fin de cuentas es *el personaje*), Le Carré no permite que haya ningún atractivo, ni siquiera borroso o lejano, en la figura de la bibliotecaria: "Se había convertido en un enemigo de la señorita Crail, y a la señorita Crail lo que le gustaba eran los enemigos. O le miraba ceñuda o fingía no verle, y cuando él se acercaba, ella empezaba a temblar, mirando a derecha e izquierda, quizás en busca de algo con que defenderse, o de una línea de escapatoria. A

veces sentía un inmenso resentimiento, como cuando él colgó su impermeable en la percha de "ella" y ésta se quedó delante temblando durante sus buenos cinco minutos". Y un poco más adelante, como consecuencia de otro conflicto entre ellos, ésta es la reacción de la bibliotecaria: "Debido a esto ella sufrió un verdadero ataque de epilepsia, revolviendo los ojos y enredando confusamente con el lápiz hasta que Leamas se marchó. Después, estuvo conspirando por teléfono durante horas seguidas".

Además de este factor de histeria que introduce Le Carré, relativamente nuevo en la imagen del bibliotecario que venimos observando, hay otro aspecto novedoso igualmente sombrío en otras novelas, que contribuye a degradar, aún más si cabe, la figura del bibliotecario. Se trata, ni más ni menos, que de representar y servir, de encarnar vivamente las leyes más severas, crueles e injustas (impedir la entrada a la biblioteca a ciertas personas; judíos, por ejemplo) con una eficacia manifiesta que sin duda no hubieran destinado a otras tareas propiamente bibliotecarias. Esta función es notablemente siniestra, y es curioso observar que ejercen esta mínima porción de poder con la naturalidad de quien no ha hecho otra cosa en la vida. En *El jardín de los Finzi-Contini*, de Giorgio Bassani, que, al igual que *El sistema periódico* (Levi), está basado en experiencias reales de su autor, hay un episodio que refleja las consecuencias, dentro de una biblioteca, de las leyes antisemitas promulgadas por Mussolini:

"Aquella mañana, pues, como decía, se me había ocurrido la bonita idea de pasarla en la biblioteca. Pero apenas había tenido tiempo de sentarme a la mesa de la sala de consulta y sacar lo que precisaba, cuando uno de los empleados, un tal Poledrelli, un tipo de unos sesenta años, grueso, jovial, célebre devorador de tallarines e incapaz de pronunciar

dos palabras seguidas, si no era en dialecto, se me había acercado para ordenarme que me marchara al instante. Muy tieso, metiendo la barriga hacia dentro y consiguiendo hasta expresarse en italiano, el bueno de Poledrelli había explicado en voz alta, oficial, que el señor director había dado órdenes terminantes al respecto: razón por la cual -había repetido- debía yo hacer el favor de levantarme y salir. Aquella mañana la sala de consulta estaba particularmente llena de muchachos de las escuelas medias. La escena había sido seguida, en un silencio sepulcral, por no menos de cincuenta pares de ojos y otros tantos de oídos. Bueno, pues, precisamente por esa razón -proseguí-, no me había resultado nada agradable levantarme, recoger mis cosas de la mesa, volver a meter todo en la cartera y ganar después, paso a paso, el portalón de cristales de la entrada. De acuerdo: aquel infeliz de Poledrelli se había limitado a cumplir órdenes”.

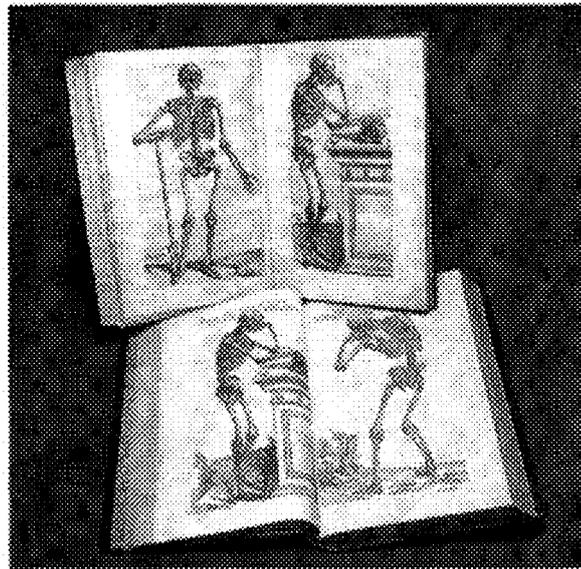
Expulsado por su condición de judío, por fortuna el narrador y protagonista encuentra cobijo en una biblioteca particular que, dada su excelencia, no nos resistimos a transcribir, incluido el estudio del dueño de la casa:

“Entre los casi veinte mil libros de la casa, muchísimos de los cuales de tema científico, o histórico, o de diversas materias de erudición (en alemán, la mayoría de estos últimos), había, en efecto, varios centenares relativos a la literatura de la Nueva Italia. Además, de todo lo que se había publicado en el ambiente literario carducciano de fines de siglo, en los decenios en que Carducci había enseñado en Bolonia, se puede decir que no faltaba de nada. (...) No cabe duda que esos libros, reunidos en tres estantes aislados y con cristales que ocupaban toda una pared de un vasto salón del primer piso contiguo al estudio personal del profesor Ermanno, y cuidadosamente catalogados, representaban en conjunto una colección con la que cualquier biblioteca pública, incluida la del Archiginnasio, de Bolonia, habría deseado adornarse. (...) Conque nos trasladamos al estudio, que era una habitación casi tan grande como el salón de billar, pero empequeñecida, hasta parecer angosta incluso, por una increíble acumulación de objetos de lo más diversos. Libros, para empezar, había allí también muchísimos. Los de tema literario mezclados con los de ciencia (matemática, física, economía, agricultura, medicina, astronomía, etcétera); los de historia patria, ferraresa o veneciana, con los de “antigüedades judaicas”: los volúmenes abarrotaban sin orden, al azar, los acostumbrados estantes con cristales, ocupaban buena parte de la mesa de nogal, al otro lado de la cual, sentado, el profesor Ermanno probablemente no lograba sobresalir salvo con la punta del gorro, se amontonaban en pilas tambaleantes sobre las sillas, se apilaban hasta en el suelo en montones dispersos prácticamente por todos lados. Un gran planisferio, además, un atril, un microscopio, media docena de barómetros, una caja fuerte de acero pintada de rojo oscuro, una blanca camita de ambulatorio médico, varias clepsidras de diversas tamaños, un timbal de latón, un pequeño piano vertical alemán, encima del cual había dos metrónomos encerrados en sus estuches piramidales, y muchos otros objetos, además de éstos, de dudosa utilidad y que no

recuerdo, conferían al ambiente un aire de gabinete faustiano, respecto al cual él, el profesor Ermanno, fue el primero en sonreír y excusarse como si se tratara de una debilidad suya personal, privada: casi un resto de manías juveniles.”

En esta galería un tanto espectral de bibliotecarios que venimos revisando, cuyas figuras, en la novelística de nuestro siglo, parecen hacerse visibles para aplacar en el lector la más sólida vocación hacia las tareas humanísticas de la biblioteca, el profesor Ermanno representa justamente ese ideal de entrega a la conservación de los libros, y a la lectura y la investigación. Pero sucede que, a la vez, este profesor demuestra con el ejemplo de su vida (de ahí la obligada extensión de la cita), las más notables cualidades de generosidad, discreción y humildad que acaso debían considerarse naturales para el ejercicio de las labores bibliotecarias. Sólo un grave inconveniente impide a este profesor erigirse en imagen modélica del bibliotecario, y es que el ámbito de su trabajo está restringido únicamente a lo privado, y es en ese espacio reservado (que es, dentro de lo posible, un lugar de libertad) donde se resaltan las virtudes que no vemos en el resto de los personajes cuya tarea corresponde al ámbito común de lo público.

Por otro lado, no es demasiado frecuente, por parte de los novelistas, una atención detallada a las formalidades del trabajo de biblioteca. Hay que suponer, de entrada, que el carácter más o menos “oficinesco” (fichar, catalogar, organizar, etc.) de las tareas propias de un bibliotecario, acusan un espíritu semejante a las tareas “administrativas”, y que esta semejanza está ya, si puede decirse así, prejuiciada dentro de la ficción narrativa, de tal modo que es habitual que dichas tareas aparezcan provistas de una peculiar atmósfera de mediocridad, sólo en ocasiones redimida por algún hallazgo sorprendente que cambia radicalmente la vida de las personas que trabajan allí. Este es el argumento sobre el que gira *El expediente del naufrago* (Mateo Díez), de tal modo que un archivo polvoriento se convierte en un lugar de fantasía. Ahí el archivo es un semillero de metáforas, de réplicas o sucedáneos del mundo, capaz de suscitar rarezas y extravagancias, ya que alberga en su interior excedentes imaginarios, y las ruinas y deshechos de múltiples historias a la espera del narrador que quiera contarlas. En esta novela de Luis Mateo Díez, un personaje expulsado del archivo define así su

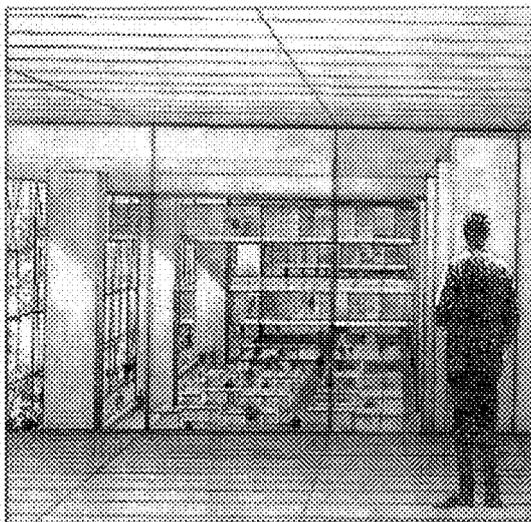


influjo: "Un limbo ajeno a la realidad, donde uno tenía la conciencia de estar guardando algo inútil y la inutilidad era lo que más cerca estaba de la inocencia". Tal vez, si aceptamos esta frase como lo que es, una invitación a la perplejidad, podría ella sola bastar para elevar la biblioteca a la merecida dignidad que siempre se le niega.

Hay que hacer notar que, cuando el novelista ha ejercido, en algún momento de su vida, de bibliotecario, sus páginas reflejan una mayor veracidad y conocimiento de la profesión, y así sucede que abordan con una comprensión más fidedigna a la *realidad* el mundo de las bibliotecas, lo que no les impide, desde luego, que incluyan toda una simbología complementaria que enriquece ese mundo. Borges lo hizo como nadie, convirtió la biblioteca en una metáfora del universo, y Borges fue bibliotecario. También lo fueron Anatole France y Robert Musil. Y Georges Perec que, en su voluminosa novela, la más famosa de todas las que escribió, *La vida instrucciones de uso*, dedicó dos capítulos a describir, con minucioso detalle, los procedimientos y las tareas que poco a poco van conformando los materiales y la organización de una biblioteca:

"Completaba el legado de Henri Astrat una renta importante destinada a subvencionar la labor de enriquecimiento de su colección, que no tenía equivalente en parte alguna del mundo. La Biblioteca de la Opera pudo fundar así un Fondo Astrat, consistente en tres salas de exposición y de lectura, guardadas por dos vigilantes, y dos despachos, ocupados uno por un conservador y el otro por una subbibliotecaria y un subbibliotecario auxiliar a media jornada. El conservador —un profesor de historia del arte especializado en las fiestas renacentistas— recibía a las personalidades facultadas para consultar el fondo —investigadores, críticos teatrales, historiadores de los espectáculos, musicólogos, directores de escena, decoradores, músicos, bofetistas, intérpretes, etc.— y organizaba exposiciones (Homenaje al MET, Centenario de la Traviata, etc.); la subbibliotecaria leía casi todos los diarios de París y una cantidad relativamente importante de semanarios, revistas y publicaciones diversas y enmarcaba con un trazo de lápiz rojo todo artículo que tratase de la ópera en general (*¿Se cierra la Opera?, Proyectos para la Opera, La Opera hoy, El fantasma de la Opera: realidad y leyenda, etc.*) o de una ópera en particular; el subbibliotecario auxiliar a media jornada recortaba los artículos enmarcados en rojo y los metía, sin pegar, en unas "carpetas provisionales" (CP) sujetas con gomas; al cabo de un tiempo variable, pero que no solía pasar de seis semanas, se sacaban los recortes de prensa (cuya abreviatura era RP) de las CP, se pegaban en hojas de papel blanco de 21 x 27, escribiéndose, arriba y a la izquierda, con tinta roja, el título de la ópera, con mayúsculas subrayadas dos veces, el género (ópera, ópera cómica, ópera bufa, oratorio dramático, vodevil, opereta, etc.), el nombre del compositor, el nombre del director de orquesta, el nombre del director de escena, el nombre de la sala, con mayúsculas subrayadas una vez, y la fecha de la primera representación pública; los recortes pegados se volvían a introducir entonces en sus carpetas, pero éstas, en vez de ir atadas con gomas, llevaban unos cor-

doncitos de lino, lo que las convertía en "carpetas pendientes" (cuya abreviatura era igualmente CP), que se colocaban en un armario de cristales del despacho de la subbibliotecaria y del subbibliotecario auxiliar a media jornada (SB2AMJ); pasadas unas semanas, cuando ya era evidente que no se dedicarían más artículos a aquella representación, se trasladaba la CP a uno de los grandes armarios de rejas de las salas de exposición y lectura, donde se convertía por último en "carpeta archivada" (CA), sometida al mismo tratamiento que las restantes del Fondo Astrat, o sea "consultable in situ, previa presentación de una tarjeta definitiva o una autorización particular, expedida por el Conservador administrativo del Fondo" (Extracto del Estatuto, artículo XVIII, apartado 3, párrafo c)."



Hasta aquí, sin más, la descripción detallada de un trabajo bibliotecario. Pero Georges Perec, como buen conocedor de la política cultural aplicada al ámbito bibliotecario, suponemos que consciente de que las líneas anteriores denotan una situación más ideal que real, casi un estado de felicidad administrativa, introduce en seguida el factor que más determina y configura la *realidad*, y no sólo a la realidad bibliotecaria: el dinero, la rentabilidad de los presump-

tos públicos, la eficacia considerada como la única virtud de las finanzas:

"Por desgracia no se renovó el empleo a media jornada. Un inspector financiero encargado de descubrir la causa inexplicable del déficit sufrido de un año a otro por las bibliotecas en general y por la Biblioteca de la Opera en particular, emitió en su informe la opinión de que dos vigilantes para tres salas eran demasiado y ciento sesenta y cinco francos con dieciocho céntimos mensuales para recortar artículos de los periódicos eran ciento sesenta y cinco francos con dieciocho céntimos inútilmente gastados, habida cuenta de que aquel único vigilante que no tendría otra cosa que hacer más que vigilar podría también recortar mientras vigilaba. La subbibliotecaria, una señora tímida de cincuenta años con ojos grandes y tristes y una prótesis auditiva, intentó explicar que las idas y venidas de las CP (carpetas provisionales) y las CP (carpetas pendientes) entre su despacho y las salas de exposición y lectura serían a partir de entonces fuente continua de problemas con riesgo de dañar gravemente las CA —lo cual pudo comprobarse después—, pero el conservador, satisfecho de conservar aunque fuera sólo su plaza, abundó en el sentido del inspector y, "dispuesto a cortar la hemorragia financiera crónica" de su departamento, decidió 1) que no hubiera más que un vigilante, 2) que no hubiera más subbibliotecario auxiliar a media jornada (SB2AMJ), 3) que las salas de exposición y lectura se abrieran sólo tres tardes a la semana, 4) que la propia subbibliotecaria recortara aquellos artículos que considerase "más importantes" y mandara recortar los restantes al vigilante; por último 5) que, en adelante, en aras de las economía, los artículos recortados se pegaran por las dos caras de la hoja".

Nos consta que estas modificaciones que, a partir de la intervención del inspector financiero, provocan

prácticamente el desarme de la biblioteca, no es un episodio que haya brotado por generación espontánea de la mente de Georges Perec. Este autor francés, documentalista en neurofisiología, uno de los miembros fundamentales del OuLiPo (Ouvroir de Littérature Potentielle), fue un hombre de un extraordinario talento y de una poderosa imaginación, guionista de cine, experto en acrósticos, entre otras cosas igualmente insólitas, pero no necesitó recurrir a ninguna instancia fantástica ni hacer desbordar su imaginación para escribir ese episodio. Se podría decir que se trata, en cada uno de sus puntos, de una descripción naturalista. No es un prodigio de excelencia imaginativa, sino una veraz reproducción de lo que sucede habitualmente con las bibliotecas. De ello son testigos los mismos bibliotecarios. Y no será necesario insistir, por tanto, que aquí la literatura, despojada de los ornamentos y oropeles propios de la simbolización y de la metáfora, señala, y tal vez denuncia, ese estado de desprotección y amenaza (¿o tal vez habría que decir desprecio?) en que viven las bibliotecas y que hacen que se mantengan, en equilibrio, sobreviviéndose a duras penas a sí mismas.

Llegados a este punto, podemos ahora incorporar, para cerrar este apartado, a un personaje que se incrusta, como una sombra, en la figura del bibliotecario, pero que nada, o muy poco, tiene que ver con preservar libros, ni con ordenar, catalogar o fichar, y ni siquiera con el espacio específico de las bibliotecas. En el universo de la creación novelesca hay ciertos personajes que, no siendo bibliotecarios ni ejerciendo como tales, sin embargo representan ese intenso amor a los libros que es la idoneidad más serviente, si alguna habría que destacar, en la función ideal del bibliotecario. Un personaje memorable, en quien confluyen estas características, es el narrador de *Una soledad demasiado ruidosa* (Hrabal). Su trabajo consiste en prensar libros y papel viejo, una tarea a la que ha dedicado treinta y cinco años de su vida. Pero en todo ese tiempo este personaje ha ido recogiendo y rescatando libros, los ha ido guardando en su casa, los ha ido leyendo, y pese al aspecto destructivo de su trabajo, comprende mejor que nadie el valor de las palabras, la belleza de las páginas escritas:

"Hace treinta y cinco años que presno libros y papel viejo, treinta y cinco años que me embadurno con letras, hasta el punto de parecer un enciclopedia, una más entre las muchas de las cuales, durante todo este tiempo, habré comprimido alrededor de treinta toneladas, soy una jarra llena de agua viva y agua muerta, basta que me incline un poco para

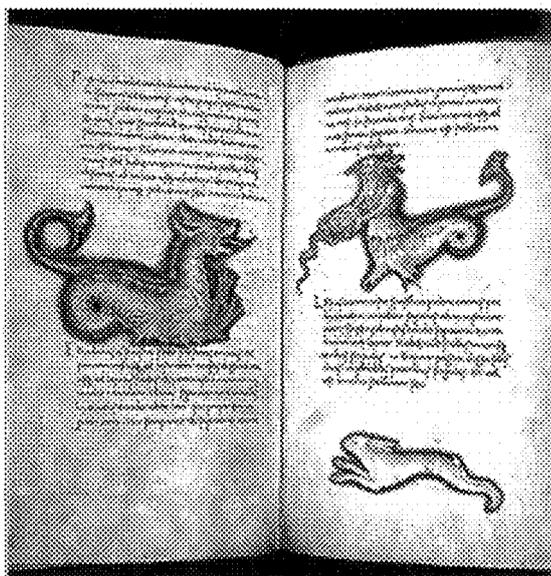
que me rebozen los más bellos pensamientos, soy culto a pesar de sí mismo y ya no sé qué ideas son mías, surgidas propiamente de mí, y cuáles he adquirido leyendo, y es que durante estos treinta y cinco años me he amalgamado con el mundo que me rodea porque yo, cuando leo, de hecho no leo, sino que tomo una frase bella en el pico y la chupo como un caramelo, la sorbo como una copita de licor, se disuelve en mí, la saboreo durante tanto tiempo que acaba no sólo penetrando mi cerebro y mi corazón, sino que circula por mis venas hasta las raíces de los vasos sanguíneos".

Frente a la recurrente imagen del bibliotecario que puebla las páginas de la novelística contemporánea, mezcla de ridículo y farsa, valga esta figura conmovedora, que representa el mejor designio de lo que idealmente es la labor de las bibliotecas. Y valga, sobre todo, su experiencia de la lectura: "porque cuando un libro comunica algo válido, su ritmo silencioso persiste incluso mientras lo devoran las llamas, y es que un verdadero libro siempre indica algún camino nuevo que conduce más allá de sí mismo. (...) cuando me sumerjo en la lectura, estoy en otra parte, dentro del texto, me despierto sorprendido y reconozco con culpa que efectivamente vuelvo de un sueño, del más bello de los mundos, del corazón mismo de la verdad."

En la sala de lectura

Dentro de la biblioteca, la sala de lectura es como el altar donde se oficia la liturgia de leer. Para el lector, para el usuario, todos los otros elementos de la biblioteca, incluido el edificio mismo y las condiciones que regulan su funcionamiento (tarjeta de lector, petición de libros, ocupación de un asiento, etc.), no son más que ritos de paso, trámites: el objetivo, sin duda, es permanecer en la sala de lectura, y el propósito de esa permanencia, claro está, leer, entrar en un mundo de significados infinitos, lo que supone penetrar en un universo que no tiene fin, o cuyo fin es inconcebible para la duración de una vida. "Habitamos la biblioteca -ha escrito Vattimo- precisamente porque nunca terminamos de leer todos los libros que ella contiene, y no disponemos de una *summa* que los resuma y los contenga a todos, hasta -como lo creyó poder hacer la metafísica- adueñarse de los principios primigenios de lo cual todo depende. Nuestro habitar es un habitar "sin fundamento", que sin embargo no desespera al construirse una estabilidad propia tejiendo y retejiendo continuamente relaciones, es decir leyendo (incluso en el sentido etimológico de *legere*: recoger...)" (3).

Para la ficción narrativa, no sólo la lectura es un tejido de relaciones, también lo es la sala de lectura:



(3) Gianni Vattimo, "Habitamos la biblioteca". En *Biblioteca de México*, n.º 25, Enero-febrero, 1995.

un espacio cargado de diferentes causas que pueden ocasionar múltiples efectos; un lector, de pronto, levanta los ojos del libro, y ve a otro lector, en una posición semejante a la suya, con el rostro fijo en las páginas de un libro: ¿está viendo a otro lector, o se está viendo a sí mismo? Sin un espejo que lo refleje, todo en una sala de lectura revierte sobre el lector, y él es la razón, y también la necesidad, de la sala de lectura, por tanto, de la biblioteca misma. Mientras que leer nos comunica con los antepasados, o con aquellos que *hoy* no están *aquí*, la sala de lectura nos mantiene en la evidencia de la actualidad, y así en el ensimismamiento de la lectura palpita algo desconocido, algo que está a punto de suceder. Pero lo que siempre sucede es una evidencia: la confirmación de que no estamos solos.

El tratamiento que, por lo común, recibe en la narrativa la sala de lectura de una biblioteca, a diferencia del ostensible maltrato de que es objeto la figura del bibliotecario, es una buena muestra del fervor del escritor, de cualquier escritor, al hábito de leer. Aunque no se produce una abstracción del lugar (hay, en general, una particular devoción a la atmósfera del lugar, parecido a un agradecimiento tácito, justo lo opuesto que sucedía con el bibliotecario), los episodios o escenas situadas en una sala de lectura adquieren un particular lirismo, al que se añade el temblor de una emoción muy difícil de definir. Rilke, no obstante, expresó muy bien esa emoción en *Los cuadernos de Malte Laurids Brigge*:

"Estoy sentado leyendo a un poeta. Hay muchas personas en la sala, pero no se las oye. Están en sus libros. A veces se mueven entre las hojas, como hombres que duermen y se dan vuelta entre dos sueños. ¡Ah! qué bien se está entre hombres que leen. ¿Por qué no son siempre así? Podéis acercaros a uno y rozarle; no sentirá nada. Podéis empujar a vuestro vecino al levantaros, y si os excusáis, hará un movimiento de cabeza hacia el lado de donde viene vuestra voz, su rostro se vuelve hacia vosotros y no os ve, y sus cabellos son semejantes a los de un hombre dormido. ¡Qué bueno es esto! Estoy sentado y tengo un poeta. ¡Qué suerte! Quizás sean trescientos los que están en esta sala leyendo; pero es imposible que cada uno tenga un poeta. ¡Sabe Dios qué será lo que leen! Además no existen trescientos poetas. En cambio qué suerte la mía: yo, quizá el más miserable de estos lectores, yo, un extranjero, tengo un poeta. Aunque sea pobre. Aunque mi chaqueta, que llevo a diario, comience a estropearse por algunos sitios, aunque a mis zapatos se les pueda hacer éste o aquel reproche. Sin duda, mi cuello está limpio, mi camisa también, y podría, tal como soy, entrar en cualquier confitería, en los grandes bulevares, y adelantar sin temor la mano hacia un plato de pasteles y servirme".



En este fragmento del maravilloso libro de Rilke, la sola permanencia en una sala de lectura, esa forma de refugio frente al caos de la realidad externa, es como un prodigio de la existencia ("¡Ah! qué bien se está entre hombres que leen"), y leer a un poeta, por tanto, una de las experiencias más nobles a la que puede aspirar un lector. Aquí, en efecto, la nobleza, la dignidad, está contrastada con la indigencia del personaje, que sin embargo se eleva por encima de su pobreza material a través del espíritu del texto que está leyendo. El poeta al que se refiere, lo dirá más adelante, es Paul Verlaine.

La lectura, aquí, está considerada como la formación de un espíritu, y la sala de lectura como un útero protector; protege al mismo tiempo que alimenta. Pero también la sala de lectura es una mente, y penetrar en su interior, como escribe Musil, es como penetrar en el interior de un cráneo. Virginia Woolf vio así el Museo Británico en su novela *El cuarto de*

Jacob: "Ahora los libros volvían a estar en su sitio. Alrededor de la cúpula brillaban unas cuantas letras del alfabeto. Muy juntos, formando un círculo alrededor de la cúpula, estaban Platón, Aristóteles, Sófocles y Shakespeare; las literaturas de Roma, Grecia, China, India y Persia. Una hoja de poesía oprimía otra hoja de poesía, una pulida letra se apoyaba suavemente en otra, en una densidad de significado, en un conglomerado de belleza. (...) En el Museo Británico hay una mente enorme. Pensemos que allí Platón está codo a codo con Aristóteles; Shakespeare con Marlowe. Esta gran mente tiene unos conocimientos que ninguna mente individual puede poseer. Sin embargo (tanto tardan en encontrar el bastón), uno no puede evitar el pensar que puede ir al museo con una simple libretita de notas, sentarse a una mesa, y leerla de cabo a rabo. El erudito es el más venerable de todos los hombres -sí, el hombre cual Huxtable de Trinity, que escribe todas sus cartas en griego, dicen, y que se las hubie-

ra podido tener tías con Bentley. Y también está la ciencia, los cuadros, la arquitectura- una mente inmensa."

Ahora bien, esta visión exaltada, grandilocuente, extímia, de una biblioteca dentro de un gran museo, de entrada se presta al arrebato, el elogio y la desmesura. La sensación de pequeñez, de humildad, produce perplejidad simplemente mencionando los nombres de las obras de los grandes pensadores y escritores que albergan sus estantes. El estremecimiento, por decirlo así, es previsible. Pero no todas las bibliotecas, no todas sus salas de lectura son lugares tan aureolados por el prestigio de la cultura como el Museo Británico. La verdadera biblioteca (verdadera en el sentido que cumple más llanamente su cometi-

do) es la biblioteca humilde, más o menos perdida que, no obstante, desarrolla su actividad sin otra recompensa que preservar los libros y proveer de lectura a todos los ciudadanos, pertenezcan éstos a la clase que sea. Entre las novelas seleccionadas, destaca especialmente en *El doctor Zhivago* (Pasternak) la descripción de la biblioteca de un pueblo perdido de la Rusia revolucionaria, descripción minuciosa, humanísima, donde una biblioteca se convierte en el reflejo de la vida de un pueblo y de sus gentes:

"En la sala de la biblioteca de Yuriatín, Yuri Andriévích estaba examinando los libros que había pedido.

La sala de lectura podía contener un centenar de personas, tenía muchas ventanas bajo las cuales se alineaban diversas filas de mesas largas y estrechas. Cuando se hacía de noche, se cerraba la biblioteca, porque en primavera la ciudad no se iluminaba. Pero Yuri Andriévích nunca se había entretenido hasta el crepúsculo, ni se detuvo en la ciudad más allá del atardecer. Dejaba cerca de la posada de Samdeviátov el caballo que le prestaban los Mikulitsyn, leía toda la mañana y hacia el mediodía regresaba a Varýkino.

Antes de estas visitas a la biblioteca había ido raras veces a Yuriatín, como no hubiese tenido motivos muy particulares para dirigirse a la ciudad. Por eso apenas la conocía. Y cuando la sala de lectura se iba llenando poco a

poco de gente que se sentaba, unos más lejos y otros más cerca de él, experimentaba la sensación de que estaba conociendo la ciudad, como si se encontrase en uno de los lugares más frecuentados, y en la sala parecían comparecer no sólo los lectores, sino las casas y las calles en que vivía.

También la verdadera Yuriatín, real y no imaginaria, podía descubrirse desde las ventanas de la sala. Cerca de la ventana central, la más grande, había un recipiente con agua hervida. Cuando los lectores, para descansar, salían a fumar a la escalera, se detenían junto al recipiente, bebían agua, vertían el resto del vaso en una cubeta y se asomaban a la ventana para admirar la vista de la ciudad.

Había dos tipos de lectores: personas que pertenecían a la clase intelectual, y eran la mayoría, y simple gente del pueblo.

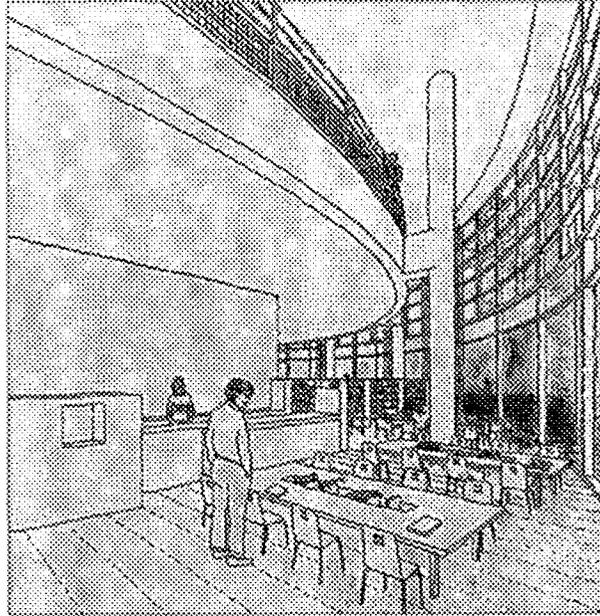
Entre los primeros predominaban las mujeres, pobremente vestidas, dejadas, desprovistas de coquetería. En general todos tenían mal aspecto, flacos, abotargados por distintas causas, el hambre, los trastornos de bilis y los edemas de la hidropesía. Eran asiduos visitantes de la biblioteca, conocían personalmente a los empleados y se sentían allí como en su casa.

La gente del pueblo, con rostros lozanos, bien vestidos, endomingados, entraban con aire tímido y confuso, como si fuera la iglesia, pero haciendo ruido, no por ignorancia del reglamento, sino precisamente por el deseo de penetrar en el máximo silencio y por la incapacidad de controlar sus propios pasos y voces demasiado sonoros.

Frente a la ventana, en un nicho de la pared, separados del resto de la sala por una mesa alta, estaban sobre un estrado los empleados, un viejo

bibliotecario y dos ayudantes. Una de éstas, agitada siempre, vestida con trajes de lana, se quitaba y se ponía continuamente el *prince-nez*, evidentemente no por exigencias ópticas, sino a causa de su humor variable. La otra, con una chaqueta de seda negra, debía de estar enferma del pecho porque se llevaba constantemente a la boca y a la nariz un pañuelito, a través del cual hablaba y respiraba.

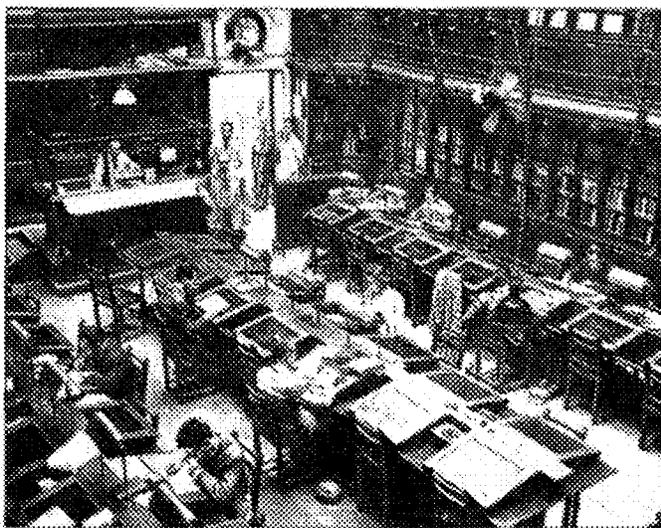
Los empleados de la biblioteca tenían los mismos rostros chupados, alargados y pálidos de la mayoría de los lectores, la misma piel flácida y muelle, terrosa, con manchas verdosas, del color de los pepinos en sal y del moho. Los tres hacían por turno las mismas cosas: en voz baja explicaban a los lectores nuevos el reglamento de la biblioteca, examinaban las tarjetas de petición, distribuían y recogían los libros y, en las pausas, se dedicaban a redactar su balance anual."



En estos fragmentos de Rilke, Virginia Woolf y Pasternak, la sala de lectura representa, en sus diversas expresiones, un mismo lugar germinativo en tres expresiones distintas: un espacio para el espíritu, el santuario del saber, el reflejo sustancial de la vida de un pueblo. Tres modos de expresión cuya suma nos da el total de lo que una sala de lectura es, o puede ser, en su práctica diaria, y a la vez la capacidad simbólica que es capaz

de suscitar. Pero una sala de lectura, con su concurrencia de visitantes y usuarios, es también el espacio donde se producen múltiples sucesos, desde sutiles descubrimientos de una faceta desconocida o insólita de un personaje (Capote), hasta incluso transformaciones políticas (Calvino, 1993) y por supuesto extrañas comunicaciones en clave que un lector deja a otro lector (Girald Torrente). La lectura, el acarreo de libros que pasan de mano en mano, es como un hilo de interminables ramificaciones, y cada hilo una historia posible, un mundo que se abre como las páginas de un libro todavía por leer. Ahora bien, en la sala de lectura confluye igualmente la negación de la vida, el rechazo a las pulsiones de la sangre y del deseo; los libros, en efecto, pueden ser también formas de muerte, pueden ser lápidas si no llevan al lector al conocimiento inteligente de la vida. Cernuda, que pasó muchos años de su vida en las bibliotecas, expresó así ese intolerable estupor al percibir el olor "exhalado por tantos volúmenes corrompiéndose lentamente en sus nichos". "Mas —escribe Cernuda— un libro debe ser cosa viva, y su lectura revelación maravillada tras de la cual quien leyó ya no es el mismo, o lo es más de como antes lo era. De no ser así el libro, para poco sirve su conocimiento, pues el saber ocupa lugar, tanto que puede desplazar a la inteligencia, como esta biblioteca al campo que antes aquí había."

Joyce, recordemos, dice que la biblioteca son "ideas en ataúdes". Paul Auster la llama "cripta del olvido". El personaje de Canetti, cuando se apoya en los cristales de su biblioteca, escucha unos latidos: "eran los libros que gritaban". En *El mundo es un pañuelo* (Lodge), en un salto vertiginoso que nos sitúa ya en el siglo XXI, se dice que la tarjeta American Express ha sustituido al pase a la biblioteca. La sala de lectura tiene un sin fin de imágenes, todas derivadas de una mezcla de fervor y de miedo. Lo decíamos al comienzo, abusando de la precisión de Borges: "Nadie puede articular una sílaba que no esté llena de temuras y de temores". Ante todo, la biblioteca es un universo inaprehensible, tanto por los libros que alberga (que son mundos que se acumulan para complicar nuestra percepción), como por esa extraña atmósfera, ese ambiente "acogedor" que parece negar la vida que late fuera de los estantes. En *La náusea* (Sartre) este terror a la calles no pasa desapercibido: "Las siete menos diez. Pensé bruscamente que la biblioteca cerraba a las siete. Otra vez me vería arrojado a la ciudad. ¿A dónde iba a ir? ¿Qué haría?". Esta es la pregunta, ¿dónde va el lector cuando abandona la sala de lectura? Como el bibliotecario de Borges, el lector puede sentir que todo, incluida la especie humana, se extingue, y que esa extinción abarca también al lector, pero que la biblioteca, sin embargo, perdura, como escribe Borges: "iluminada, solitaria, infinita, perfectamente inmóvil, armada de volúmenes preciosos, inútil, incorruptible, secreta".



No obstante, todo lo que se apunta en este ensayo muy pronto será distinto. Las bibliotecas perdurarán, sin duda, pero con las implantaciones de las nuevas tecnologías (Internet), el acceso a un saber sin soporte modificará los hábitos del lector y, acaso, quién sabe, también el modo de leer. Las bibliotecas, tal como las conocemos, con esa convención que ha durado siglos, dentro de unos años estarán tan anticuadas como lo está hoy el *scriptorium* de las bibliotecas medievales. "La posibilidad de dejar las colecciones de libros donde están, dispersadas, y reunir las no bajo una arquitectura única, sino en un catálogo colectivo unido a servicios de transmisión a distancia, es en la actualidad una opción posible desde el punto de vista técnico, eficaz desde una perspectiva científica e interesante económicamente hablando. ¿Será la biblioteca del futuro una fotocopiadora gigante?" (4).

Vivimos hoy tiempos en que las transformaciones técnicas se producen a una velocidad que nuestra

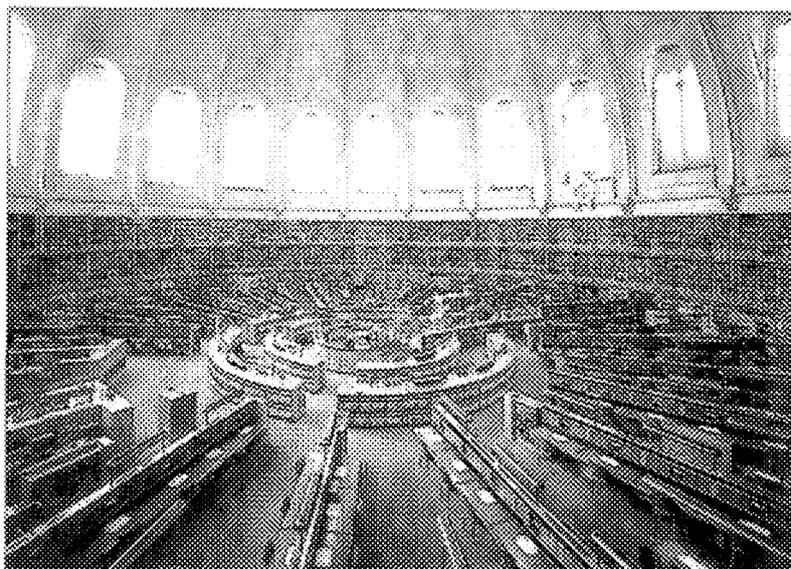
imaginación todavía no es capaz de asimilar. Cuando al fin accedemos al conocimiento de un nuevo instrumento, éste se enriquece con nuevas prestaciones que nos sitúan ante un nuevo desafío y ante el vértigo de acelerar las destrezas para un nuevo aprendizaje que aún no conocemos, pero al que ya debemos adaptarnos, aunque no sepamos en qué va a consistir esa nueva técnica que, cuando se imponga, se hará del todo imprescindible. Los hábitos tradicionales de aprendizaje, dentro de unos años, acaso sean una antigualla, y nos resultará raro ese gesto familiar de pasar las hojas en que consiste la tarea de leer. Y es muy probable que la biblioteca no tenga ninguna imagen. ¿Qué imagen podrá tener si no ocupa espacio, si su lugar no está en ningún sitio, si no tiene

centro que lo señale, ni límites que lo demarquen? Pero mientras se aproxima ese universo, la memoria es la materia de nuestro presente. En un libro reciente, *Los cuadernos de Luis Vives* (el título evoca aquellos cuadernos verticales, rayados, de un color azul gris, que se usaban hace años para los ejercicios escolares), Francisco Umbral rememora el día en que descubrió la biblioteca y la subyugación del universo de los

libros que Borges emancipó a mito literario: "Liberado yo, como he dicho, de disciplinas escolares y franquistas, mamá me había insertado en el árbol de la ciencia, es decir, en la biblioteca. Había en el edificio una gran biblioteca municipal, donde ella me presentó como hijo suyo, y adonde tuve libre acceso desde entonces. Así que ella se metía en su oficina y yo me iba a la biblioteca, que estaba en otro piso. Años cuarenta, años cincuenta, y jamás he encontrado luego una biblioteca pública tan densa, acogedora, surtida, hospitalaria y libre como aquella biblioteca municipal, siempre concurrida. Mamá, antes de abandonarme, me entregaba a la manigua acogedora, tibia y profusa de los libros, me dejaba en el regazo ancho y sabio de la cultura, donde yo leí de todo, desde Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno, que no me hicieron ninguna gracia (humor alemán de un país sin humor), hasta Harry Stephen Keller, la gran novela policíaca norteamericana, pasando por el primer *Cántico* de Jorge Guillén, que me engeguicó con el descubrimiento de la poesía, hasta García Lorca, en cuyo *Romancero* faltaba "La casada infiel", como luego comprobé, y me confirmó mi gran amigo José María de Cossío, que faltaba en la biblioteca del Ateneo de Madrid, página arrancada por un censor fanático o por un erotómano igualmente fanático. También leí una historia completa de la planta del café, que entonces me interesó mucho y que hoy soportaría. Estaba realizando yo, sin saberlo, el mito borgiano de la Biblioteca como Mundo, formulado por Borges muchos siglos más tarde".

(4) Michel Melot, "Fiebre por las bibliotecas". En *Guberna*, n.º 149, Agosto, 1996.

Francisco Solano es escritor y crítico literario.



BIBLIOGRAFÍA

- ASIMOV, Isaac: *Fundación e imperio*. Barcelona: Plaza & Janés, 1995.
- AUSTER, Paul: "Ciudad de cristal", en el volumen *Trilogía de Nueva York*. Barcelona: Anagrama, 1996.
- BASSANI, Giorgio: "El jardín de los Finzi-Contini", en el volumen *La novela de Ferrara*. Barcelona: Lumen, 1989.
- BORGES, Jorge Luis: *Obras completas*. Barcelona: Emecé, 1989.
- BRADBURY, Ray: *Fahrenheit 451*. Barcelona: Plaza & Janés, 1995.
- BROOKNER, Anita: *Mírame*. Madrid: Fundamentos, 1987.
- BURGESS, Anthony: *La naranja mecánica*. Barcelona: Minotauro, 1994.
- BYATT, A. S.: *Posesión*. Barcelona: Anagrama, 1990.
- CALVINO, Italo: *Si una mañana de invierno un viajero*. Barcelona: Bruguera, 1980.
- "Un general en la biblioteca", en *La gran bonanza de las Antillas*. Barcelona: Tusquets, 1993.
- CANETTI, Elías: *Auto de fe*. Madrid: Muchnik Editores, 1981.
- CAPOTE, Truman: *Desayuno en Tiffany's*. Barcelona: Anagrama, 1994.
- CERNUDA, Luis: *Prosa completa*. Barcelona: Barral Editores, 1975.
- CHANDLER, Raymond: *El sueño eterno*. Madrid: Debate, 1995.
- ECO, Umberto: *El nombre de la rosa*. Barcelona: Lumen, 1995.
- ELIADE, Mircea: *Medianoche en Serampor*. Barcelona: Anagrama, 1983.
- FRANCE, Anatole: *La rebelión de los ángeles*. Madrid, Valdemar, 1995.
- GIRALT TORRENTE, Marcos: "Lo que dicen los libros", en *Entiéndame*. Barcelona: Anagrama, 1995.
- GOPEGUI, Belén: "En desierta playa", en *Cuentos de este siglo. 30 narradoras españolas contemporáneas*. Barcelona: Lumen, 1995.
- GRAFTON, Sue: *F de fugitivo*. Barcelona: Tusquets, 1992.
- HRABAL, Bohumil: *Una soledad demasiado ruidosa*. Barcelona: Destino, 1990.
- JOYCE, James: *Ulises*. Barcelona: Planeta, 1996.
- KING, Stephen: *Eso*. Barcelona: Plaza & Janés, 1987.
- KRISTOF, Agota: *La prueba*. Barcelona: Seix Barral, 1988.
- LE CARRÉ, John: *El espía que surgió del frío*. Barcelona: Plaza & Janés, 1987.
- LEVI, Primo: *El sistema periódico*. Madrid: Alianza, 1988.
- LODGE, David: *El mundo es un pañuelo*. Barcelona: Anagrama, 1996.
- LURIE, Alison: *Asuntos exteriores*. Barcelona: Tusquets, 1986.
- MARTIN GAITE, Carmen: *Lo raro es vivir*. Barcelona: Anagrama, 1996.
- MATEO DIEZ, Luis: *El expediente del naufrago*. Madrid: Alfaguara, 1992.
- MILLAS, Juan José: *El jardín vacío*. Madrid: Alfaguara, 1987.
- MUÑOZ MOLINA, Antonio: *Beatus Ille*. Barcelona: Seix Barral, 1986.
- MUÑOZ MOLINA, Antonio: *El jinete polaco*. Barcelona: Planeta, 1991.
- MUSIL, Robert: *El hombre sin atributos* (volumen 2). Barcelona: Seix Barral, 1986.
- NABOKOV, Vladimir: *Invitado a una decapitación*. Barcelona: Edhasa, 1971.
- ORDAZ, Jorge: *Las confesiones de un bibliófago*. Madrid: Calpe Narrativa, 1989.
- PASTERNAK, Boris: *El doctor Zhivago*. Madrid: Cátedra, 1991.
- PEREC, Georges: *La vida instrucciones de uso*. Barcelona: Anagrama, 1988.
- PEREZ-REVERTE, Jorge: *El club Dumas*. Madrid: Alfaguara, 1994.
- PIRANDELLO, Luigi: *El difunto Mattias Pascual*. Madrid: Alianza, 1986.
- RILKE, Rainer María: *Los cuadernos de Malte Laurids Brigge*. Madrid: Alianza, 1981.
- SARTRE, Jean Paul: *La Náusea*. Madrid: Alianza, 1995.
- SCHULZ, Bruno: *Obras completas*. Madrid: Siruela, 1993.
- SHARPE, Tom: *Vicios ancestrales*. Barcelona: Anagrama, 1987.
- SIMENON, Georges: *Maigret se equivoca*. Barcelona: Luis de Carali, 1963.
- TOOLE, John Kennedy: *La conjura de los necios*. Barcelona: Anagrama, 1982.
- UMBRAL, Francisco Umbral: *Los cuadernos de Luis Vives*. Barcelona: Planeta, 1996.
- VALIN, Edith: *Ultimo aviso*. Barcelona: Península, 1995.
- WHARTON, Edith: *Estío*. Barcelona: Grijalbo, 1995.
- WOOLF, Virginia: *El cuarto de Jacob*. Barcelona: Lumen, 1977.

LA BIBLIOTECA EN LOS LIBROS INFANTILES Y JUVENILES

De buena casa, buena brasa

* ANA GARRALÓN

Preliminares

Hablemos como un libro abierto

Las bibliotecas infantiles en España han experimentado grandes cambios en los últimos años. Tanto las públicas como las escolares, y las llamadas "bibliotecas de aula", han supuesto un nuevo acercamiento del joven lector -a veces incluso del todavía no lector- hacia el mundo del libro. En ocasiones esta "modernización" ha permitido pasar de la nada, del cuarto oscuro con pocos libros, a un centro moderno y luminoso, donde el libro se codea con los nuevos soportes tecnológicos de la cultura. La biblioteca ha mejorado sus horarios, sus dotaciones, su forma de acercarse a sus destinatarios, bien directamente o a través de las escuelas. En las secciones para niños, puede decirse que los cambios han sido espectaculares.

Existe curiosidad por conocer la recepción que este cambio ha supuesto a sus teóricos usuarios, pero dado que las administraciones públicas no se caracterizan por su interés por conocer la opinión de sus beneficiarios, salvo excepciones, se puede decir que la información existente al respecto en España es nula.

La literatura dentro de la literatura ha sido siempre un espacio atractivo para el estudioso y el escritor, aunque indiferente para el lector. Sin embargo, el lector de libros infantiles, enfrentado al reto de la lectura o castigado con el ejercicio obligatorio, no tendrá ninguna consideración intelectual sobre el hecho de que su historia transcurra en un espacio "literario". Mientras que el libro está más presente en la literatura, la biblioteca no parece atraer demasiado a los

escritores. Este punto, que detallaremos a lo largo de este estudio, no es más que la punta del *iceberg* del problema que enfrentan las bibliotecas respecto a su imagen.

Las bibliotecas y los bibliotecarios se han visto obligados a modernizarse. El concepto de biblioteca como lugar de conservación y protección de patrimonio, ha dado paso al concepto de biblioteca como lugar que intenta ganarse un espacio en el ocio de los ciudadanos. Este importante paso ha comenzado por la estructura física de algunos de estos oscuros y polvorientos edificios, algo que no ha sido demasiado difícil de cambiar, y ha continuado con las actitudes de los bibliotecarios y su comportamiento ante los usuarios. Este último punto es el que más trabajo ha costado modificar. Al bibliotecario se le pide actualmente que no sólo haga su trabajo técnico como siempre, sino que, además, "anime" el espacio donde trabaja, "capte clientes" y, en definitiva, venda un producto para el que la sociedad no ha creado una necesidad. En algunas escuelas de biblioteconomía, la parte del programa dedicada a los aspectos técnicos sigue siendo la estrella de la carrera, amparada por aquella concepción de que el bibliotecario no debe necesariamente leer.

La biblioteca y el bibliotecario, pues, tienen una imagen en pleno cambio, y todavía hoy es difícil encontrar un modelo satisfactorio para todos. En una encuesta de opinión hecha a profesionales de todo el mundo, las conclusiones eran contundentes: la profesión tiene una carencia grande de imagen y las reflexiones que suscita son, por lo general, pobres, siendo baja la reputación que tienen.

De las razones que sobresalen para esta imagen negativa los autores destacan el hecho de que los propios bibliotecarios consideran que su profesión tiene un bajo estatus. La excesiva dedicación a los procesos técnicos, la diversificación en cuanto a las demandas, y que las carreras de biblioteconomía atraen estudiantes rechazados en sus verdaderas pretensiones universitarias -no han conseguido plaza en la carrera deseada-, o estudiantes que, atraídos por las escasas exigencias para ingresar, ven una manera de obtener un título universitario. Por supuesto que hay muchas diferencias entre países altamente desarrollados en materia de bibliotecas y aquellos en los que el sistema bibliotecario está desarrollándose y, por lo tanto, están más ocupados en el propio sistema que en su imagen.

También en las bibliotecas infantiles hay grandes diferencias que no vamos a analizar en este momento. Este trabajo tiene como única finalidad hacer una primera aportación en el estudio de la imagen que de bibliotecas y bibliotecarios se ofrece en los libros para niños. La muestra incluye cuarenta y cuatro textos procedentes de las siguientes regiones idiomáticas: diez traducciones del inglés, cuatro del norteamericano, tres del francés, tres del italiano, cinco del alemán, uno del japonés y la nada desdeñable cifra de dieciocho del español (España y América Latina). Son títulos publicados en España (salvo la excepción de un inédito que se publicará próximamente) desde 1975. A través de la mirada que los autores han reflejado, pretendemos observar si han participado de los cambios de los últimos tiempos. No se han tenido en cuenta ni tebeos ni libros de texto, aunque sí libros de información. En la selección no se ha impuesto una valoración crítica del contenido literario.

No es nuestra pretensión, pues, sentar cátedra con unos resultados que serán simples aproximaciones, meras especulaciones que otros deberán continuar y completar. A la excusa por las carencias obligadas de este trabajo, cuya responsabilidad pertenece a quien escribe estas líneas, se une el agradecimiento a quienes han hecho posible esta modesta aportación. A la Asociación EDUCACIÓN Y BIBLIOTECAS, al Ministerio de Cultura y a la Fundación Germán Sánchez Rulópez.



ALFONSO RUANO

La biblioteca como protagonista. *El que tiene capa, escapa*

Los temas de los cuentos para niños tienen una estrecha relación con el mundo cotidiano de sus protagonistas. Salvo determinados géneros, como el fantástico o el de ciencia ficción, el escritor incluye en sus historias elementos que puedan ser reconocibles por sus potenciales lectores. La familia, la escuela, el barrio, aparecen una y otra vez ambientando las intrigas que el autor pretende desarrollar. Pensando en estos elementos que pertenecen a muchos libros para niños, será fácil suponer que la biblioteca es un espacio que el escritor o escritora integran en la narración. Sin embargo, la conclusión es decepcionante: la biblioteca aparece de manera muy escasa como protagonista de una historia. ¿Es la biblioteca un lugar suficientemente atractivo para un escritor como para utilizarlo en una historia? A la vista de los textos, la respuesta es no. ¿Significa esto que el escritor o escritora de cuentos para niños no es usuario habitual de bibliotecas? ¿O que sus experiencias con las bibliotecas no le sirven de inspiración?

Aquellos que sí han tomado la biblioteca como espacio central, han creado bibliotecas imaginarias, con toques de extravagancia, lugares singulares que el lector no reconoce, recintos donde ocurren cosas inesperadas. En pocas ocasiones los escritores se permiten descripciones detalladas de los ambientes bibliotecarios.

En *Cuentos roídos* (Cano), en el titulado "Ratas de biblioteca", el problema principal que tiene la biblioteca es la falta de clientela. A pesar de los esfuerzos de la bibliotecaria, el fracaso ha sido siempre tan rotundo que el ayuntamiento ha decidido cerrarla. La biblioteca es una "alquería reformada" con una "sala de lectura" que después de su cierre se queda como "almacén de trastos inútiles y de polvo" y es invadido por las ratas, que se dan el gran festín. Cuando la antigua bibliotecaria regresa a la biblioteca para ejercer su nueva profesión -exterminadora de ratas-, se encuentra con la sorpresa de que los libros que las ratas han roído han pasado a su memoria y son capaces de recitarlos. La bibliotecaria, entonces, tiene la idea de modernizar la biblioteca con estos nuevos soportes de los textos y su modernización parece que es la solución

ideal para el problema que siempre tuvo: captar clientela: "Asunción organizó una biblioteca ambulante, con sus auténticas ratas de bibliotecas. Continuamente hacen giras por todo el mundo, unas giras que tienen un gran éxito, porque la biblioteca ambulante de las ratas de biblioteca funciona como una biblioteca normal, con un servicio de préstamo y consultas y, ¿sabéis cómo es de fantástico que sea una rata la que te explique cuándo los ratoncitos de la Cenicienta fueron convertidos en espléndidos caballos? ¿O que una rata-diccionario te ayude a traducir a Andersen? Porque debéis saber que el fondo bibliográfico se ha ampliado enormemente y ya hay ratas de muchos países que forman parte de la biblioteca. Asunción las tiene organizadas por temas e idiomas con unos lazos de color en la cola y perfectamente numeradas en el dorso de la lazada. Y la verdad es que el funcionamiento no puede ser mejor"

Y si unas bibliotecas cambian para adaptarse a nuevas circunstancias, otras tienen la característica de estar en lugares especiales: "Que la calle Perros y Gatos no es una calle normal y corriente creo que ya lo habréis comprendido. Figuraos que hay hasta una biblioteca para muchachos" (Lavattelli).

Y, naturalmente, por estar en una calle así es también una biblioteca especial, aunque no se explique porqué: "La biblioteca de la calle Perros y Gatos no es en absoluto una biblioteca cualquiera. Ni mucho menos. Lo demás, ya os lo podéis imaginar. La bibliotecaria tampoco es de un tipo cualquiera y los libros no son libros cualesquiera, podemos suponerlo". La biblioteca parece tener incluso características más propias de los seres vivos que de los objetos: "Nadie,

en su opinión, la tomaría como la biblioteca. Es una criatura tan paciente, tan abierta, tan humana... ¿a quién le puede molestar?"

Sin embargo, este lugar en apariencia inofensivo tiene enemigos. La biblioteca es incendiada a propósito, el culpable es un tal señor Faci, y así lo define la bibliotecaria: "El propietario de una sala de juegos que hay justo en la esquina, donde se cruza la calle Perros y Gatos con la de la Merluza. Es un tipo que no me puede ni ver. Dice que le quito la clientela". Un incendio así, de consecuencias catastróficas para cualquier biblioteca, ha sido, en este caso, un buen expurgo: "Se han quemado sobre todo los más viejos, los que casi nadie leía. El fichero está intacto. Y también toda la sección de novelas de aventuras".

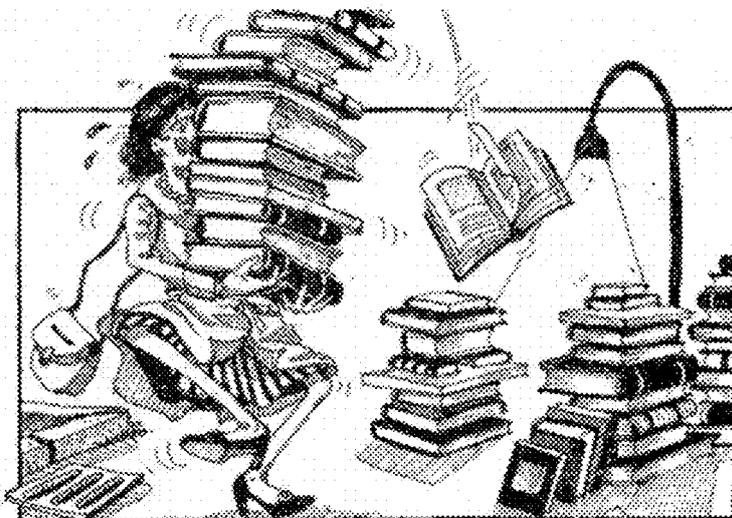
En otros cuentos, la biblioteca puede llegar a impresionar la primera vez que se accede a ella: "Aitana estaba ante la puerta de la biblioteca pública con la boca abierta por la admiración. Era un edificio grande, con una hermosa puerta adornada con ramos y flores, y había que subir algunos escalones de piedra para llegar a la puerta. Empujó con cierto temor y se encontró en el interior

de un recibidor como el de su casa, pero muy iluminado y con cuadros adornando las paredes. Sentado detrás suyo, vestido con un traje azul oscuro y muchos adornos dorados en la chaqueta" (González-Suárez).

Justamente esta biblioteca impresionante conserva los sistemas antiguos de acceso al libro. Mientras la protagonista mira embozada los libros en las estanterías, la bibliotecaria la pregunta qué busca y le dice que se siente, porque ella le llevará el libro.

Biblioteca y bibliotecaria constituyen un importante espacio en *El secuestro de la bibliotecaria* (Mahy), aunque más la bibliotecaria –secuestrada por unos bandidos que acabarán siendo sus ayudantes–. Por lo que concierne a la biblioteca, es considerada un espacio valioso cuando los secuestradores se justifican ante la bibliotecaria en el momento de su rapto: "El ayuntamiento de la ciudad pagará un generoso rescate. Todo el mundo sabe que la biblioteca no funcionará nada bien sin su bibliotecaria". A lo largo del libro, de una manera su

generis, el lector irá aprendiendo cómo funciona la biblioteca. Las adquisiciones tienen una entrada y un número y son ordenadas en la estantería por orden alfabético –ya que el orden alfabético es una regla esencial–, y de esta manera es clasificado el bandido jefe, Bienvenido Bienhechor, cuando busca refugio en la biblioteca y la bibliotecaria lo adopta. También hace falta ser socio, como se le exige al policía que trata de



GIUSEPPE DONGHI

"llevarse en préstamo" al bandido cuando lo ve en la estantería, y llevar consigo la tarjeta de lector para sacar cualquier libro de la biblioteca: "En ese caso, temo que no podrá retirar nada sin su tarjeta de lector. El Bandido-Jefe es propiedad de la biblioteca." En la biblioteca también se aceptan reservas de libros, como lo confirma la bibliotecaria, cuando regresa el policía y el bandido se ha esfumado: "¡Oh! –exclamó la bibliotecaria–. Lo lamento, pero se lo ha llevado otra persona. Debí usted haberlo reservado.

El policía miró fijamente al estante y luego a la señorita Laburnum.

–¿Puede anotar mi reserva? –preguntó tras un momento de silencio.

–Por supuesto –respondió la bibliotecaria–, aunque debo indicarle que la espera puede ser larga. Hay muchos lectores que aguardan su turno."

Por último, y dada la reconversión de los bandidos en bibliotecarios, se abre una biblioteca para niños, "en la que todos los días se leían cuentos y se representaban divertidas obras de teatro". Esta novedad, además de atraer mayor público, impresiona incluso a la bibliotecaria, que piensa que "la biblioteca para niños era un poco más fantástica y salvaje, pero también más divertida, que el resto de bibliotecas que

conocía". Pero esto no le preocupaba. No le preocupaba que todos los bibliotecarios bandidos llevaran grandes barbas negras ni que quitaran todos los letreros que ordenaban *Silencio* y *Prohibido hablar*.

También la biblioteca trata de hacerse asequible en los textos para niños. *Me gustan las bibliotecas* (Santirso) es un sencillo libro de aproximación a la biblioteca. Ésta se presenta como una gran ciudad donde sus calles, plazas y ríos representan las distintas áreas del saber. Es una biblioteca abierta, donde los usuarios pueden acceder directamente a los libros y elegir el que más les guste y donde hay una sala de lectura.

En otros cuentos para niños se muestra igualmente una realidad que comparten muchas bibliotecas: "Al final de un largo pasillo, descubrió en un recoveco una puerta con el letrero "Biblioteca".

-¡Qué chuli! Ahora podré coger otros libros para leer -pensó.

En la puerta no había nada que indicara el horario de la biblioteca, lo cual le extrañó mucho, y estaba a punto de irse cuando la curiosidad la detuvo. Decidió mirar por el cerrojo para ver cómo era por dentro. (...)

Lo primero que le llamó la atención fue el olor a cerrado de la habitación. Inmediatamente entendió por qué nadie le había comentado nada de la biblioteca. Se encontraba en un estado lamentable, con libros y cajas desparramadas por todas partes" (Appel).

En otros casos, la falta de presupuesto repercute en la formación del fondo de la biblioteca, incurriendo en prácticas no demasiado legales: "Nosotros también tenemos uno en la biblioteca. Grabamos las películas y otros programas de televisión y luego ponemos las cintas a disposición del público" (Borsani).

Esta precariedad contrasta con las dotaciones de otras bibliotecas, que incluyen aire acondicionado entre sus instalaciones:

"La bibliotecaria oyó el ruido de una furgoneta aparcando y se asomó corriendo a la ventana.

-¡El aire acondicionado! -gritó-. ¡Por fin esta biblioteca dejará de parecer una sauna durante el verano!" (Gómez Cerdá).

Si bien en los cuentos para niños la biblioteca no es objeto de largas y detalladas descripciones, en los libros juveniles los escritores se permiten algunas referencias más intelectuales sobre la biblioteca. En *Yo, Robinsón Sánchez, habiendo naufragado* (Cansino), la biblioteca es uno de los espacios centrales más importantes de la historia. Es descrita como el lugar donde el protagonista acoge con alivio un espacio que

le salvará de la mediocridad. Es un sitio, sin embargo, vetado, con un candado aparentemente cerrado, cuyo acceso sólo frecuentan tres compañeros de clase, una especie de "club" de jóvenes rebeldes. Una biblioteca que no es usada, cuyo fondo se nutre de libros antiguos, empolvada, húmeda, grande, oscura e inaccesible. Cada libro lleva un sello de una calavera sobre un libro con el lema: *Ars longa vita brevis*. La biblioteca representa aquí un espacio tradicional, donde los libros se conservan y protegen del uso aleatorio. Tan respetable es la biblioteca en este texto que se describe con mayúscula. Es uno de los pocos textos en que se reflexiona sobre la biblioteca: "En penumbra y con un halo vetusto y de abandono mis ojos pudieron ver una amplísima Biblioteca de la que no había oído hablar jamás y que, al parecer, nadie utilizaba.

Me acerqué a uno de los portillos entornados y lo abrí para tener más luz. Toda la habitación estaba fuertemente combatida por la humedad, las paredes abofadas y algunas marcas oscuras rezumaban en los techos. Esto parecía haber provocado algunos estragos, ya que las butacas que se hallaban bajo los ventanales estaban completamente apulgaradas.

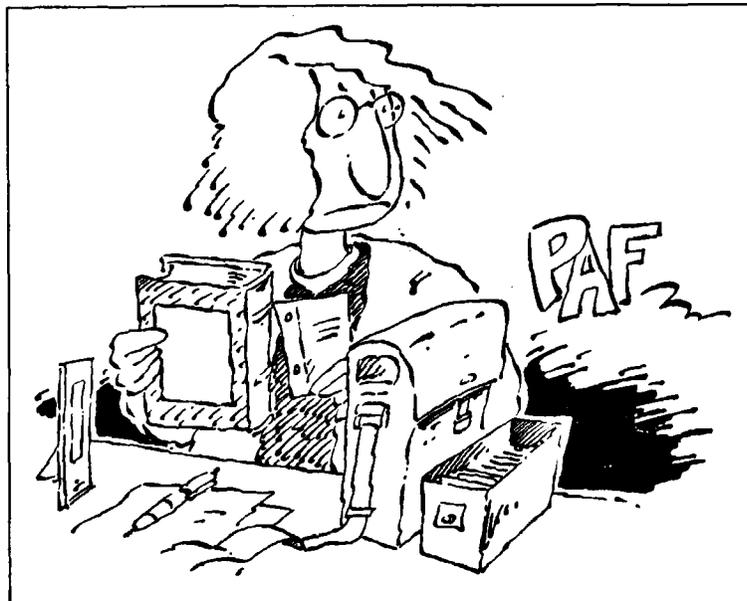
La habitación era espaciosa y oscura, pues los ventanales esmerilados dejaban entrar sólo una luz turbia y mortecina. Unos majestuosos estantes recubrían las

paredes hasta el techo, cerrados por puertas con cristales en tiempos transparentes y ahora en su mayoría empolvados y grasientos. Algunos de estos cristales estaban rotos y la humedad había hecho presa en los libros.

Todo el mueble estaba corrido por una cornisa torneada, en la que se sucedían, a intervalos y en relieve, asombrosas figuras mitológicas. En la parte inferior alternaban cajones y puertas, algunas desvencijadas, con relieves que mostraban las alegorías más diversas. En cuanto a los libros, eran en su mayoría ediciones antiguas, encuadernadas sobriamente, con poca variedad de colores, lo que proporcionaba un aspecto uniforme a todos los anaqueles.

Completaba el mobiliario una serie de mesas independientes, reparadas por la habitación, cada una de ellas con un quinqué sujeto al centro y de los cuales sólo uno comprobé que estaba enchufado y lograba funcionar."

Sus usuarios han establecido una especie de "orden" y van extrayendo, del fondo general, aquellos libros que les parecen más interesantes, para clasificarlos aparte, para dejarlos más a mano, en una estantería previamente seleccionada: "-Lo más interesante va estando en aquel estante"



XAN LÓPEZ DOMÍNGUEZ

(...)

-Sí, que lo voy poniendo yo allí. Todo lo que leo interesante lo coloco en el estante de la esquina. Bueno, lo que leo yo y algún otro.

-Así desordenarás la Biblioteca -medio le recriminé con ingenuidad.

-¿Cómo que desordeno? -dijo en un tono menos amigable y como ofendido-. ¡Al contrario! Establezco una jerarquía, diferencio lo importante de lo que no lo es, lo bueno de lo malo, lo que vale de lo que no vale, ¿entiendes? Además, por si no lo sabes, hago lo que quiero, para eso soy el Bibliotecario."

Aquí la biblioteca es, sobre todo, un lugar de escapatoria, un espacio secreto donde los jóvenes se inician en el mundo del saber: "La Biblioteca era sin duda el pan y la sal de nuestra Organización y de ella sacaba yo mi cotidiano alimento. Una tarde decidí averiguar de qué trataban los libros empolvados que se mantenían más lejos de nuestro alcance en el último de los estantes. Era una ristra de libros grises, sin ningún atractivo exterior. Subido sobre una silla tomé uno de ellos y, al hacerlo, dejé caer sobre mis ojos una oleada de polvo".

El que la biblioteca pertenezca a "unos zafios. Gente que no sabe apreciar lo que hay en sus páginas" ha sido debido a una especulación, a la venta que perpetraron los herederos del cultivado P. Zúñiga, poco interesado en conservar su colección de libros cuando éste ingresa en una residencia para ancianos. Los muchachos descubren al antiguo propietario y se proponen devolverle a escondidas lo que sentimentalmente le pertenece. Cada día sacan unos cuantos libros que le van llevando, pero la inesperada muerte del señor Zúñiga les desbarata los planes y el azar les salva de ser descubiertos: "Se han roto las tuberías -dijo Enrique-. Probablemente llevan siglos sin cambiar. El agua ha caído sobre los muebles sin interrupción. Mirad qué desastre. La mayoría de los libros están empapados y los estantes parecen haber soportado un diluvio."

El fin de la biblioteca será su destrucción. Muerte de su antiguo propietario, deterioro irreparable de los libros por el agua, traslado de la familia del protagonista a otra ciudad.

La biblioteca como elemento secundario *Visitas, pocas y cortitas*

Del mundo anglosajón en su mayoría provienen los textos en los que la biblioteca se ha incluido

como un elemento más dentro de la trama. No es una alusión gratuita ni caprichosa, la biblioteca, o los bibliotecarios, desempeñan una función premeditada por el escritor o escritora. También los escritores españoles gustan de incluir pasajes o escenas en bibliotecas. En los últimos años, en España los propios escritores han vivido en su propia piel otras bibliotecas, más dinámicas, activas y modernas. La biblioteca es un lugar donde los protagonistas acuden para buscar algún dato o donde encuentran algo que no esperaban. En todos los textos se presupone que el lector tiene su propia idea de la biblioteca, que está familiarizado con ella, por lo que no hay cabida a las descripciones ni a los detalles. Tanto es así,

que el lector incluso supone que los protagonistas están en la biblioteca porque se ha mencionado expresamente, como en *El ladrón de palabras* (Fuente Arjona), donde los protagonistas buscan a un monstruo que padece el vicio de comer palabras, y su último destino es la biblioteca. La biblioteca es "un lugar del colegio donde hay libros" y, por lo tanto, "la biblioteca es el sitio del colegio donde hay más palabras..."

Es, no obstante, un lugar poco frecuentado por los niños, como lo reconoce uno de ellos:

"Me parece que no venimos mucho por la biblioteca del colegio, los libros están llenos de polvo". A juzgar por la actitud de los protagonistas, seguirá siendo un lugar cuyos libros acumulan polvo.

En la mayoría de las ocasiones la biblioteca es un lugar de consulta donde se acude voluntariamente con la intención de documentarse. Incluso los protagonistas más pequeños lo hacen. El oso perdido que el niño pequeño encuentra en la gran ciudad le enseña cómo es el lugar donde él vive. El niño le muestra los rincones más frondosos de la ciudad, pero le sugiere: "¡Probemos en la biblioteca! ¡Aquí se pueden encontrar muchas cosas!". El niño no parece tener más de cinco años y, sin embargo, conoce la biblioteca: "miramos un montón de libros. El oso ve una ilustración que se parece a su casa. Buscamos el sitio en el mapa y salimos corriendo" (McPhail).

En *El fantasma de la escuela* (Townson), la biblioteca es igualmente un lugar de consulta, del que



DAVID MCPHAIL

poco se dice: "Sam había consultado en la biblioteca un libro titulado: *¡Haga desaparecer a su espectro!* En él se decía que podías librarte de cualquier fantasma usando una campana, un libro, unas velas y unas cuantas palabras escogidas".

También la biblioteca es lugar de consulta para Max, el inquieto estudiante que, junto a Gustav y Leopold, pretenden dar con la fórmula para volar (Keks): "A la muerte del profesor Ganswindt muchos de sus valiosos manuscritos terminaron sirviendo para hacer cucuruchos en las fruterías y tiendas de comestibles. Por eso, mientras Gustav y Leopold intentaban recomponer los planos de la máquina voladora, Max removió la biblioteca de la universidad en busca de antecedentes históricos del vuelo humano, que les podrían ser de utilidad".

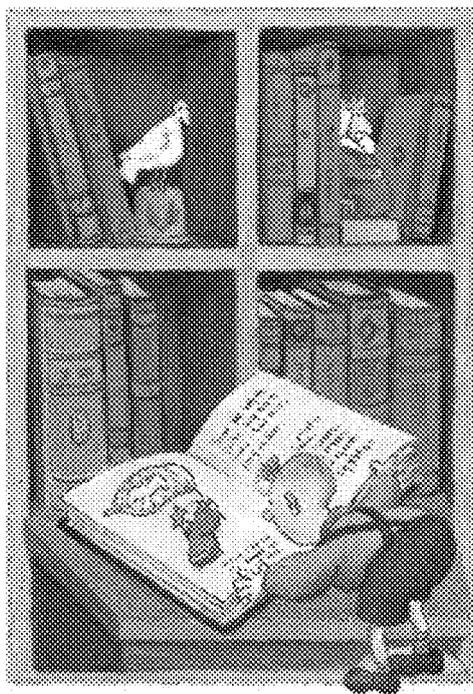
En otras ocasiones, la biblioteca es un referente al que los protagonistas acuden una y otra vez. Es un lugar cálido, un refugio donde van cuando buscan tranquilidad. Cuando Leigh Botts (Cleary) escribe sus cartas al señor Henshaw, escritor al que admira, le pregunta: "¿Escribe usted libros para niños porque ya ha leído todos los de la biblioteca, o porque escribir le gusta más que

cortar el césped o quitar la nieve?" Leigh es un niño que ha conocido la biblioteca desde pequeño: "Me sentí un poco más animado cuando mi madre me dijo que estaba cansada de la vida de la carretera. A lo mejor yo no tenía toda la culpa. Me acordaba también de que mi madre y yo estábamos mucho solos y de que yo odiaba vivir en aquella casa ambulante. Los únicos sitios a los que íbamos alguna vez era a la lavandería y a la biblioteca."

Sin embargo, la biblioteca no se define en ningún momento, Leigh no ha sido creado por la autora para hacer un alegato de la biblioteca y, como cualquier chico, lo integra en su discurso naturalmente, sin artificios, sin darle mayor importancia.

Otro tanto ocurre con Gabriel, el protagonista del cuento fantástico *El guardián del olvido* (Gisbert), que encuentra en la biblioteca la pista para resolver el misterio: "En los días siguientes, Analisa tampoco acudió a la escuela. Gabriel empezaba a

preocuparse cuando, una tarde, en la biblioteca, encontró el pequeño espejo que tantas veces había visto en las manos de la chica. Estaba al



FERNANDO KRAHN

PUBLICIDAD

fondo de un anaquel, tapado por los libros fantásticos favoritos de Gabriel." El espejo ha sido dejado allí a propósito, pues es un lugar al que el muchacho acude regularmente.

A veces la biblioteca es una buena alternativa al aburrimiento, como le ocurre a Harvey, un chico discapacitado que vive en un hogar adoptivo. La biblioteca está situada arriba de una cuesta y, por esa razón, no es un sitio demasiado recomendable para un muchacho como él. Sin embargo va a la biblioteca: "Nada más llegar, Harvey se colocó en una mesa apartada para hojear viejos números del New York Times Magazine. Su amiga repasó todas las revistas de modas que pudo encontrar y luego se acercó al mostrador del bibliotecario.

- ¿Tienes revistas de cine?
- No.
- ¿Y comics?
- No".

A pesar de tener poco fondo, la biblioteca cuenta con un servicio de fotocopias.

La biblioteca, incluso, es una imagen tan aceptada y tan cotidiana que en algún caso es objeto de críticas por su labor intelectual y social entre sus usuarios. En el divertido libro *Ojos saltones* (Fine), la madre prohíbe a la protagonista ir a la biblioteca, que la considera un lugar donde se recomiendan pautas de comportamiento que ocasionan más trastornos que utilidades: "Encontré a mamá registrando la despesa.

- Kitty, ¿podrías ir a cogerme unas patatas?
- ¿No puedes esperar hasta que vuelva?
- Mamá levantó la vista.
- ¿A dónde vas?
- A la biblioteca

Mamá frunció el ceño porque ha cogido manía a las bibliotecas. Lleva semanas enteras con esa manía, lo que nos ha complicado mucho la vida tanto a mí como a Jude. Antes le gustaban un montón. Como todos, tenía esa visión color de rosa en la que las bibliotecas son depósitos frescos y silenciosos de sabiduría limpiamente ordenada: templos del saber, joyas culturales, cúspides de la civilización y cosas por el estilo. Si le decía que me iba a la biblioteca, me sonreía y sentía un cosquilleo por dentro. Era fácil saber lo que estaba pensando: por muy mal que lo hubiera hecho como madre no

debía de inquietarse demasiado, ya que por lo menos aún seguíamos yendo a la biblioteca.

Y entonces las cosas empezaron a torcerse. Primero, un día apareció Jude insistiendo en que a Floss le hacían falta cuatro inyecciones distintas para que pudiera seguir respirando sin problemas durante el invierno. Dos semanas después, llegó una factura de quince libras del veterinario.

-¿Y de dónde has sacado eso de las inyecciones? -le preguntó entonces mamá bastante irritada.

-Había un cartel que lo ponía en la pared de la biblioteca -contestó Jude, toda inocencia.

Y ese fue el principio del lento pero firme desencanto de mamá. Hasta estuvo a punto de dirigirse a la biblioteca marcando el paso para quejarse.

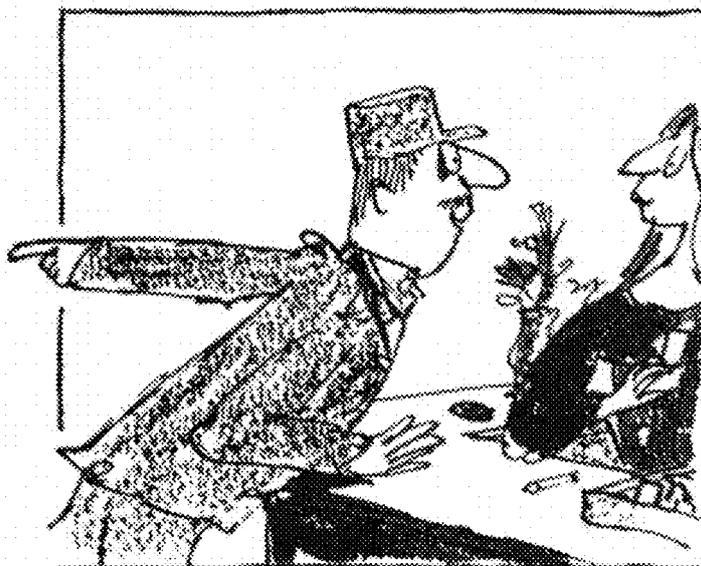
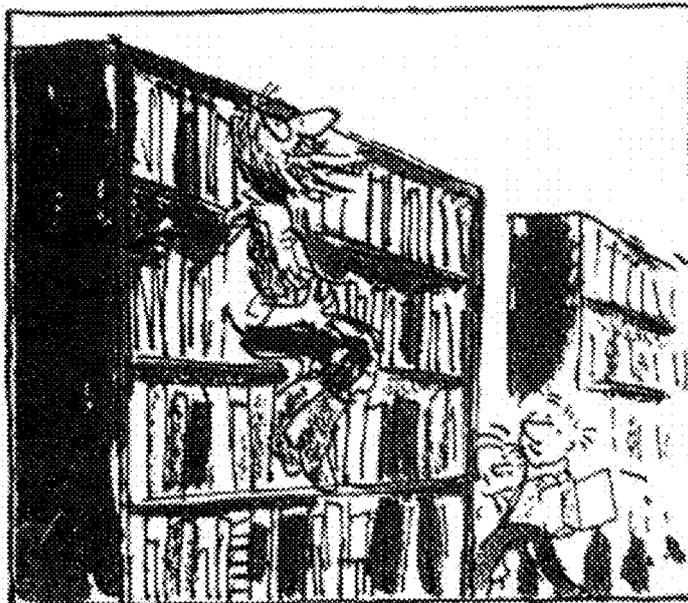
Luego, dos o tres semanas después, llegué yo a casa destrozada porque había estado de pie durante media hora, incapaz de despegar los ojos de un vídeo terrible que echaban en sesión continua en el salón de actos sobre las tácticas de la policía surafricana. Esta vez, mamá llamó por teléfono al director de la biblioteca. Luego Jude estuvo dos semanas con pesadillas cuando quitaron el cartel viejo antivivisección de los ratones encerrados en una jaula y pusieron en su lugar uno mucho más fuerte y desgarrador en el que se veía bien claro a un gato que era clavado a nuestra Floss.

Así que soplaban vientos de tormenta. Pero cómo iba yo a saber que esa misma mañana Jude había cometido el grave error de decirle a nuestros muy susceptibles vecinos que deberían quitarle las pulgas a su perro mucho más a menudo (por cortesía de la Hoja Informativa Bibliotecaria n° 4), justo cuando mamá acababa de volver de hacer las paces

con ellos".

En esta biblioteca no sólo se encuentran libros sino también otros soportes culturales: "-¿Para qué vas a la biblioteca? -me preguntó toda recelosa y rechinando los dientes.

- Quiero coger una cosa.
- ¿Un libro?
- No.
- ¿Y entonces qué?



QUENTIN BLAKE

No respondí a eso por la sencilla razón de que cualquier cosa que dijera podría ser utilizada en mi contra.

-¿Un juego de ordenador? ¿Es eso?

Me habían pillado con las manos en la masa y asentí.

-¡Ya está bien! -chilló-. ¡Ya está bien! ¡Finito! Desde ahora en adelante, esa biblioteca de las narices es territorio prohibido. ¡Prohibido!

Yo levanté los ojos al cielo. Ojos Saltones soltó una carcajada. Mamá se encaró directamente con él.

-¡Para ti es muy fácil reírte! -le dijo-. ¡Seguro que tú nunca tuviste este problema cuando tus hijos eran pequeños!

Me quedé boquiabierta. No sabía que tuviese hijos mayores."

La biblioteca ideal, sin embargo, es percibida por la madre no como un lugar interesante. Ella sigue anclada en un concepto tradicional de biblioteca: "Has tenido suerte -dijo mamá con un suspiro-. Tus hijos se han criado en los buenos tiempos de antaño, cuando las bibliotecas aún eran bibliotecas! Seguro que iban a pasar una media hora tranquila eligiendo libros de verdad. Y luego volvían a casa y tú tendrías por lo menos un par de horas de paz mientras ellos se quedaban sentaditos leyéndoselos de cabo a rabo.

Siempre entre sonrisas, Ojos Saltones asintió. Sí, decía con su expresión. Así eran las cosas en los buenos tiempos de antaño.

-Bueno, pues ahora han cambiado las cosas -dijo mamá con brusquedad-. Vuelven a casa en menos de diez minutos y bajo el brazo llevan uno de esos juegos idiotas de ordenador que no paran de hacer bip-bip, y lo único que oyes durante horas es: ¿No crees que deberíamos jugar sobre seguro y alistarnos en la división de infantería blindada, mamá?, o ¿Puedo apuntarme a clases de serbocroata en la universidad a distancia, mamá?, o ¿Qué es la cocaína, mamá?

Y mamá se echó hacia delante y me chascó los dedos delante de las narices.

-Vale, ¡pues ya está bien! -repitió-. Se acabó la fiesta. Hablando como madre y como contribuyente, tengo el deber de proclamar que las bibliotecas constituyen ahora un problema mucho mayor que los que ayudan a resolver. Así que ya te puedes ir arriba a poner los pocos libros destrozados que tienes en orden alfabético."

Esta visión moderna de las bibliotecas que madre e hija no comparten, ofrece novedades respecto a las tradicionales:

"-La biblioteca ya no guarda los libros por orden alfabético -le dije.

-¿Qué, cómo? -me dijo con voz ahogada-. ¿Es que se ha desplomado el cielo sobre nuestras cabezas? Dime, Gerald, ¿he oído bien lo que acaba de decir mi hija?

-Es verdad -dije antes de que él pudiera aportar su granito de arena-. Ahora la sección juvenil está clasificada por puntos. Puntos rojos para adolescentes, azules para la segunda etapa de primaria, rosas para la primera y verde para los de guardería.

-¡Estás de guasa! ¡De guasa! ¿Puntos?

-Bueno..., pegatinas redonditas, ya que estamos.

Mamá se llevó las manos a la cabeza.

-Pegatinas redonditas -gimió-. Gerald, ya ha ocurrido. Los bárbaros han tomado el poder -y levantó la cabeza-. Pero a qué esperar? -exigió saber de repente-. ¿Qué los detiene? ¿Por qué no cogen ya de una vez, arrancan las estanterías y tiran los libros en cuatro grandes pilas: ¡Aburridos, Así así, Guya y Chachi piruli!

Ojos Saltones no podía contener las carcajadas y mamá se encaró con él:

-No, de verdad -insistió-. Estoy hablando en serio. ¿Para qué seguir fingiendo? ¿Qué más da que nosotros, el público británico, tuviéramos antes un sistema de bibliotecas que era la envidia del mundo entero?

Era como una actriz en un estreno importante. El pobre Ojos Saltones se tenía que enjugar las lágrimas que le caían por las mejillas de tanto reírse. Yo volví a levantar los ojos al cielo.

Y entonces mamá extendió la mano en un gesto dramático.

-Dame tu carné de la biblioteca. Venga. Suéltalo. Negué con la cabeza y

di un salto hacia atrás.

-Venga -dijo-. Suéltalo. A partir de ahora, queda confiscado.

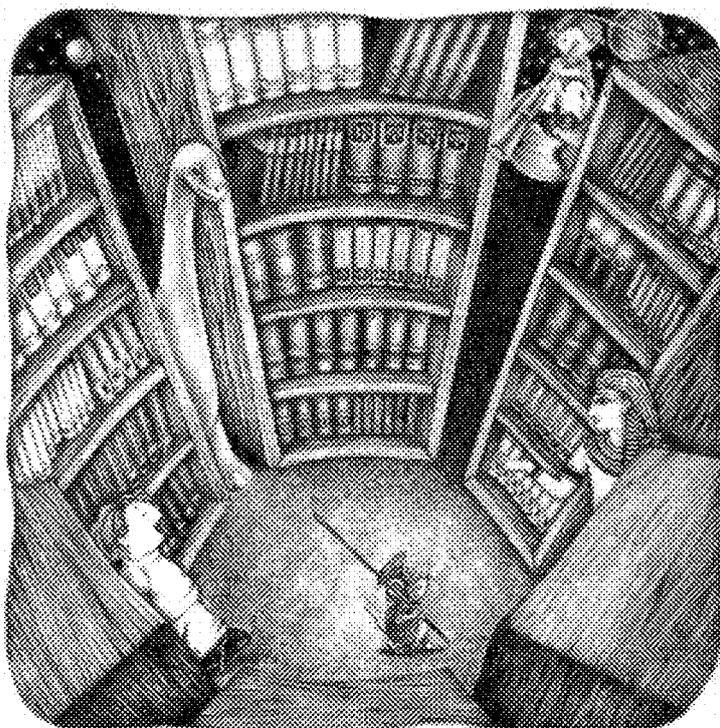
-Ah, no; de eso nada -dije, como si estuviéramos en una pantomima.

-Ah, sí.

-Ah, no.

Siempre con la mesa entre ambas, me dirigí rápida y con cautela hacia la puerta trasera. De repente, mamá hizo como si fuera a echar a correr detrás de mí y, con un gran esfuerzo, Gerald Faulkner logró dominar sus risas lo bastante para cogerla en brazos y retenerla mientras yo atravesaba la puerta sana y salva.

-¡Adiós! -les grité, al tiempo que salía disparada por el sendero del jardín."



MARTA AVILÉS

La biblioteca, de vez en cuando Entre col y col, lechuga

A veces la biblioteca, sin llegar a ocupar un espacio destacado dentro de la acción, si tiene un lugar en una reflexión, un pensamiento, una lejana meditación que denota una actitud hacia la misma, una carencia, o un recuerdo. En todos los casos son referencias que los pro-

tagonistas hacen una vez a lo largo de la historia para situar sus pensamientos en un contexto, para comparar una situación con otra, para informar. A veces es la protagonista que recuerda cómo su profesora les acompaña a la biblioteca:

"Suele venir siempre con nosotros a la biblioteca del cole, porque nos tiene que enseñar a toda costa sus libros preferidos. Y nos dice que leamos lo más rápido posible, para que también les toque el turno a los otros" (Haucke).

El joven Julien (Smadja) percibe también la biblioteca como un espacio impuesto, alejado de sus intereses: "Llegó a la calle Renard y de golpe apareció ante él la gran masa tubular del Centro Pompidou: "la refinería de los intelectuales", decía

su padre. Julien se acordó que de pequeño su padre lo llevaba a menudo a la biblioteca y allí se aburría en medio de este religioso silencio de los libros, del andar quedo, de los murmullos inaudibles."

Pero no todos son recuerdos negativos. Park es un chico que indaga el paradero de su padre y, en una referencia a su madre, la califica como usuaria de bibliotecas: "Su madre leía mucho, pero nunca la había visto coger aquel libro de la estantería de la sala. De hecho, los únicos libros que leía, además de los muchos que sacaba en la biblioteca, eran los que tenía en una pequeña estantería en su dormitorio" (Patterson).

En otros libros, la biblioteca es una referencia cultural, como en el caso del cuento número ocho de la selección de Miquel Obiols (Obiols, 1987) en el que se hace referencia a una escuela de puercos: "Era, según pudimos comprobar, una especie de escuela donde se enseñaba a emitir correctamente Gruñidos y Chillidos a todos los cochinos, puercos, marranos y lechones. También los adiestraban en el arte de bañarse y perfumarse con jugo de brezo. Muy pocos eran los cerdos que aprendían a leer y escribir y, en general, todos eran muy incultos y toscos. En realidad no les interesaba demasiado, ni la historia de su país, ni nada de lo que estuviera relacionado con la cultura porcina. Por eso no conseguimos encontrar ni una biblioteca, ni una librería..."

En esta misma selección, en el cuento número once, la comparación que de la biblioteca se hace connota un lugar de desorden: "La primera media hora pasó sin conflictos. La mesa del comedor, llena de libros y de mapas, parecía la de una biblioteca."

En dos libros de información, la biblioteca es citada como el último punto donde el libro acudirá una vez terminado. "En la biblioteca, los libros están distribuidos según los temas, para que nos resulte más fácil escoger lo que preferimos leer" (Lapointe). También es un lugar donde algunos no pueden soportar el ruido (Spies).

Las otras bibliotecas Más vale algo que nada...

No queríamos dejar de referirnos a esos otros espacios con libros que representarían la concepción

más elemental de biblioteca. El concepto de biblioteca para niños puede abarcar desde unos cuantos libros ordenados en una estantería en clase, hasta la pequeña selección que tienen en su habitación. Biblioteca en la acepción de colección de libros sin determinar cantidad ni disposición concreta. En los



FRANCISCO MELÉNDEZ

últimos años, en España, el concepto de biblioteca escolar y biblioteca de aula han ampliado la visión tradicional, en ocasiones demasiado limitada, de biblioteca. Es por eso que haremos mención a esas colecciones de libros que, sin pretensiones de bibliotecas públicas, cumplen una función por cuanto acercan los libros y la cultura a sus usuarios. Hablamos de las bibliotecas privadas, tanto de adultos como de niños y de espacios donde el libro está presente. En esta parte del análisis haremos referencia exclusivamente a los textos y dejaremos las ilustraciones para el capítulo dedicado a las mismas.(1)

Entre los "espacios domésticos" con libros, se encuentran las inclusiones que la poeta chilena María de la Luz Uribe hace en dos de sus libros dedicados a los objetos del hogar, concretamente al salón y al cuarto. En el primero habla del estante:

Había un estante
repleto de libros
y algunos objetos
creyéndose listos.

"Soy de porcelana",
dijo una paloma,
"fina y delicada,
y nadie me toca".

(1) Este trabajo consta de una segunda parte dedicada a los ilustradores que por motivos de espacio publicaremos en otro número de la revista a lo largo del año 1997.

"Yo yo de cristal",
dijo un reyecito,
"por eso al limpiarme
me tratan con mimo".

"Yo soy de papel",
dijo un grueso libro,
"pero el que me abre
se queda conmigo".

Cuando se refiere al cuarto, habla, sin embargo, de la repisa:

Esta era una repisa
que siempre tenía risa.
Tenía muchos amigos
entre juguetes y libros.

Cuando no estaba jugando
cuentos estaba escuchando.
Los libros le susurraban
historias nuevas y extrañas.

Si alguien un libro sacaba
se reía a carcajadas,
porque ella ya conocía
el cuento que leerían.

Yo leo mucho y sin prisa
por ver si escucho su risa.
Pero nadie escuchó nunca
la risa de la repisa.

Igualmente domésticas son las bibliotecas que presenta el escritor alemán Erich Kästner en sus cuentos. Son textos cuyo original data de los años treinta, pero que se han traducido en España en los años ochenta. Es un escritor que siempre hace referencias a los libros. En *El 35 de mayo* (Kästner, 1987b), la biblioteca es llamada "el armario de libros", y está situada en la habitación donde los protagonistas hacen sus juegos de mesa, en tranquila competencia con la lectura.

En los cuentos que tienen lugar en tiempos antiguos, la referencia a la biblioteca es únicamente de particulares. Véase, por ejemplo, en *El paquete parlante* (Durrell), cuando los protagonistas, dos niños y un loro, llegan

al Palacio de Dreja, residencia de Camemberto, duque de Comadreja. En busca de datos sobre una planta medicinal. La biblioteca sólo será accesible para el loro: "¡Qué humor ni qué narices! -dijo Loro con malos modos-. Oye, Camemberto, comadreja mocosa, menguada y majadera, atiende: la ruda es una planta. Si las comadreas la coméis, os hace valerosas y os capacita para atacar a los basiliscos. Es un hechizo que encontramos en el Gran Libro de los Hechizos. Ahora, lo que yo quiero saber es si hay alguna alusión a ello en vuestra absurda Historia de la Comadreja.

-¡Qué curioso! -dijo Camemberto-. ¡Qué curioso! ¿Tomar ruda para hacemos valerosas? Por supuesto, ya comprenderás que no nos hace falta nada semejante. Naturalmente que no. Somos valientes como leones, las comadreas: pacíficas, naturalmente, pero cuando se nos irrita, ¡ja! ¡Caray, entonces sálvese el que pueda!

-Lo difícil es irritaros -señaló Loro-. Bueno, mira, Camemberto, deja ya de echarle cuento, sé bueno. Hale, vamos a consultar tu Historia. La tendrás en la biblioteca ¿no?

-Sí, claro, claro -dijo Camemberto-. Pero..., pasa una cosa.

-¿Qué?- preguntó Loro.

Camemberto se inclinó hacia él y le dijo a la oreja, pero sin bajar la voz:

-No puedo decirles que pasen, a ésos..., a esas cosas; son demasiado grandes..., me romperán los muebles..., asustarán a la pobre Clementina.

-Vale, vale, -dijo Loro-. Los niños pueden ir a la parte de atrás, tumbarse en el césped y mirar por la ventana de la biblioteca.

-Bueno, pero díles que se tumben con mucho cuidado- dijo Camemberto-; es mi campo de croquet.

Mientras Loro seguía a Camemberto y Clementina hacia el interior de la casa, los niños rodearon la casa y se tumbaron en el césped del campo de croquet. Por las ventanas abiertas se veía una gran biblioteca con las paredes forradas de madera de roble y llenas de libros desde el suelo hasta el techo.

Al poco rato entraron en ella Camemberto y Loro.

-Bueno -dijo Camemberto-, la Historia está en esta parte, en los estantes diez, once y doce. Tenemos mucha historia, las comadreas; no como algunos seres a los que no voy a nombrar, y que, hablando con propiedad, tienen tan poca que lo mismo podrían no haber existido nunca.

-Manos a la obra -dijo Loro-.

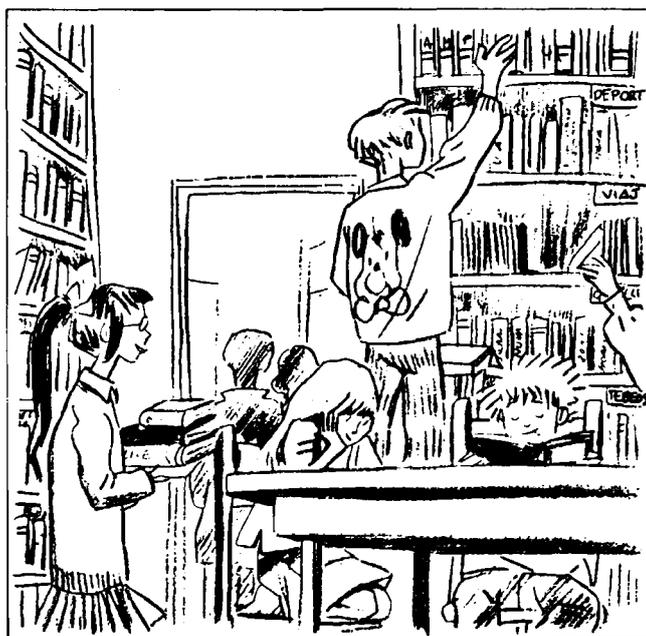
¿Tiene índice analítico?

-Sí -respondió Camemberto, cogiendo un grueso volumen de color pardo-. Aquí está.

Sacó un par de quevedos del bolsillo, se los puso mientras abría el libro, y empezó a pasar las páginas."

La biblioteca como reducto del saber, puerta

a la sabiduría y el pensamiento, se presenta en *La hija del mago* (Barber), donde un padre concentrado en la búsqueda de la eterna juventud, dedica poco tiempo a su hija. Ella siempre le ve rodeado de libros



Laura Scarpa

y le pide algunos para leer: "La muchacha bajó a todo correr las escaleras de la torre y vio con alegría que el suelo de su alcoba estaba cubierto de montones de libros. Iban encuadrados en pieles de vivos colores, tenían los cantos dorados y estaban llenos de fantásticas ilustraciones". La biblioteca es aquí un símbolo de perdición, una puerta que llevará a la separación a padre e hija: "el mago advirtió que había cometido un error, porque al darle los libros le había dado el saber."

Taziz es un chico pobre que se ha quedado huérfano y vive en el monte, alejado de la civilización. A pesar de vivir austeramente, tiene todas sus necesidades cubiertas: comida, bebida y una pequeña casa. Una de sus aficiones favoritas es leer. Y su biblioteca consta de nueve libros: "nueve libros, su mayor tesoro". Decidido a renovar su exigua biblioteca, baja a la ciudad a buscar nuevos libros. Allí encuentra una versión medieval de lo que podría ser un biblio-bus: "Se detuvo frente al carretón. Jamás hubiera pensado que pudiera haber tal cantidad de libros juntos. No se atrevió a tocarlos, aunque los dedos le picaban de las ganas que tenía. Leyó los títulos. Todos parecían muy interesantes, y las portadas eran preciosas, con letras doradas y alguna que otra imagen. Poco importaba que fueran viejos. ¿Acaso un libro viejo no denota sabiduría? Cuantas más manos han tocado sus páginas, más ha cumplido su misión. Los contempló con respeto y devoción. Eran libros muy usados, muy leídos".

También las librerías y los libreros tienen el rol de intermediarios entre el libro y el lector. Véase esta escena que hubiera podido suceder en una biblioteca recién inaugurada:

"¿Qué pasa? -gritó el señor Escarbille, que estaba ocupado diciéndole a Clotario que no jugara con la cosa que da vueltas, esa donde se ponen los libros para que las gentes los escojan y los compren.

-Le estoy explicando una historia que he leído -le dije al señor Escarbille.

-¿La tiene usted? -preguntó Godofredo.

-¿Qué historia? -dijo el señor Escarbille, que se había peinado con los dedos.

-Es un cow-boy -dije- que llega a una mina abandonada. Y en la mina hay unos tíos que lo esperan, y...

-¡La he leído! -gritó Eudes-. Y los tíos empiezan a tirar: ¡bang! ¡bang! ¡bang!

-...¡Bang! Y después el sheriff dice: ¡Hola, extranjero! -dije yo-. Por aquí no nos gustan los curiosos...

-Sí -dijo Eudes-, y entonces el cow-boy saca su pistola, y ¡bang! ¡bang! ¡bang!

-¡Ya basta! -dijo el señor Escarbille.

-A mí me gusta más mi historia del aviador -dijo Godofredo- ¡Brummm! ¡baummm!

(...)

-¡Niños!...-gritó el señor Escarbille.

Y después oímos un ruido enorme, y toda la cosa con los libros cayó al suelo.

-¡Casi no la toqué! -gritó Clotario, que se había puesto colorado.

El señor Escarbille no parecía nada contento" (Sempé/Gosciny).

A falta de bibliotecarios, el librero suplente la búsqueda de información:

"Su profesor no sabía tampoco qué clase de hoja era, pero dijo:

-Llévasela al viejo señor Brown, el librero de libros antiguos. Ha leído tantos libros que tal vez lo sepa. Además, tiene una colección de plantas raras.

Así que Gus llevó la espinosa hoja azul al viejo señor Brown, que la miró a través de sus gafas y luego con una lupa. Luego dijo:

-Muchacho, tienes un tesoro. Lo que tienes es una hoja del Arbol de la Memoria" (Aiker).

Los usuarios de las bibliotecas *Candil sin mecha, ¿qué aprovecha?*

¿Qué sería de una biblioteca sin sus usuarios? ¿De qué serviría su empeño en modernizarse, sus completas y variadas colecciones, su orden? ¿Cuál es el perfil de los usuarios que aparecen en nuestra selección? ¿Consiguen su objetivo después de visitarlas? ¿Cuál es su

relación con las bibliotecas? Considerando aquellos que, dentro de nuestros textos, hacen uso de una biblioteca real, encontramos variados personajes. La mayoría son personas para las que la biblioteca ocupa un lugar importante. Conocen su funcionamiento, sus normas, lo que pueden obtener. Es difícil que, después de visitarla, no encuentren aquello que buscan.

El pequeño de *¡Perdidos!* (McPhail) sabe que en la



ALICIA SANCHA

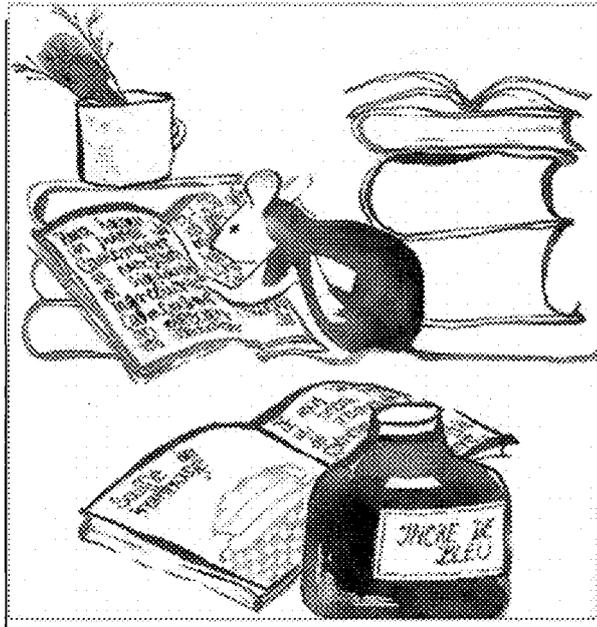
biblioteca "se pueden encontrar muchas cosas" y, aunque entra en una biblioteca de corte clásico, con mesas de patas torneadas, salas barrocamente decoradas y elegantes pinturas, la escena donde los dos revisan un montón de libros presupone que el niño no ha tenido ningún problema para encontrar la selección adecuada. En un mapa del mundo encuentran el lugar exacto de donde proviene el oso y adonde se encaminan rápidamente. La biblioteca les ayuda a que el oso pueda regresar.

También en *El fantasma de la escuela* (Townson), la biblioteca es utilizada para buscar un remedio, pero no es un niño quien la utiliza, sino el viejo Sam, vigilante de la escuela que no está dispuesto a perder su cómodo puesto de trabajo. La solución la encontrará en un libro.

En el caso de Harvey (Byars), el niño discapacitado, su motivación para ir a la biblioteca es la búsqueda

de un dato que le conducirá hasta su madre. Tanto él, como la chica que le acompaña, están en hogares adoptivos, con problemas familiares graves y

con una apatía general hacia lo que les rodea. Mientras el chico está obsesionado por su historia: un padre que le ha atropellado y roto las dos piernas y una madre que les abandonó, la chica tiene una actitud más despreocupada. No son, desde luego, asiduos a las bibliotecas, pero están familiarizados con ellas. Mientras él está concentrado revisando periódico por periódico, ella mariposea de libro en libro, buscando revistas de contenido insulso y libros "rosas" de los que lee apenas unas páginas. El encuentra lo



que está buscando: "-Yo me quedo hasta que encuentre un artículo -contestó él, pasando la página con decisión.

-¿De qué se trata?

PUBLICIDAD

-Si quieres saberlo, te diré que es sobre mi madre
-¿Qué ha hecho para que la saquen en los periódicos?

-Pues se fue a vivir a una granja en Virginia con una gente. Iban a empezar una nueva forma de vida. El artículo trata sobre eso. Yo quiero saber dónde está exactamente esa granja."

Niños silenciosos, retraídos y tímidos, son también buenos usuarios de las bibliotecas. Ese es el caso de Park, un niño obsesionado por la figura ausente de su padre, muerto en Vietnam. Inicia solo sus pesquisas para saber más de él. Como usuario de la biblioteca, comienza buscando en los libros. En la biblioteca familiar encuentra la primera pista. Su madre también frecuenta las bibliotecas: "Su madre leía mucho, pero nunca la había visto coger aquel libro de la estantería de la sala. De hecho, los únicos libros que leía, además de los muchos que sacaba de la biblioteca, eran los que tenía en una pequeña estantería en su dormitorio."

Siguiendo con este perfil de niño tímido, encontramos a Leigh, joven aspirante a escritor que se cartea con su escritor favorito. El pasa mucho tiempo entre los libros de la biblioteca escolar buscando información: "Mi madre me dijo que tenía que invitar a Barry a casa a cenar porque yo he ido muchas veces a su casa después del colegio. Habíamos estado tratando de fabricar una alarma contra robos para su habitación. Finalmente conseguimos hacerla funcionar con la ayuda de un libro de la biblioteca." (Cleary)

Su vida gira en torno a la preocupación de que su madre se separara de su padre, camionero de profesión, harta de la vida de nómadas que llevaban y la tranquilidad -culpabilizadora- que le proporciona tener casa estable y amigos permanentes. En la biblioteca pasará los momentos más agradables de la vida escolar y, aunque en su fuero interno su situación familiar le seguirá intranquilizando, un premio de literatura y el reconocimiento de sus aptitudes artísticas le permitirán afrontar la vida con más valor.

Y, sin llegar a ser un niño conflictivo, sino más bien introvertido, el protagonista de *El enigma del maestro Joaquín* (Heuck) es un joven adolescente que, obsesionado por la búsqueda de información de un cuadro, se embarca en una investigación en la que la biblioteca será el primer punto de partida. En *Me gustan las bibliotecas* (Santirso) la imagen final presenta una sala de lectura con niños. Hay niños negros y asiáticos, y el texto indica que "los niños leen cada uno en su idioma". Son niños que se

desenvuelven sin problemas con los ficheros y en las estanterías. También hay una niña en silla de ruedas leyendo.

Pero no vayamos a pensar que todos los usuarios son tan "normales" como los presentados hasta ahora. En alguna ocasión los usuarios han ido para comerse los libros, como en *Ratas de biblioteca*, cuyos clientes han pasado de ser paletos incultos a ratas que, al comerse los libros, se convierten en materia de biblioteca al poder repetir lo que se han comido. Esta biblioteca tiene mucho éxito y capta nuevos usuarios, claro que más que lectores, se les habría de llamar "oidores".

Ratas y arañas son los animales favoritos que a los escritores les gusta situar en las bibliotecas, suponemos que inspirados por el famoso lema "ratón de biblioteca", porque todos los ratones que aparecen son intelectuales: "Shakespeare se quedó muy pensativo. Muy pocas veces había salido de aquella habitación. Había heredado de sus padres, que también habían sido ratones de biblioteca, un carácter muy apacible y una afición muy grande por los libros. Se sentía muy bien oliendo y mordisqueando las blancas hojas y enterándose de tantísimas cosas que había que saber" (Balzola).

A veces los ratones pueden comunicar sus inquietudes a los niños: "-¡Lo mismo opino yo! -interrumpió el ratón con un pequeño chillido-. Fue gracias a los libros que mi vida cambió. La mujer que los colocaba en los estantes a veces dejaba algunos por el suelo, y así empecé a interesarme por aquellas curiosas

cosas de las cuales había oído tanto, pero que jamás había visto de cerca. Más que nada para entretenerme decidí aprender a leer" (Appel).

Bandidos descarados pueden llegar a la biblioteca, pero esto es solamente si la bibliotecaria ha hecho un trabajo de "animación" previo. Este es el caso de los clientes de Ernestina Laburnum (Mahy). Ella es usuaria de la biblioteca, cuando va a buscar un libro para curar el sarampión a sus secuestradores y, posteriormente, para entretenerles durante la convalecencia. Este ejercicio ha causado tanta impresión que el jefe de la banda se hace socio de la biblioteca con la intención de llevar nuevas lecturas a sus intelectuados bandidos. Estos, a su vez, serán convertidos en bibliotecarios, cerrando así el círculo perfecto que vendría a confirmar el sabio refrán, "más vale tarde que nunca". También, fruto de la animación, es el usuario permanente de *El monstruo y la bibliotecaria*



MARIA LUISA TORCIDA

(Gómez Cerdá). Un monstruo entra en la biblioteca por el frescor del aire acondicionado, y seducido por las artes contadoras de la bibliotecaria, se queda allí: "El monstruo se había afincado en la biblioteca. Le había tomado cariño a aquel lugar. Sentía verdadero placer trepando por las estanterías en busca de libros y más libros, que leía sin cesar."

Y respecto a las arañas, éstas representan el abandono de algunas bibliotecas: "Hubo un tiempo en que las arañas campeaban a sus anchas entre los libros, pero poco a poco la biblioteca se había ido convirtiendo en un lugar más limpio, que cada vez visitaban más los muchachos, y ellas habían tenido que retirarse al desván." (Borsani).

Temerosas de construir sus telarañas en los libros que van a ser solicitados, consultan a la Araña Sabia los gustos de los usuarios: "Ante todo -comenzó la Araña Sabia- no debes nunca apoyarte en los libros más bonitos. Deja a un lado *Alicia en el país de las maravillas*, *Pinocho*, *El secreto del viejo bosque*, *El principito*, *El mago de Oz*, *Cuentos por teléfono*, *El Hobbit*... Estos se prestan muy a menudo. De cualquier modo, si no te acuerdas de los títulos, puedes reconocer los mejores libros incluso por el olor: tienen el aroma que sale de la corteza de los albaricoqueros de la huerta de Murcia poco antes de que estalle una tormenta... Pero también hay malos libros que se prestan muy a menudo. Estos libros también los reconocerás por el olor: huelen a sudor, porque quien los hojea no los lee con la cabeza, sino con los pies".

Las bibliotecarias y los bibliotecarios *Nave sin timón, pronta perdición*

Y si una biblioteca no es nada sin sus usuarios, ¿lo sería también sin los bibliotecarios? A juzgar por los textos analizados, se podría decir que sí, que no siempre biblioteca va relacionada con bibliotecario o bibliotecaria. Pero a fin de cuentas es un personaje que el autor puede utilizar para darle un rol más creativo que el ambiental en sus historias. Tal vez la mayoritaria ausencia del bibliotecario tenga algo que ver con esta reflexión de un escritor de libros para niños en uno de sus cuentos: "Hay personas que ven a las bibliotecarias como seres gruñones y antipáticos. Si a una de estas personas le preguntásemos: ¿Cómo te imaginas a una bibliotecaria? Seguro que nos respondería algo así: Me la imagino vieja, huraña, fea, amargada..."

Y mejor no invitar a ninguna de estas personas a que dibuje a una bibliotecaria. Si lo hacen, seguro que la sacan, sencillamente, espantosa.

¿Qué habrán hecho las bibliotecarias? Seguro que los que así ven a

las bibliotecarias, en su vida han puesto los pies en una biblioteca" (Gómez Cerdá).

De este interesante comentario podemos extraer los dos ejes principales de este capítulo: el primero es ese plural femenino que denota tan claramente la supremacía de la mujer en esta profesión, y el segundo, la indefinición de su imagen, pues a juzgar por sus retratos, excesivamente estereotipados, se supone que los escritores que han incluido bibliotecarias en sus historias "han puesto los pies en una biblioteca".

La bibliotecaria, más que una imagen, tiene varias, desde la figura maternal-cariñosa, hasta la pintoresca. Desde una visión realista, la bibliotecaria es una mujer preocupada por sus lectores, atenta a sus lecturas, discreta, y con una gran influencia sobre los protagonistas que la consideran una persona muy respetada. Las escasas veces en que se dice su edad es para confirmar que se trata de una chica joven, como si los escritores aceptaran ese discreto

pacto de no hablar de la edad de las personas maduras. La bibliotecaria es la mejor intermediaria entre el lector y el libro y, en estos casos, no se especifica si la propia bibliotecaria es amante de la lectura o, simplemente, una buena profesional. En el ámbito de lo fantástico, la bibliotecaria disfruta leyendo, haciendo "animaciones" entre sus lectores y participando de las extravagancias que le pide la historia. Es un personaje extraño, poco descrito, dejado de la mano de la ilustración, que toma algunos tópicos, como veremos, y deja otros, llegando, en algunos casos, a un gran contraste entre lo que el escritor o escritora cuentan y lo que el lector ve retratado.

En los casos de bibliotecarias "maduras", el lector no puede hacerse una imagen concreta de esa mujer de la cual se habla; por su discreción, comprensión y apoyo al protagonista, el lector imagina

que, en sus años mozos, tal vez era igual de retraída e igual de entusiasta de la lectura y amante de su profesión. Lo que ha quedado de ello en su madurez es la tranquilidad de las personas en las que se puede confiar y el afecto que es capaz de brindar a



SHULA GOLDMANN

los siempre despistados protagonistas, afecto que ellos mismos reconocen cuando la describen: "Hoy la bibliotecaria del colegio me paró en la entrada para decirme que tenía algo para mí y que fuese a la biblioteca. Allí me entregó su nuevo libro y me dijo que podía ser el primero en leerlo. Debí de parecer sorprendido. Me dijo que sabía cuánto me gustaban sus libros puesto que los sacó con tanta frecuencia. Ahora sé que el señor Fridley no es la única persona que se fija en mí" (Cleary).

En esta historia, por ejemplo, la bibliotecaria participa vivamente en las actividades del colegio, en concreto en un concurso de escritura al que también se presenta el protagonista. La bibliotecaria, no sólo se limita a cumplir su horario, sino que, como otras muchas bibliotecarias, pone a disposición su tiempo libre y se interesa verdaderamente por lo que hacen los chicos: "Ayer la señorita Neely, la bibliotecaria, me preguntó si había escrito algo para el Anuario de los Escritores Jóvenes, pues todos los escritos tenían que ser entregados el día siguiente. Cuando le dije que no, me dijo que todavía me quedaban veinticuatro horas y que por qué no me ponía a ello. Y lo hice, pues realmente me apetecía conocer a algún escritor famoso."

(...)

"La señorita Neely nos llevó en su propio coche al Holiday Inn, donde otras bibliotecarias y sus ganadores estaban esperando en el vestíbulo. Luego llegó Angela Badger con su marido el señor Badger, y nos llevaron a todos al comedor, que estaba muy lleno de gente. Una de las bibliotecarias, que era una especie de bibliotecaria jefe, dijo a los ganadores que se sentasen a una mesa larga en la que había un cartel que decía Reservado".

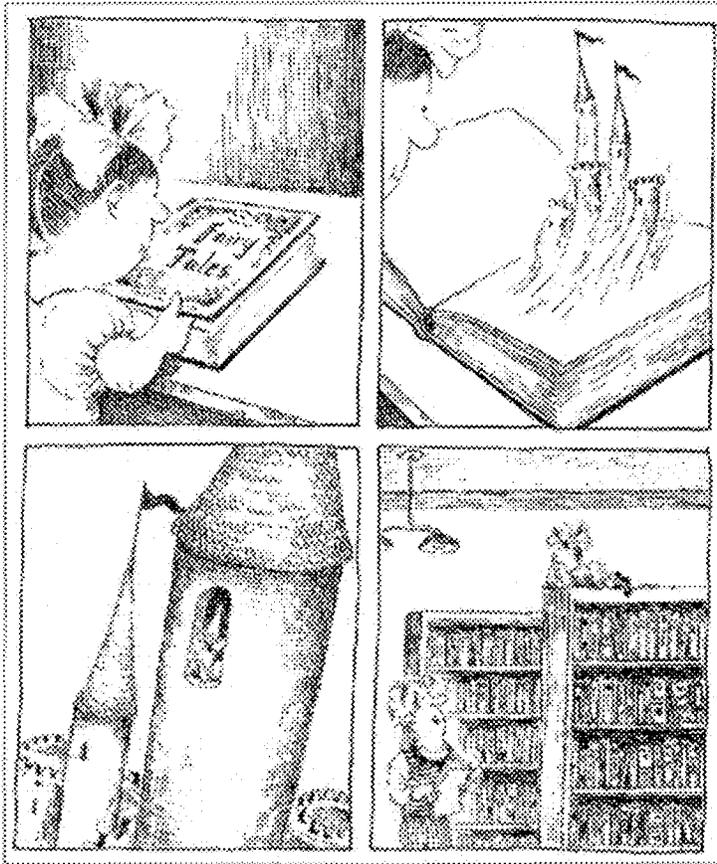
A veces, la falta de descripciones se suple por el "señorita" o "señora" que puede dar una idea aproximada de cómo es la persona, aunque su retrato se centra más en sus hechos que en su aspecto físico: "Los libros te dicen cosas de las personas que los leen. Naturalmente. La señora Winslow, la bibliotecaria del colegio, lo llamaba de vez en cuando y le decía: 'Me parece que tengo un libro que te gustará', y casi siempre tenía razón. Nunca presumía de ello; sin embargo, sabía lo que le gustaba y lo que no le gustaba a él. Park odiaba los libros de máquinas y ordenadores. Incluso en la escuela primaria, odiaba los dinosaurios y le encantaban los dragones. (...)

No, la señora Winslow le daba dragones y castillos y todas las historias del rey Arturo que encontraba. Tampoco criticaba los gustos de cada uno.

Mientras le daba a Sheila Clark un libro estúpido llamado *Conoce al señor Átomo* con la mano izquierda, le daba a él *La espada y el círculo* con la derecha. Pero el caso es que la señora Winslow sabía cómo eras por los libros que leías. Si leía los libros de su padre, ¿no llegaría a conocerlo tan bien como la señora Winslow lo conocía a él?" (Paterson).

¿No es este el retrato que toda bibliotecaria desearía? Las bibliotecarias definidas con el "señora" parecen tener una serenidad y una experiencia de la que

hacen gala, sobre todo, en los momentos difíciles. Como cuando se encuentran a un usuario excepcional. Véase el extraordinario rol que juega la bibliotecaria de un pequeño pueblo a la hora de orientar las especiales demandas de Matilda, una niña de cuatro años, en el cuento que lleva el mismo nombre (Dahl): "La tarde del día en que su padre se negó a comprarle un libro, Matilda salió sola y se dirigió a la biblioteca pública del pueblo. Al llegar, se presentó a la bibliotecaria, la señora Phelps. Le preguntó si podía sentarse un rato y leer un libro. La señora Phelps, algo sorprendida por la llegada de una niña



FERNANDO KRAHN

tan pequeña sin que la acompañara ninguna persona mayor, le dio la bienvenida.

—¿Dónde están los libros infantiles, por favor? —preguntó Matilda.

—Están allí, en las baldas más bajas —dijo la señora Phelps—.

¿Quieres que te ayude a buscar uno bonito con muchos dibujos?

—No, gracias —dijo Matilda—. Creo que podré arreglármelas sola.

A partir de entonces, todas las tardes, en cuanto su madre se iba al bingo, Matilda se dirigía a la biblioteca. El trayecto le llevaba sólo diez minutos y le quedaban dos hermosas horas, sentada tranquilamente en un rincón acogedor, devorando libro tras libro. Cuando hubo leído todos los libros infantiles que había allí, comenzó a buscar alguna otra cosa".

Esta bibliotecaria, no sólo introduce a su nueva lectora en la biblioteca, sino que la observa, se ha aprendido su nombre y está dispuesta a darle un trato especial: "La señora Phelps, que la había observado fascinada durante las dos últimas semanas, se levantó de su mesa y se acercó a ella.

—¿Puedo ayudarte, Matilda? —preguntó.

—No sé qué leer ahora —dijo Matilda—. Ya he leído todos los libros para niños.

—Querrás decir que has contemplado los dibujos ¿no?

—Sí, pero también los he leído.

La señora Phelps bajó la vista hacia Matilda desde su altura y Matilda le devolvió la mirada.

—Algunos me han parecido muy malos —dijo Matilda— pero otros eran bonitos. El que más me ha gustado ha sido El jardín secreto. Es un libro lleno de misterio. El misterio de la habitación tras la puerta cerrada y el misterio del jardín tras el alto muro.

La señora Phelps estaba estupefacta.

—¿Cuántos años tienes, exactamente, Matilda? —le preguntó.

—Cuatro años y tres meses.

La señora Phelps se sintió más estupefacta que nunca, pero tuvo la amabilidad de no demostrarlo.

—¿Qué clase de libro te gustaría leer ahora? —preguntó.

—Me gustaría uno bueno de verdad, de los que leen las personas mayores. Uno famoso. No sé ningún título.

La señora Phelps ojeó las baldas, tomándose su tiempo. No sabía muy bien qué escoger. ¿Cómo iba a escoger un libro famoso para adultos para una niña de cuatro años? Su primera idea fue darle alguna novela de amor de las que suelen leer las chicas de quince años, pero, por alguna razón, pasó de largo por aquella estantería.

—Prueba con éste —dijo finalmente—. Es muy famoso y muy bueno. Si te resulta muy largo, dímelo y buscaré algo más corto y un poco menos complicado.

—Grandes esperanzas —leyó Matilda—. Por Charles Dickens. Me gustaría probar.

—Debo estar loca —se dijo a sí misma la señora Phelps, pero a Matilda le dijo:

—Claro que puedes probar.

Durante las tardes que siguieron, la señora Phelps apenas quitó ojo a la niñita sentada hora tras hora en el sillón del fondo de la sala, con el libro en el regazo."

Como no siempre se tienen lectores tan entusiastas y agradecidos, la señora Phelps sabe ya que Matilda es su protegida, ella le está abriendo puertas que, de otra manera, nadie le abriría. La complicidad que se establece entre ellas, hace que la señora Phelps la proteja con su silencio:

"Durante los seis meses siguientes y, bajo la atenta y compasiva mirada de la señora Phelps, Matilda leyó los siguientes libros:

(...)

Era una lista impresionante y, para entonces, la señora Phelps estaba maravillada y excitada, pero probablemente hizo bien en no mostrar su entusiasmo. Cualquiera que hubiera sido testigo de los logros de aquella niña se hubiera sentido tentado de armar un escándalo y contarlo en el pueblo, pero no la señora Phelps. Se ocupaba sólo de sus asuntos y hacía tiempo que había descubierto que rara vez valía la pena preocuparse por los hijos de otras personas."

Las relaciones que las bibliotecarias establecen con sus lectores les permiten indagar en sus intereses y preguntar cuando hay algo que no encaja con lo que cono-

cen: Claro que no siempre encuentran una respuesta: "Justo al día siguiente fui a la biblioteca. Cuando dije a la bibliotecaria lo que quería, me miró sorprendida. Estaba acostumbrada a que yo le pidiera otro tipo de libros. Por ejemplo, algo de Erich Fromm, de Castañeda, de Tolkien o de Umberto Eco. Pero nunca le había pedido libros sobre leyendas de santos.

No me preocupó en absoluto lo que pensara. Cogió un libro de la estantería y me lo entregó. Su título era La leyenda áurea de Jacobus von Voragine.

—¿Para qué lo necesitas? —me preguntó curiosa.

Me encogí de hombros y no contesté" (Heuck).

Si, en general, las bibliotecarias pasan el "examen" de su imagen, resultando especialmente favorecidas, también hay casos en los que es descrita como una persona más bien seria, poco dada a salirse de sus normas. Aquí también estamos ante una "señora", pero a la que le falta experiencia y tranquilidad de las mujeres que están a punto de jubilarse. Este tipo de mujeres pertenece al grupo que, sin estar mal dentro de su profesión, sienten la decepción del usuario desagrado, de la lucha contra la administración, de la minusvaloración. Es una mujer con una cierta rigidez que no está dispuesta a que en su biblioteca se pueda perder el control: "La señora Amelia era una mujer que parecía muy seria y que nunca veía cuando la gente la estaba mirando. Además hablaba bajito como si estuviera en el interior de una iglesia. Y lo hacía así para no molestar a los que estaban leyendo o estudiando en las mesas de la biblioteca" (González Suárez).

En esta ocasión, además de ser una persona distante, no parece que acierte bien con las peticiones "creativas" que le hacen. La protagonista busca una idea para escribir un cuento y la señora Amelia le dice, muy segura: "Siéntate en esa mesa, Aitana, que yo te llevaré un libro lleno de muchas ideas". La lleva el libro *Historia de las Ideas Estéticas* que no es en absoluto parecido a lo que busca la niña, pero ésta no se atreve a devolverlo: "Si le devuelvo los libros a la señora Amelia a lo mejor se enfada porque no los he mirado bastante tiempo".

Este retrato de persona que custodia los libros —como se puede observar en la dependencia que tiene el usuario de la bibliotecaria, que no permite que los libros sean elegidos directamente— atemoriza incluso a la niña: "Aitana suspiró profundamente, cerró de un golpe el segundo tomo que tenía abierto encima de la mesa y miró a la señora Amelia con



QUENTIN BLAKE

miedo por sí se enfadaba por el ruido que acababa de hacer. Oyó la voz de la señora Amelia que le decía: "Aitana, ¿ya has terminado con tus libros?".

Frente a esta bibliotecaria adusta y metódica, aparecen también las bibliotecarias que, más interesadas en atraer lectores, son capaces de convertirse en "animadoras", dispuestas a hacer de su trabajo un espacio de diversión. Aquí entraríamos en el segundo tipo de bibliotecarias retratadas: más bien jóvenes, menos interesadas en los procesos de catalogación y selección y más preocupadas por captar nuevos lectores. Es un tipo de bibliotecaria muy de los últimos tiempos, en los que se ha tratado de presentar una profesional abierta y cercana para el usuario: "En la calle Perros y Gatos, en el barrio de los Peces, en la barriada de los Cuadrúpedos (siempre dicho sin ánimo de ofender) saben de qué pasta está hecha la señora Juana. Ha probado de todo para atraer a los niños a la biblioteca. Juegos, bromas, pantomimas, saltos mortales (sólo una vez, pues se rompió una pierna y no lo ha vuelto a intentar)... Pero al final se ha salido con la suya, y si los muchachos de esa zona son un poco más despiertos que otros, el mérito es también suyo." (Lavatelli).

No todas las bibliotecarias tienen igual éxito con sus imaginativas actividades. Asunción, la bibliotecaria de *Ratas de biblioteca* (Cano) "una chica joven, emprendedora y con gafitas", lo ha probado todo: cursillos de cocina rápida para amas de casa, papiroflexia para niños, libros en la piscina, carteles para anunciar novedades... nada parece funcionar. La razón: "los muchachos del pueblo dejaron de acudir en cuanto supieron que Asunción tenía novio formal; los niños que cada tarde habían acudido en masa para hacer los deberes escolares dejaron de ir cuando Asunción comenzó a sugerirles que se lavaran las manos antes de dejarles las enciclopedias."

También las bibliotecarias tienen amores, son personas de carne y hueso. Aunque no siempre sean amores muy convencionales, las bibliotecarias de este último grupo tienen sus experiencias. La biblioteca de la señora Luisa huele a verbena, "porque la señora Luisa, la bibliotecaria, que tenía los cabellos castaños y los ojos muy verdes, usaba un perfume de flor de verbena que se mezclaba con los otros olores de la biblioteca" (Piumini).

De una mujer tan "romántica" se enamoran hasta los libros, amor que descubren sus más fieles lectoras cuando leen al mismo tiempo un libro que despierta diferentes sentimientos en una y en otra: "Nosotras lo entendíamos todo mal -dijo Julia-. Yo creía que la señora Luisa estaba alegre porque el libro era alegre, y tú creías que estaba triste porque el libro era triste. Sin embargo era al revés."

(...)-¿Tú crees que habrá otros libros enamorados de la señora Luisa? -preguntó Julia en voz muy baja.

(...)

-¿Sabes, Julia? Tal vez todos los libros de la biblioteca están más o menos enamorados de la señora Luisa. Sólo la ven a ella. Pero nadie se da cuenta, porque no hay nadie que lea en pareja como nosotras dos."

¿Es este el panorama amoroso que les queda a las

bibliotecarias? Por si esto fuera poco, también se da el caso contrario, cuando la señorita Clara, "una mujer muy simpática" (Borsani), está enamorada de los libros: "Ella habría querido casarse con un libro, pero ni el párroco ni el juez consentían, aceptaban celebrar el matrimonio".

Cuando le hablan de las virtudes de los jovencitos, ella responde: "Sí, pero los chicos estupendos no se pueden leer". También las bibliotecarias se enamoran de monstruos... siempre y cuando sean buenos lectores, aunque en este caso el amor comience con la amistad: "-Sí, soy un príncipe joven y apuesto, un príncipe que recobraré su aspecto si una joven... -el monstruo titubeó, pero continuó-. Si una joven... joven... como... como tú, es capaz de... es capaz de... de... besarme.

-¿Quéééé...?

-Si me besas, me convertiré por arte de magia en el príncipe

que fui, me casaré contigo, seremos felices y comeremos perdices.

El monstruo y la bibliotecaria estaban muy cerca, emocionados, mirándose sin pestañear.

Por eso la bibliotecaria sólo tuvo que levantar un poco la cabeza para que sus labios alcanzasen a los del monstruo" (Gómez Cerdá).

Una bibliotecaria muy notable es, entonces, aquella que, además de conocer su profesión al dedillo, le gusta la lectura y, encima, tiene un cierto grado de belleza. Esta es, por supuesto, Ernestina Laburnum, mujer en la que confluyen todas las virtudes del buen hacer bibliotecario. Ernestina es una mujer que no se amedrenta ante su inminente secuestro, y utiliza sus conocimientos bibliotecarios para socorrer a



TONY ROSS

PUBLICIDAD

los bandidos que la han secuestrado, víctimas del sarampión: "Para que se distraigan, voy a leerles algún libro". Su "animación" surte tanto efecto que los bandidos están tentados incluso de secuestrar el libro, a lo que ella se niega argumentando: "Este libro lo utiliza mucha gente en la biblioteca -dijo la joven-. Pero, por supuesto, siempre pueden ir a la biblioteca y consultarlo cuando quieran."

El Bandido-Jefe decide hacerse socio de la biblioteca porque sus bandidos se muestran desconsolados después de haber entrado en el mundo de la lectura. El Bandido-Jefe, además, tiene otras intenciones: "Si me hago socio, a lo mejor puedo llevarme en préstamo también a usted -dijo el Bandido-Jefe con la audacia propia de los buenos ladrones.

La señorita Laburnum se puso colorada y cambió rápidamente de tema."

Un terremoto, con el consiguiente destrozo en la biblioteca y una bibliotecaria aplastada por los libros: "Aplastada por la literatura -pensó la señorita Laburnum-. La muerte ideal para una bibliotecaria," provocan en el Bandido-Jefe un acto altruista, salvarla, para seguidamente pedirle la

mano. Ella acepta y les corresponde con una oferta de "reciclaje" profesional: "Todos vosotros dejaréis de robar y cometer fechorías y os convertiréis en bibliotecarios. No fuisteis muy buenos como bandidos, pero creo que como bibliotecarios podréis ser excelentes."

Tan fácil parece convertirse en bibliotecario...

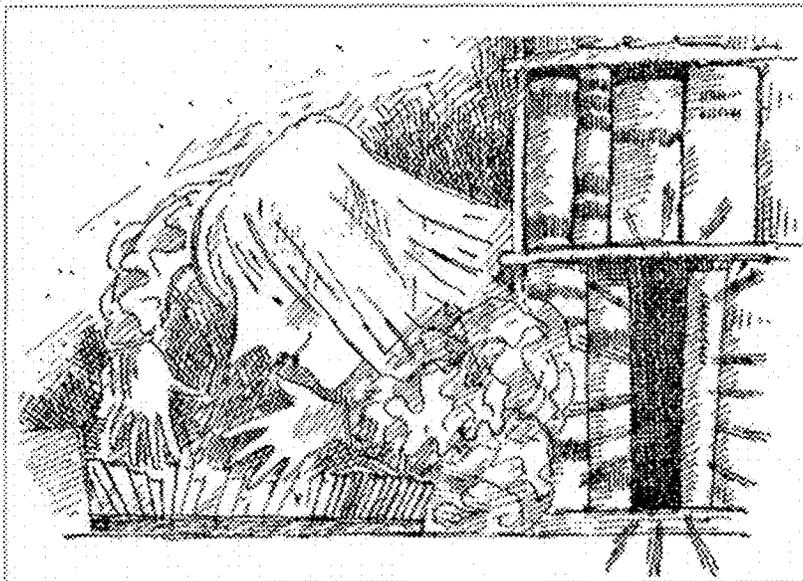
El género masculino no tiene prácticamente ningún retrato. A lo sumo, en una novela juve-

nil, el único bibliotecario retratado es uno de los protagonistas: "Entonces apareció un muchacho alto y singular, que estaba en mi misma clase y con el que había cruzado algunas palabras en los primeros días. Se llamaba Enrique y poseía un aire tan especial que era fácil distinguirlo entre todos. Siempre llevaba un cascabelito atado al cinturón, con el que llamaba la atención a su paso. Me alegró ver su cara conocida y me sentí más tranquilo cuando se dirigió a mí con cordialidad, aunque con afectación" (...)

"Enrique era quien más me había impresionado desde que hablara con él en la biblioteca. Era un muchacho desgarbado, hijo de un ayudante de forense, pálido siempre, como si se le hubiese pegado ese color del trato que su padre tenía con los muertos. Sus ojos eran tristes y melancólicos y de todos nosotros era el que siempre sugería interpretaciones más descabelladas a cuantos asuntos proponíamos" (Cansino).

Esta ausencia de bibliotecarios nos puede llevar a la ligera conclusión de que el mundo de los niños y la lectura está dominado por las mujeres.

* Ana Garralón es especialista en literatura infantil y juvenil.



GIULIA ORECCHIA

BIBLIOGRAFÍA:

AIKEN, Joan: *El cuento de la calle de una sola dirección y otras historias*. Madrid: Alfaguara, 1988.- 120 p.

Ilustraciones de Jan Pienkowski.

AMERY, Heather: *Antes y ahora*. Madrid: Anaya, 1986.- 16 p.

Ilustraciones de Peter Firmin.

ANNO, Mitsumasa: *Diez niños se cambian de casa*. Barcelona: Juventud, 1991.- 52 p.

Ilustraciones del autor.

APPEL, Miranda: *Ratón de Biblioteca*. Madrid: Montena, 1988.- 62 p.

Ilustraciones de Victoria Peragón.

BALZOLA, Asun: *Guillermo, ratón de biblioteca*. Madrid: Susaeta, 1991.- 26 p.

BARBER, Antonia: *La hija del mago*. Barcelona: Lumen, 1992.- 36 p.

Ilustraciones de Errol le Cain.

BORSANI,

Ambrosio: *Duelo en la biblioteca*. Madrid: Montena, 1987.- 64 p.

Ilustraciones de Laura Scarpa.

BYARS, Betsy: *Bolas locas*. Madrid: Noguer, 1986.- 124 p.

Ilustraciones de Javier Lobato.

CANO, Carles: *Cuentos roídos*. Madrid: Anaya, 1994.- 57 p.

Ilustraciones de Pablo Echevarría.

CANSINO, Eliacer: *Yo, Robinsón Sánchez, habiendo naufragado*. Barcelona: Toray, 1992.- 159 p.

CLEARY, Beverly: *Querido Señor Henshaw*. Madrid: Espasa Calpe, 1986.- 139 p.

Ilustraciones de Helena Rosa-Trias.

DAHL, Roald: *Matilda*. Madrid: Alfaguara, 1989.- 232 p.

Ilustraciones de Quentin Blake

DURRELL, Gerald: *El paquete parlante*. Madrid: Altea, Taurus, Alfaguara/Salvat, 1987.- 230 p.

Ilustraciones de Alicia Sancha.

FINE, Anne: *Ojos saltones*. Madrid: Alfaguara, 1995.- 166 p.

FUENTE ARJONA, Antonio de la: *El ladrón de palabras*. Madrid: Nueve Bajo Cero, 1992.- 58 p.

Ilustraciones de Yolanda Madrazo Murias.

GISBERT, Juan Manuel: *El guardián del olvido*. Madrid: SM, 1990.- 46 p.

Ilustraciones de Alfonso Ruano.

GÓMEZ CERDÁ, Alfredo: *El monstruo y la bibliotecaria*. Barcelona: Noguer, 1991.- 62 p.

Ilustraciones de María Luisa Torcida.

GONZÁLEZ SUÁREZ, Eduardo: *Un trasgo risueño en la biblioteca*. Madrid: Montena, 1988.- 58 p.

Ilustraciones de Xan López Dominguez.

HAUCKE, Ursula: *Me puse bizca y papá se picó*. Madrid: Alfaguara 1988.- 144 p.

Ilustraciones de Franziska Becker.

HEUCK, Sigrid: *El enigma del maestro Joaquín*. Madrid: SM, 1991.- 158 p.

MALDONADO, Concepción (dir.): *Imaginario. Diccionario en imágenes para niños*. Madrid: SM, 1992.- 95 p.

Ilustraciones de Gusti.

KÄSTNER, Erich: *El hombre pequeñito*. Madrid: Alfaguara, 1987a.- 206 p.

Ilustraciones de Horst Lemke.

KÄSTNER, Erich: *El 35 de mayo o Konrad cabalga por el Océano Pacífico*. Madrid: Alfaguara, 1987b.- 120 p.

Ilustraciones de Horst Lemke.

KÄSTNER, Erich: *El hombre pequeñito y la pequeña miss*. Madrid: Alfaguara, 1988.- 198 p.

Ilustraciones de Horst Lemke.

KEKS, Oskar: *Leopold, la conquista del aire*. Barcelona: Aura Comunicación, 1991.- 76 p.

Ilustraciones de Francisco Meléndez.

KRAHN, Fernando: *Amanda's Fantasie* (Inédito).

LAPOINTE, Claude: *El libro del libro*. Madrid: Altea, 1989.- 76 p.

Ilustraciones del autor.

LAVATELLI, Ana: *¿Quién ha incendiado la biblioteca?* Madrid: Montena, 1987.- 63 p.

Ilustraciones de Giuseppe Donghi.

MAHY, Margaret: *El secuestro de la bibliotecaria*. Madrid: Altea, 1983.- 47 p.

Ilustraciones de Quentin Blake.

MCPHAIL, David: *¡Perdidos!* Madrid: Espasa Calpe,

1991.- 36 p.

Ilustraciones del autor.

OBIOLS, Miquel: *El misterio de Buster Keaton*. Madrid: Espasa Calpe, 1987.- 150 p.

Ilustraciones de Carme Solé

OBIOLS, Miquel: *No mires aquel tris*. Barcelona: Aura Comunicación, 1991.- 32 p.

Ilustraciones de Carme Solé Vendrell.

OPS: *Bestiario*. Madrid: Alfaguara, 1989.- 116 p.

PATERSON, Katherine: *La búsqueda de Park*. Madrid: Espasa Calpe, 1989.- 202 p.

Ilustraciones de Shula Goldman

PIUMINI, Roberto: *Un amor de libro*. Madrid: Montena, 1987.- 64 p.

Ilustraciones de Giulia Orecchia.

SANTIRSO, Lilitana: *Me gustan las bibliotecas*. Amaquemecán, México: Celta, 1992.- 24 p.

Ilustraciones de Marta Avilés. (Existe una edición argentina: Buenos Aires: Libros del Quirquincho, 1993)

SEMPÉ/GOSCINNY: *Los amiguetes del pequeño Nicolás*. Madrid: Alfaguara, 1988.- 120 p.

Ilustraciones de Sempé.

SIERRA I FABRA, Jordi: *El hombre que perdió su imagen*. Madrid: Anaya, 1992.- 124 p.

Ilustraciones de Alicia Cañas.

SMADJA, Emilie: *El engaño*. Barcelona: La Galera, 1991.- 74 p.

SPIER, Peter: *Gente*. Barcelona: Lumen, 1987.- 44 p.

Ilustraciones del autor.

THOMSON, Pat: *El calcetín de los tesoros*. Madrid: Espasa Calpe, 1988.- 36 p.

Ilustraciones de Tony Ross.

TOWNSON, Hazel: *El fantasma de la escuela*. Barcelona: Edebé, 1991.- 66 p.

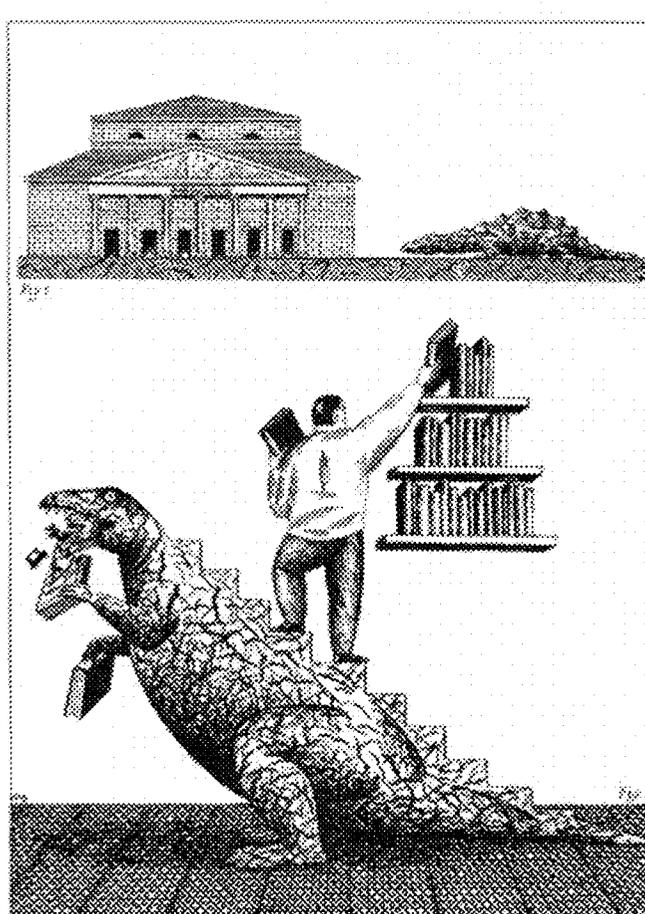
Ilustraciones de Tony Ross.

URIBE, María de la Luz: *Las cosas de tu cuarto*. Madrid: Espasa Calpe, 1991.- 36 p.

Ilustraciones de Fernando Krahn.

URIBE, María de la Luz: *Las cosas del salón*. Madrid: Espasa Calpe, 1990.- 36 p.

Ilustraciones de Fernando Krahn.



LA BIBLIOTECA EN EL CINE

Realidad y ficción

* ANTONIA ONTORIA

El trabajo que a continuación presentamos intenta reparar en las imágenes que de la profesión bibliotecaria y la biblioteca se nos ofrecen y transmiten a través del cine en todas sus extensiones y expresiones. El trabajo no pretende ser exhaustivo. Lo que ofrecemos es una aproximación, un asomarnos para ver el panorama y, a partir de ahí, dejar una puerta abierta a posteriores investigaciones. Hemos partido del libro *Drôles de Bibliothèques...*, de Anne-Marie Chaintreau y Renée Lemaître, donde aparece una extensa filmografía, recopilada a lo largo de varios años de trabajo. Pero nos hemos encontrado con enormes dificultades para poder ver esas películas. Muchos títulos no están disponibles, e incluso algunos films ni siquiera están en español o en versión original subtitulada. La industria videográfica en nuestro país presenta unas características que hace imposible localizar muchos de los títulos de nuestro interés. El peregrinaje por los videoclubs ha sido intenso. Algunos títulos, debido a su antigüedad, no estaban disponibles, y en ocasiones ni siquiera habían llegado a ser editados en nuestro país. La mayoría de los videoclubs carecen de catálogos sistematizados que permitan localizar títulos. Muchas veces hemos estado a merced de la memoria del empleado/a o del dueño/a del videoclub. No obstante, este peregrinaje por los videoclubs nos ha permitido conocer a coleccionistas y apasionados del cine que han ayudado con el préstamo de sus grabaciones caseras. Sin embargo, algunas de estas grabaciones, realizadas hace años, presentan una calidad de imagen muy deteriorada. La vida del VHS es muy corta; para prolongarla serían necesarias unas medidas de conservación que no son posibles en un domicilio particular. La ausencia de una red de videotecas públicas, o bibliotecas públicas en las que el servicio de videoteca tenga un amplio desarrollo (apuntamos que esto es extensible al resto de materiales audiovisuales y no librarios) en las que el acceso al documento audiovisual sea factible, han hecho que esta tarea fuera más ardua de lo previsto.

Las referencias bibliográficas sobre la biblioteca en el cine son muy escasas. Gracias a la existencia de los CD-

ROM de cine se han localizado algunos títulos. También a través de Internet hemos accedido a alguna Base de Datos Documental, pero el problema seguía siendo la localización de la película.

Apuntamos que la búsqueda continúa, tanto de títulos como de los propios films, para poder visionarlos y seguir comentando y observando cómo muestran los cineastas la profesión bibliotecaria, la biblioteca y sus usuarios. Eso nos permitirá, tal vez, conocer las diferentes imágenes del mundo bibliotecario, a medida que éste cambia. Hay realizadores que han hecho cine documental sobre las bibliotecas, y hay también series de TV y dibujos animados con episodios sobre la biblioteca. Pero esto es materia para posteriores estudios. Sin embargo, no queremos dejar de apuntar que la televisión, en cuanto medio masivo de comunicación, tiene una capacidad de promoción o desprestigio de la biblioteca que ningún otro medio puede alcanzar.

Los cineastas utilizan las bibliotecas

La realidad del mundo bibliotecario nunca ha sido desdeñada por los realizadores, ya que todo film se basa en una realidad humana, y contando que las bibliotecas tienen una enorme importancia en el desarrollo de la sociedad, no es extraño encontrar secuencias filmadas en bibliotecas donde aparecen los libros como continentes de saber, y donde se reflejan los efectos beneficiosos de la lectura. La carga cultural del realizador y del guionista harán que aparezca más o menos la biblioteca. La mayoría de los films visionados son americanos, y es también en los films americanos donde la aparición del tema de la biblioteca es más antiguo. También hay algún film francés, entre los que desgraciadamente no hemos podido visionar *Toute la mémoire du monde*, de Alain Renais, un documental en torno a la Biblioteca Nacional de Francia. Frente al mayor uso investigador y hemerográfico que de las bibliotecas hacen los personajes americanos, los cineastas franceses muestran otros aspectos: una biblioteca pública de barrio, en *Cuento de invierno* de Eric Rohmer, o el fenómeno político-cultural de las mediatecas en Francia, en *El árbol, el alcalde y la mediateca*, también del

mismo director. En general, en las películas americanas la biblioteca aparece de un modo mucho menos severo que en las francesas.

A lo largo del presente trabajo hemos podido comprobar que en las películas americanas la biblioteca aparece utilizada con una frecuencia que en España resulta insólita. El ciudadano americano usa las bibliotecas con la misma frecuencia que el resto de los servicios que le ofrece la comunidad: cualquier cosa, duda, libro, misterio, se encuentra o resuelve con ayuda de los recursos de la biblioteca. Sobre todo es increíble el uso de la hemeroteca: marcanos, asesinos, sospechosos, corruptos. La sospechas siempre son verificadas por el "saber contenido" en las bibliotecas.

En la cinematografía española esta aparición es muy escasa, casi nula. La asimilación de la biblioteca por parte de los españoles no es igual que en el mundo anglosajón o francés. A través de los medios de difusión cultural y de comunicación colectiva nos formamos una imagen determinada del mundo, de lo que en él ocurre y de sus gentes. Este recorrido, por tanto, es también una invitación a reflexionar por qué no aparece, en nuestra cinematografía, el mundo bibliotecario, una reflexión sobre la imagen como espejo de realidad.

El decorado estereotipado

Algunos cineastas, a veces, tratan fielmente la atmósfera de una biblioteca y el trabajo que en ella se realiza. Otros eluden ese trabajo fastidioso y utilizan "resúmenes". Utilizando unos cuantos toques bien localizados en las ideas comúnmente admitidas consiguen mostrarnos una representación de la biblioteca. Esta muestra estereotipada, presente en la visión colectiva, sirve de fondo para numerosas acciones novelescas, *gags* y situaciones burlescas.

Elementos estereotipados del decorado de una escena con biblioteca son los ratones, el polvo, el silencio con sensación de pasado acabado, además de las escaleras y las pilas de libros, que forman laberintos que evocan un universo de difícil acceso. Los adjetivos que refuerza esa imagen son: monumental, universal, intemporal, solemne, innombrable... Los bibliotecarios que habitan estos lugares son célibes o solitarios y forzosamente llevan gafas.

Estos estereotipos evocan una biblioteca. ¿Pero alguien ha visto una biblioteca con polvo, ratas, fría y húmeda, cuya sala de lectura, ocupada por viejos usuarios tosiendo o dormidos, sea un laberinto poblado de estanterías con escaleras de peldaños interminables? Si un realizador quisiera hacer localizaciones sobre estas

imágenes le resultará muy difícil encontrarlas. ¿Por qué entonces se empeñan en mostrar estos estereotipos? Pues porque esta imagen de biblioteca es la predominante en el siglo XIX y la primera mitad del XX, y desgraciadamente es la que perdura en la memoria. El recuerdo de pequeñas bibliotecas públicas aburridas, o de grandes salas de lectura impresionantes, pero poco frecuentadas, persiste con igual intensidad que el viejo bibliotecario erudito con lentes, sumergido en un fichero, o la mujer bibliotecaria con lentes y moño. Pero estas imágenes legendarias sirven de decorado para recrear un universo en desuso, alejado de la realidad actual.

La realidad que, con frecuencia, se nos ofrece en un

film, no siempre es convincente, ya sea porque utiliza mal los materiales o porque está lejos de nuestro repertorio de realidades. Pero resulta que esa realidad forma parte del proceso mediante el cual nosotros creamos la significación de un film, y aunque no convenza, por razones obvias, a los bibliotecarios, sí puede convencer al gran público. Menos mal que muchas veces los realizadores no utilizan todos estos elementos, aunque a veces sólo unos pocos sirven para que esa realidad

recreada siga perdurando. Otro cliché es el de los **usuarios**. Los personajes entregados a los libros son mostrados, generalmente, como personas mayores. A lo largo del trabajo podremos ver cómo la biblioteca, los bibliotecarios y los usuarios están muy estereotipados.

Gags, caídas y escaleras

Dentro de esta aparición convencional de las bibliotecas, veremos que es corriente y muy simplista cómo se desarrolla la acción: silencios rotos por diálogos en voz alta, caída de libros sobre los perseguidores de las bibliotecarias o personajes que se refugian en la biblioteca para eludir ataques, carritos que caen sobre los malhechores malogrando sus intenciones. Las escaleras también son un símbolo bibliotecario y sirven sobre todo para mostrar las bonitas piernas femeninas, como las de Carole Lombard en *Casada por azar*. En las películas actuales es más extraño ver escaleras, pues estas datan de épocas en las que los arquitectos construían grandes salas excesivamente altas para ganar superficie en altura y poder guardar la mayor cantidad de libros.

Actualmente el libre acceso de la mayoría de las bibliotecas públicas modernas no necesitan este elemento. Otras veces a estos elementos se le da vuelta para ofrecer una sensación positiva. Y entonces hablan de bullicio, de la falta de polvo y la falta de ratas... Las descripciones han comenzado a poner de manifiesto el lado moderno de la biblioteca, la acogida y la amabilidad se multiplican, y



también las secciones infantiles; a partir de la entrada, desde los años veinte, y sobre todo después de los años setenta, de los jóvenes y niños a la biblioteca, se ha producido un crecimiento espectacular en la vida de las bibliotecas.

La biblioteca ante un futuro incierto

Una pregunta que nos hacemos, como usuarios y profesionales, es por qué aún se continúa con esa idea e imagen que se da de la biblioteca como receptáculo que reúne, guarda y conserva todo el saber de la humanidad, por qué se la considera como un templo del saber guardado y acumulado, y por qué los responsables de su gestión y difusión son considerados como guardianes y custodios de ese saber.

Pasemos a ver diferentes tópicos utilizados en las estereotipadas imágenes de las bibliotecas, algunos de ellos ya en el olvido, pero que aún encontramos en las pantallas. Las **ratas** del siglo XX se alimentan mejor en las alcantarillas de las ciudades que en las bibliotecas. De hecho, en las películas que hemos visto, los roedores no aparecen. Estos animales están ligados a la visión de la conservación, son símbolo del paso del tiempo. Los depósitos de libros oscuros y silenciosos están consagrados al olvido. Las ratas también. El **polvo** también ha desaparecido de las bibliotecas; el libre acceso ha facilitado esta desaparición. Los usuarios se mueven entre los libros con entera libertad. Podemos decir que los usuarios han sustituido al plumero, el libre acceso ha permitido que los libros se desempolven. Ahora los libros son tomados, prestados o no, depositados sobre las mesas, y los bibliotecarios continuamente están trabajando en la tarea de ordenarlos y colocarlos en sus estantes correspondientes. El libro se mueve continuamente. Esta actividad de ordenar y colocar libros nos la ofrece Julia Roberts en *Durmiendo con su enemigo*. El **incendio** ejerce una fascinación constante: *El nombre de la Rosa*. El incendio, o cualquier otro desastre en la biblioteca, tiene una utilización espectacular, la espectacularidad de todo desastre, sobre todo si está provocado por el fuego. Todos recordamos las impresionantes imágenes, desgraciadamente no de ficción, del incendio de la Biblioteca de Sarajevo. El incendio, tanto en la realidad como en la ficción, implica y remarca la pérdida de los "tesoros" guardados en la biblioteca.

La biblioteca como santuario o cementerio

¿Por qué la biblioteca ha heredado la veneración de los santuarios, de los cementerios y demás lugares sagrados? Cuando uno entra en una biblioteca, y no se atreve a

preguntar cómo se utiliza, ¿qué es lo que nos paraliza? Volvemos, otra vez, al estereotipo de la biblioteca como lugar que encierra el saber. Y al bibliotecario o la bibliotecaria como guardianes de esos tesoros, como únicos concededores de lo que guarda la biblioteca. La biblioteca, vista a través de un monasterio de monjes, como en *El nombre de la Rosa*, contribuye a que nuestra memoria las perpetúe como lugares "sagrados", templos del saber. Considerados los sacerdotes guardianes del saber, poseedores de ese saber, también son los encargados de la salvación de comunidades, como en *El carnaval de las tinieblas*. En los papeles masculinos esta imagen aparece más marcada.

Tesoros de difícil acceso

La biblioteca es un lugar cerrado, un universo cerrado. ¿Se imagina alguien una biblioteca abierta de par en par? Sin embargo, hoy ese aspecto de fortaleza de la biblioteca ha cambiado; los arquitectos ya no diseñan esos edificios de muros inexpugnables; éstos se han convertido en grandes ventanales que, incluso desde el exterior, permiten ver los libros. Dentro, el espacio ya no es un laberinto. Muchos realizadores aún se inspiran en esa arquitectura tradicional de las grandes bibliotecas de conservación, instaladas en grandes y solemnes monumentos de piedra, o en bibliotecas de conventos con altas salas abovedadas, como podemos ver en *El nombre de la rosa* y en *Indiana Jones y la Última Cruzada*. A estos muros exteriores tenemos que añadir los muros que, en su interior, forman los estantes de libros. Doblemente cerrados, estos lugares se convierten en excelentes



refugios para los seres marginales y raros, ya sean los bibliotecarios o los usuarios. Los temores, la intriga, la búsqueda, la lectura, la inquietud aparece reflejada en el laberinto de la biblioteca. Los realizadores también gustan de utilizar los dédalos entre las galerías, y traducen esa sensación laberíntica con sus juegos de cámaras a través de los estantes y en lo alto de las galerías.

Biblioteconomía filmada

Cuando uno acude a una biblioteca, ve los aspectos más visibles de su funcionamiento. También hay una serie de aspectos, tareas y trabajos que el usuario no podrá ver, pero que son básicos en el funcionamiento de este pequeño gran universo.

Inscripción y préstamo

Cuando uno entra por primera vez, establecerá contacto con las personas encargadas de la biblioteca. Verá

los ficheros, ¿pero qué son esos ficheros, para qué sirven, qué contienen, qué hacemos con lo que pone en las fichas? Entonces comenzará el contacto con los bibliotecarios, y veremos las actividades que realizan. En *Desayuno con diamantes* se muestran muy bien las reacciones de una persona que jamás ha estado en una biblioteca. Su acompañante le explica qué son y qué contienen los ficheros. ¿Es la primera vez que viene, está registrado, tiene carnet de usuario? Para la devolución del préstamo tenemos la película *El cielo se equivocó*.

Documentos mutilados

Si el bibliotecario o la bibliotecaria nos parece severo cuando se trata de recuperar los bienes de la biblioteca, ¿cómo será su humor frente a los documentos maltratados? Pues bien, el film *Ábrete de orejas* muestra esta reacción ante la mutilación de libros; los protagonistas son condenados a seis meses de cárcel por recortar fotos de los libros y pegar en ellos pequeños textos pornográficos. También en *Ya eres un gran chico* se muestra el miedo a perder el patrimonio cuando una Biblia es robada y todos sabemos qué ocurre con las valiosas hojas de estos libros. En *El cielo se equivocó* la bibliotecaria se pone alerta cuando la avisan de que los incunables están siendo manoseados.

Inscripción y consejos

También hay situaciones exageradas, grotescas, a la hora de recibir al usuario. Podemos considerar que el recibimiento resulta bueno en *El guardián de las palabras* y malo en *La decisión de Sofia*, intimidatorio en *Bigfood*, extrañamente amable, por el uso anticuado del lenguaje, en *Historias de Filadelfia*.

El trabajo "invisible", interno

Aunque se parte del equivocado principio de que, por estar todo el día rodeado de libros, el bibliotecario pasa leyendo la mayoría de su tiempo, vemos que hay una serie de tareas esenciales para el funcionamiento de la biblioteca. La biblioteca con su personal, sus documentos y sus usuarios, es un pequeño gran universo, con un engranaje que tiene que funcionar perfectamente para que ese universo no se paralice. Hay aspectos del funcionamiento de una biblioteca evidentes para el usuario, como informar del fondo de la biblioteca. Pero hay un sinfín de ellas, relativas a la gestión y organización de los fondos, más oscuras para los no profesionales, que no siempre aprecian la fineza de estos trabajos. Pasemos a ver algunas de ellas:

La **ordenación**: una de las actividades más evidentes de los bibliotecarios consiste en colocar los libros en los

estantes, una actividad que particularmente aparece reflejada en las películas. Las bibliotecarias muestran sus piernas cuando suben a las escaleras para colocar los libros. Numerosos ataques de malvados personajes se suceden entre los estantes de la biblioteca, como en *Juego peligroso*. O el trabajo se realiza sobre patines, como en *Ya eres un gran chico*. En *Durmiendo con su enemigo* no aparece esta tarea, pero la bonita Julia Roberts le dice a su amigo que en la biblioteca se dedica a apilar, además de archivar y registrar libros.

La **catalogación**: durante el visionado de películas no

hemos visto, salvo una vez, la aparición de esta tarea. Es el caso de *Su otra esposa*, donde se aborda el tema de la informatización de la biblioteca y centro de documentación de una televisión. El tema de la catalogación, aunque no aparece como tal, está latente. Al tratar el tema de la informatización aparece la lucha entre la máquina y los bibliotecarios y las dificultades de adaptación del personal del centro. Al final, el trabajo personal de las eficaces bibliotecarias se armoniza con la maravillosa



máquina, y ambas fuerzas trabajan para un mejor rendimiento del centro.

La **clasificación**: esta tarea no aparece con frecuencia reflejada en las películas. Aunque sí conviene decir que esta tarea se confunde con la catalogación. Un ejemplo es *El carnaval de las tinieblas*, donde el malvado Dark, mientras busca a los chicos, se pregunta dónde podría archivarlos. Los trabajos manuales de restauración de materiales, forrado de libros, encuadernación, la ardua tarea de la adquisición y la animación, son trabajos que no hemos encontrado en ninguna de las películas visionadas.

Retratos

Los hombres

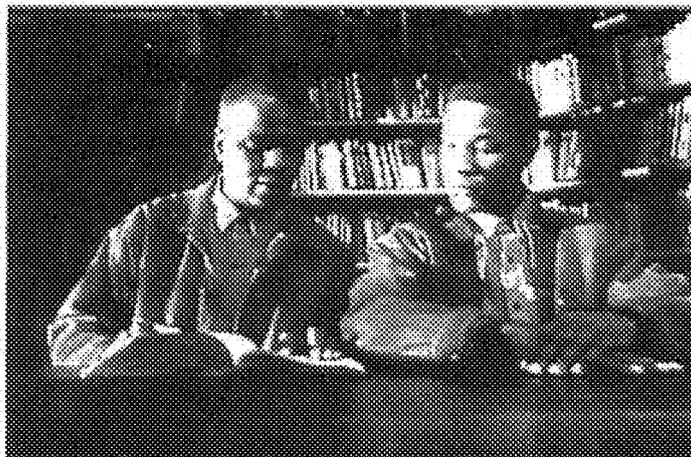
El bibliotecario no es un personaje que aparezca con un papel muy protagonista, o puede que sí, pero no su profesión. No ocurre lo mismo con la biblioteca, aunque pocas veces de una manera destacada. Un caso curioso es *El guardián de las palabras*, donde los protagonistas son los libros y la lectura. Los hombres tienen distintos caracteres, desde hombres solitarios, como en *El carnaval de las tinieblas*, cuyo bibliotecario es un hombre sabio, misionero y salvador de su ciudad ante las fuerzas del mal, hasta la figura del bibliotecario seductor, en *Ya eres un gran chico*, donde tanto el padre, jefe de la sección de incunables, como el hijo, un simple ayudante de biblioteca, ambos empleados en la biblioteca pública de Nueva York, seducen a diferentes mujeres. Esta aparición es

extraña, pues lo habitual es la imagen de hombres viejos, gruñones y entregados a sus libros; de ahí la importancia de verlos como personajes con vida propia, capaces de enamorarse y seducir. También en *Cuento de invierno*, uno de los amantes de la protagonista es un joven y atractivo bibliotecario, aunque con la carga de un hombre intelectual, tan entregado a la lectura que a la protagonista le hace sentirse inferior.

Las mujeres

Cuando la mujer bibliotecaria comienza a aparecer en el cine americano, no está caracterizada como una mujer mayor, con gafas y moño, sino que aparece interpretada por estrellas del Hollywood de los años dorados: Carole Lombard, Virginia Mayo, Bette Davis, Katherine Hepburn... La representación de las mujeres bibliotecarias ha tenido múltiples caracteres. El más tópico es el de mujer mayor de las grandes comedias americanas, en las que su papel es ridiculizado, como en *Historias de Filadelfia*, donde la bibliotecaria se dirige en un inglés arcaico a James Stewart, o en *Desayuno con diamantes*, donde la bibliotecaria increpa a un autor, que en ese momento está dedicando su propio libro, por atentar contra un bien público. La ridiculización de la edad de la bibliotecaria alcanza su máximo exponente en *Los cazafantasmas*.

En otras ocasiones, las bibliotecarias aparecen como mujeres atractivas, como es el caso de la agresiva Katherine Hepburn en *Su otra esposa*, donde también las otras documentalistas son atractivas, o en *Juego peligroso*, con una Goldie Hawn en el papel de intrépida bibliotecaria. La conocida Julia Roberts también interpreta un papel semejante en *Durmiendo con su enemigo*, aunque en este film nunca aparece la biblioteca.



LAS PELÍCULAS

A propósito de Henry (*Regarding Henry*), 1991. Mike Nichols, USA.

Un prestigioso abogado es herido en un atraco. Cuando despierta en el hospital no recuerda nada. Tiene que volver a aprender de nuevo. Su hijita le ayudará mucho, y acude a la biblioteca. Henry la acompaña a la gran biblioteca pública de Nueva York. Mientras van caminando hacia la sala de lectura, Rachel le explica cómo funciona: "hay algunos libros que te los puedes llevar a casa, pero hay otros que los tienes que leer aquí. No se puede hablar en voz alta". Se sientan, y mientras Rachel estudia, Henry

mira una revista de animales. Pronto se aburre y comienza a hacer bolas con las fichas de petición, que lanza a Rachel. Ésta se disgusta y le dice: "papá lee tu libro", a lo que Henry contesta: "no sé leer". Rachel enseñará a su padre a leer.

Ábrete de orejas (*Pick up your ears*), 1987. Stephen Frears, Reino Unido.

Basada en la vida de Joe Orton, célebre autor dramático inglés de los años sesenta, asesinado por su amante, un escritor frustrado. Ambos visitan juntos, con frecuencia, la biblioteca pública en Londres, y se divierten recorriendo las ilustraciones y pegando textos pornográficos. La bibliotecaria y el bibliotecario, con un aspecto horrible, sospechan de ellos y les tienden una trampa. Denunciados a la policía, son juzgados y condenados a seis meses de prisión, por consumada malicia y destrucción. En prisión recibirán tratamiento psiquiátrico.

Bigfoot (*Harry and the Hendersons*), 1987. William Dear, USA.

George acude a la biblioteca buscando libros sobre los Bigfoot. El plano final de la escena anterior es una cabeza de oso, y el inicial de la biblioteca la cabeza de la bibliotecaria. En fundido, la bibliotecaria casi resulta un oso. George habla en voz muy baja, pues le da mucho apuro el tema. Ella, amablemente, le indica la sección donde puede encontrar lo que busca. Hay una ferviente actividad en la biblioteca: niños y mayores leyendo libros, hay una vitrina con el dibujo de una enorme zapatilla, tal vez corresponde a la sección infantil, una bibliotecaria mayor está haciendo un préstamo...

Bésame antes de morir (*A kiss before dying*), 1991. James Dearden, USA.

Una joven estudiante de derecho muere. Su hermana gemela no cree que haya sido un suicidio. Decide ponerse a investigar y sus pesquisas la llevan hasta la biblioteca de la facultad de derecho de Filadelfia, donde un antiguo novio de su hermana trabaja en la biblioteca. La escena no tiene nada de particular: mesas, libros, usuarios... La investigación continúa y, en otro momento, acude a la biblioteca para ver el libro del colegio con las fotografías de los alumnos. Ahí encuentra una foto que le pone sobre la pista del asesino. La biblioteca sirve, de nuevo, para una investigación de asesinato.

Cabaret, 1972. Bob Fosse, USA.

En una gran biblioteca, el novio de Sally está consultando un libro. La bibliotecaria entrega un libro a un

usuario y éste le da las gracias. En su mesa se ve un fichero. La biblioteca está llena de usuarios. Michael York está en la biblioteca, en la parte de arriba, consultando un libro en cuclillas. Sally sube a la bonita escalera y en voz alta dice que está embarazada. Entonces todo el mundo mira hacia arriba. El silencio de la biblioteca es roto con una noticia bomba por parte de Sally.

Cadena perpetua (*The shawshank redemption*), 1994. Frank Darabont, USA.

Dufreene, un joven abogado, acusado de asesinar a su esposa y a su amante, es condenado a cadena perpetua. En la cárcel aparece un preso con un carrito ofreciendo libros a los presos. Es Brooks, el bibliotecario, un hombre mayor que lleva años en prisión. Dufreene lee mucho. En un momento dado es enviado a la biblioteca a trabajar con Brooks y éste le muestra la biblioteca: el *National Geographic*, *Louie l'amour*, la revista *Lou*, y le describe lo que hace: "cada tarde cargo el carrito, hago mi ronda y escribo los nombres en esta carpeta. Trabajo sencillo, vida sencilla". Lleva 37 años de bibliotecario. La biblioteca está totalmente destartalada, los papeles se amontonan, no hay mesas, es oscura... Dufreene piensa que podría conseguir algunas cosas: "¿qué tal ampliar la biblioteca, pedir libros nuevos?". Brooks

piensa que estaría muy bien, pero otro preso comenta que si va a pedir algo, que sea una mesa de billar. Duffrey escribe al Senado pidiendo dinero para su biblioteca. Su idea de crear una verdadera biblioteca comienza a ponerse en marcha. Brooks, el bibliotecario, es culto y por eso lo respetan. El respeto al bibliotecario como sabio, como poseedor del saber. Un día llegan un montón de cajas con libros y una carta: "Tras sus repetidas



peticiones el Estado le concede 200 dólares para fondos de su biblioteca. Por otra parte, la administración bibliotecaria local les ha hecho la generosa donación de libros usados y otras cosas que esperamos les satisfagan". Lo interesante aquí es que aparezca una donación. También reciben discos y cómics. Le saca mucho partido a los 500 dólares, contactan con clubs de lectores y asociaciones benéficas. Arreglan la biblioteca, abren las cajas y sacan los libros. Dufreene indica dónde se deben colocar. Comienza la tarea de clasificación. En el taller de carpintería hacen un cartel para la biblioteca: *Brooks Hatlen Memorial Library*. El narrador dice: "el año que asesinaron a Kennedy, Andy había transformado una biblioteca queapestaba a mierda de rata y aguarrás en la mejor biblioteca carcelaria de Nueva Inglaterra. Había incluso discos de Han Willians". Y aparece la flamante y nueva biblioteca con sus mesas, con los presos leyendo o escuchando música con cascos. ¡Aparecen los documentos

audiovisuales! La biblioteca pasa a formar parte de un programa de trabajo social de la prisión. También aparece la alfabetización. Muchos presos se sacan el graduado escolar en la propia biblioteca. Este film es modélico para apreciar la importancia social de la biblioteca. Con escasos recursos, Dufreene consigue crear una biblioteca, y lo que es más loable, que sea una biblioteca de prisión. Este es uno de los escasos ejemplos en el que hemos podido constatar la aparición de materiales no librarios. El desarrollo del film gira en torno a esa creación, al entusiasmo de Dufreene y Brooks, y también al resto de los presos que, al participar en las tareas de la biblioteca, ven su utilidad social, cultural, alfabetizadora y lúdica.

Carrie, 1976. Brian de Palma, USA.

Sissy Spacek busca en la biblioteca de su colegio libros sobre telepatía. Sus dedos recorren los lomos de los libros del estante donde están los libros sobre poder de la mente, sobre tarot... Coge uno (que aparece con la cubierta rota, despegada) y busca la definición de telequinesia; cierra el libro y se lo aprieta en el pecho como si fuera un tesoro. Ha descubierto algo. El libro es *The secret science behind miracle*. Vemos a otro escolar utilizando la biblioteca. No aparecen mesas, solo los estantes de los libros.

También se ve a la bibliotecaria escolar y a los alumnos moviéndose libremente entre los estantes.

Cartas a Iris (*Stanley & Iris*), 1990. Martin Ritt, USA.

Stanley, un analfabeto que pierde su trabajo de cocinero conoce a Iris. Esta le ayudará en la dura tarea de su alfabetización. Le lleva a la biblioteca pública y le inscribe en un curso para adultos. Varias escenas se desarrollan en la biblioteca. Hay un cartel: "El

hombre no construye nada que sustituya a un libro", significativa leyenda para la entrada de una biblioteca. Con grandes esfuerzos y la paciencia de Iris, Stanley aprende a leer. Vuelven a la biblioteca y ahí vemos una de las escenas más emotivas y significativas de las desarrolladas en una biblioteca. Stanley comienza a coger libros de cualquier materia y a leer en voz alta, mostrando el entusiasmo por su logro, mientras Iris le mira emocionada y los usuarios como si estuviera loco. Coge a Iris entre los brazos y la bibliotecaria, mayor y con moño, le dice indignada: "Señor, está usted en una biblioteca", a lo que Stanley responde: "ya sé que es una biblioteca, es mi biblioteca". Stanley agradece así a la biblioteca lo que ha hecho por él, cómo le ha enseñado y el mundo que le ha permitido descubrir.

Chinatown, 1974. Roman Polansky, USA.

Jack Nicholson es un detective privado que utiliza los archivos del registro de la propiedad de la ciudad. En un

momento dado, le pide al encargado que le deje prestado el volumen que le interesa. Ante su negativa (le dice que no es una biblioteca pública) arranca la página que le interesa. No es una biblioteca pública, desde luego, pero al ser un archivo catastral, donde un usuario mutila un documento, hace que este film sea reseñado.

Ciudadano Kane (Citizen Kane), 1941. Orson Welles, USA

Tras la muerte de Kane, magnate de la prensa americana, un periodista quiere conocer el significado de sus últimas palabras. Sus investigaciones le llevan a la biblioteca privada Thatche, donde se encuentran los archivos inéditos. Le recuerdan las condiciones bajo las cuales se le autoriza a examinar los documentos. En ningún caso podrá utilizar frases completas. Se abre una puerta pesada, como de gigantesca caja fuerte. Le entregan el documento sobre una inmensa mesa solitaria, iluminada con un haz de luz. Insisten en que lo convenido se limita a los manuscritos que se refieren a Charles Foster Kane. Le indican las páginas concretas, de la 83 a la 142. Se ve al periodista leyendo y todo tiene un aspecto de monumento solemne. La bibliotecaria es severa, con gafas, uniforme y pelo corto, con unos modales de militar.



Cuento de invierno (Conte d'hiver), 1992. Éric Rohmer, Francia.

Félicie ha encontrado a Charles, el hombre de su vida, durante unas vacaciones bretonas. Pero al despedirse le da mal su dirección. No le vuelve a ver y, por tanto, no puede anunciarle el nacimiento de su hija. Tiene dos amantes, Maxence, el jefe de la peluquería donde trabaja, y Loïc, bibliotecario de una pequeña biblioteca municipal, pero no sabe con quién quedarse. Loïc intenta ayudarla a ver claro en ella misma, le cita textos de Platón y Pascal, y le lleva al teatro a ver *Cuento de invierno* de Shakespeare. Ella se siente inferior, amedrentada por el lado intelectual de Loïc. Ella le reprocha que no pueda vivir sin sus viejos libros, pero admite que le enseña muchísimo. Un día reencuentra a Charles, su gran amor. La aparición de la biblioteca no tiene gran importancia, pero sí el hecho de que Loïc, el bibliotecario, aparezca envuelto en una aventura amorosa, con el estereotipo de bibliotecario amante de los libros, la literatura y la lectura, lo que hace que su amante le vea excesivamente intelectual.

De repente el último verano (Suddenly, last summer), 1959. Joseph L. Mankiewicz, USA.

Una joven está recluida en la institución Saint Mart por su "locura". Acude a visitarla un joven médico neurocirujano. El encuentro con la paciente se produce en la

biblioteca. Vemos los estantes con libros, la escalera en la que Elisabeth Taylor se apoya mientras habla con el doctor. Toda la conversación tiene lugar en la biblioteca, un lugar tranquilo, que invita a la meditación. No hay nadie y pueden conversar tranquilamente.

Desayuno con diamantes (Breakfast at Tiffany's), 1961. Blake Edwards, USA.

Audrey Hepburn (Holly) y George Peppard (Paul) llegan a la biblioteca. Se ven los ficheros. Ella dice: "A propósito, esto ¿qué es?". Él contesta: "Es la biblioteca pública, ¿no había estado nunca aquí?". A partir de este momento, él explica dónde están los libros, qué hay en los ficheros, cómo se pide un libro, la espera y el hecho de que un libro de la biblioteca es una propiedad pública. La escena es entrañable, aunque la bibliotecaria aparece en su papel de guardiana del orden, mandando guardar silencio. Buenísima la descripción de los ficheros. Cuando entran en la biblioteca Holly pregunta dónde están los libros. Paul le dice: "cada uno de estos cajoncitos está lleno de tarjetitas y cada tarjeta lleva el nombre de un libro y de su autor". Buscan uno de él: "VARJAK, Paul" y Holly se queda impresionada de que en

la biblioteca pública haya un libro de su amigo. Lee: "Varjak, Paul. *Nueve vidas* y luego muchos números. Cree usted que tendrán el libro, el suyo?". Paul saca el cajetín de fichas y en el mostrador hace la petición. Holly está impresionada. Se enciende en el panel el número de su petición y acude entusiasmada, hablando en voz alta: "el 57 es el nuestro, el 57 por favor, *Nueve vidas* de Paul Varjak", como si le hubiera tocado un premio en una tómbola. La bibliotecaria le manda callar, cortando su entusiasmo, pero Holly continúa hablando en voz alta. Le pregunta a la bibliotecaria si ha leído el libro, le dice que es muy interesante, ella le dice que cree que no y Holly insiste en que debería hacerlo. Le dice que tiene a su lado al autor. "Quite hacer el favor de bajar la voz, señorita?". Holly le pide a Paul que firme en su libro, para que parezca que lo ha regalado a la biblioteca. Cuando la bibliotecaria ve a Paul escribir en el libro, le increpa: "¿Qué está haciendo, déjelo, está usted estropeando una propiedad pública!". Holly no entiende nada y cogiendo a Paul del brazo le dice: "este lugar no es tan simpático como Tiffany". Otra escena se desarrolla de nuevo en la biblioteca, cuando vuelven y, en la sala de lectura, Paul le declara su amor a Holly en voz alta, sin que los lectores se sientan molestos. Este film muestra muy bien el funcionamiento de la biblioteca y la reacción que provoca su descubrimiento.

Durmiendo con su enemigo (Sleeping with the enemy), 1991. Joseph Ruben, USA.

Julia Roberts trabaja a tiempo parcial en una biblioteca, abandona a su marido, cambia de identidad y se va a otra ciudad donde también trabajará en una biblioteca. Un amigo acude a buscarla a la biblioteca, le pregunta qué hace; ella contesta que nada, apilar, archivar y registrar libros. El trabajo bibliotecario nunca aparece, ni tampoco la biblioteca, pero es destacable que la profesión de bibliotecaria sea interpretada por la guapa Julia Roberts.

El alcalde, el árbol y la mediateca (*L'arbre, le maire et la médiathèque*), 1993. Éric Rohmer, Francia.

El alcalde socialista de una pequeña localidad francesa obtiene del Ministerio de Cultura la ayuda para construir un complejo cultural y deportivo que consta de piscina, mercado y una mediateca. Pero el terreno previsto es un prado comunal que alberga un árbol ancestral. El maestro monta en cólera por la destrucción del patrimonio ecológico, y no comprende quiénes podrán ser los usuarios de la mediateca si la localidad sólo tiene 15 lectores. Tras una batalla que reflejan los periódicos, se modifica el proyecto y se lleva a cabo con las ideas aportadas por un jovencito de 10 años: la mediateca se repartirá entre diferentes casas restauradas de la localidad. La biblioteca en un granero, la videoteca en el viejo molino y la fonoteca en una bodega. Esta película muestra muy bien la política cultural en Francia durante la etapa socialista, en el período de los grandes proyectos culturales



El año de las luces, 1986. Fernando Trueba, España.

Nada más acabar la guerra civil, dos hermanos de un mando del bando nacional son enviados a un colegio de recogida para ser educados y alimentados. Jorge Sanz es un adolescente que prepara en la biblioteca del colegio su bachillerato. La biblioteca es también museo, donde hay, además de libros, un microscopio, un proyector, minerales, películas, etcétera, pero ningún bibliotecario. También aquí la biblioteca sólo sirve de escenario, en esta ocasión confundida con un museo.

El baile de los vampiros (*The fearless vampire killers*), 1967. Roman Polansky, USA.

Aunque es una biblioteca particular, igualmente la citaremos. Se abre una puerta chirriante y aparece una biblioteca llena de libros encuadernados en cuero, pergamino... y cubiertos de polvo. "Veo que su excelencia es gran autoridad en la materia". El dueño responde: "Sí, las ciencias naturales me interesaron mucho cuando fui joven. Mi biblioteca está a su disposición".

El carnaval de las tinieblas (*Something wicked this way comes*), 1982. Jack Clayton, USA.

Jason Robards es un manso bibliotecario, viejo, que vive leyendo y de los sueños de los demás. Es el bibliotecario de Green Town. Un día llega a la ciudad una tenebrosa y misteriosa feria que cumple los sueños de sus habitantes a costa de cualquier cosa. El bibliotecario guarda en la biblioteca el diario de su padre, quien ya

comentaba la presencia de estos saltimbanquis arrebatadores de vida entregando sueños a cambio. El bibliotecario tiene un hijo pequeño, que es quien descubre los maléficos planes de Dark y su feria. Perseguidos por Dark, se refugian en la biblioteca pública. Diferentes escenas se desarrollan ahí. Los niños se esconden en los estantes, entre los libros, y en un momento dado el malvado Dark dice: "¿dónde los archivaría?", mal utilizado por "¿dónde los clasificaría?". ¿En la A de aventuras, en la E de

escondidos...? Justo en ese momento los encuentra. Dark continúa jugando con términos de la biblioteca y al capturarlos dice: "aquí tengo dos bonitos libros nuevos a los que tendré el placer de quitar las páginas". Dark ofrece la juventud al viejo bibliotecario. El bibliotecario, conocedor y poseedor de lo acontecido en otras ocasiones, no se deja embaucar por Dark. Desafía los maleficios y consigue librar y salvar a todo el pueblo de la tenebrosa feria. El personaje del bibliotecario aparece como un hombre encerrado en sus lecturas, como un viejo loco amante de los libros, como si su juventud se hubiera ido entre los libros. Hay un plano significativo de la biblioteca. Cuando Willy y Jim se van a refugar, entre luces tenebrosas aparece sentado el bibliotecario, en el extremo de una gran mesa, presidiendo la escena, como si estuviera sobre un trono. Llama la atención que las escenas en la biblioteca se desarrollen por la noche y que la biblioteca no sea visitada por el resto de los habitantes del pueblo. El bibliotecario cita a su hijo y a su amigo por la noche en la biblioteca, como si fuese su castillo, su fortaleza.

El cielo se equivocó (*Chances Are*), 1989. Emile Ardolino, USA.

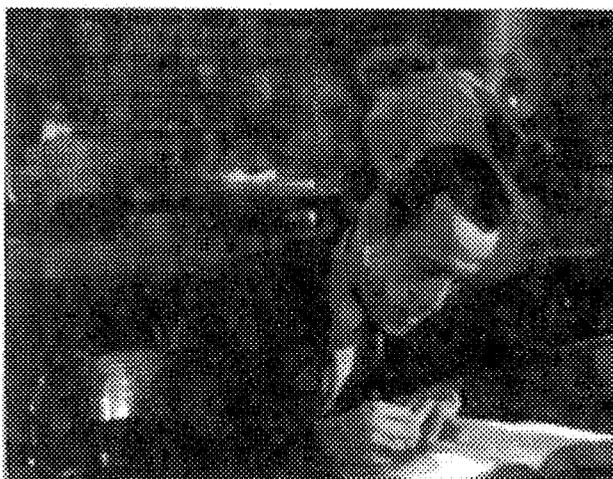
Alex trabaja y estudia en la Universidad de Yale. Mirinda acude a la biblioteca a devolver unos libros; la bibliotecaria le echa una tremenda reprimenda por devolver los libros con un retraso de tres meses: "¿pensabas que nadie tenía que utilizar estos libros durante tres meses?". Quiere ponerle una multa. Pero Alex despista a la bibliotecaria diciéndole que las hojas de unos incunables están siendo manoseadas. La bibliotecaria sale corriendo para salvar los manuscritos. Alex manipula los préstamos en el ordenador y así Mirinda no tiene que pagar nada. La imagen de la bibliotecaria es la de una señora mayor y gruñona.

El Doctor Zhivago (Doctor Zhivago), 1966. David Lean, USA

Zhivago se reencuentra con su amante en la biblioteca de un pueblo perdido de Rusia. Hay un plano de ella, con los ojos iluminados, en la biblioteca de madera acogedora, cálida. Zhivago rellena algo y se lo entrega a la bibliotecaria. Es una escena breve, pero muy conmovedora, y el ambiente acogedor de la biblioteca ayuda a conseguir ese efecto.

El graduado (The graduate), 1967. Mike Nichols, USA.

Elaine Robinson (Katharine Ross) y Benn Braddock (Dustin Hoffman), están en Berkeley. Una escena se desarrolla en la biblioteca del University College Berkeley: Benn le pregunta a Elaine, entre susurros, por la declaración de amor que le ha hecho un médico; va subiendo el tono de voz (una estudiante levanta la vista del libro); Elaine le manda callar, pero Benn continúa subiendo la voz. Finalmente grita y todo el mundo levanta los ojos de sus papeles para mirarlos a ellos. Ha roto el silencio de la biblioteca.



El guardián de las palabras (The Pagemaster), 1994. Maurice Hunt (animación), USA.

Cuando el multifóbico Richard Tyler tiene que refugiarse en la misteriosa biblioteca con su bibliotecario Mr. Dewey, comenzará a vivir una trepidante aventura. El bibliotecario le dice: "bienvenido a la biblioteca", y le habla de la tarjeta de la biblioteca que él no conoce. Le dice que es el pasaporte al maravilloso e impredecible mundo de los libros. Tyler busca un teléfono en la biblioteca y se dirige a la sección de ficción. Tras un pequeño accidente, se convierte en dibujo y aparece el Guardián de las palabras. Tyler, asustado, cree ser un dibujo, pero no, es una ilustración. El Guardián se presenta como protector de los libros, el guardián de la palabra escrita. Tyler quiere salir, pero el Guardián le dice que tendrá que pasar tres pruebas: "si tienes dudas acude a los libros". Tyler comienza a caminar y se topa con Fantasía que, alucinada, le pregunta si es real o ficticio. Encuentra su tarjeta de lector y dice: "acepta mis disculpas, no sabía que eras cliente". Comienza una trepidante diálogo entre los libros y el asustado Tyler. Aparece en escena otro libro, Aventura. Fantasía se mete con él, dice: "soy un libro de leer". Aventura se avergüenza: "soy un clásico bochornoso, te arrancaré las páginas". Quiere salir de la biblioteca: "apostaré todo el oro del mundo a que nunca has visto la biblioteca". Aventura se lamenta de estar en otra estantería. Tyler dice que les ayudará a encontrar la salida. Van caminando y se introducen en la sección de terror, la casa de Dr. Jekyll y Mr. Hyde. Aparece Terror, y les recomiendan que nunca juzguen un libro por su cubierta. Aventura no

tiene miedo de nada. Entonces Terror se transforma en Mr. Hyde. Pasan por una historia de fantasmas. Salen de ella y navegando por el mar alcanzan la tierra de la aventura. Aparece la ballena de Moby Dick, que destruye su barca, y luego la Isla del Tesoro, con John Silver y los piratas peleando. La tarjeta se pierde, sin la tarjeta no se pueden sacar libros, están perdidos. Al final encuentran la tarjeta y así los libros están salvados. Terror es capturado por los liliputienses, como Gulliver... se desarrollan diferentes historias en las que Aventura, Terror, Fantasía y Tyler son los protagonistas: *Jack y las habichuelas*, *Las 1001 noches*, *Alicia en el país de las maravillas*... Tyler consigue volver a la realidad, tiene que elegir entre dos libros para sacar de la biblioteca. Mr. Dewey por una vez le permite llevarse los libros.

Esta es una maravillosa película que comienza en una biblioteca y que gira en torno al maravilloso mundo de los libros. Las fobias de Tyler, tras su paso por la biblioteca, quedan atrás. El film se cierra con la vuelta a la biblioteca y la grata recepción de Mr. Dewey al jovencito usuario que, a partir de ese momento, no podrá desprenderse de los libros. Es increíble cómo el realizador consigue transmitirnos la

magia de la biblioteca y de su contenido. Cuando Tyler llega por primera vez a la biblioteca parece que se hubiera metido en un castillo fantasmagórico. Incluso la aparición del bibliotecario es de sorpresa y miedo, pero rápidamente consigue atraerse al nuevo usuario introduciendo a Tyler en el mundo de los libros, a la vez que le enseña a aprender de ellos: "si tienes dudas acude a los libros".

El nombre de la rosa (Il nome della rosa) 1986. Jean Jacques Annaud; Francia, Alemania e Italia.

Todo el film se desarrolla en torno al saber prohibido. Prohibición que desencadena una serie de asesinatos en un monasterio benedictino en la Italia del siglo XIV. Jorge de Burgos, el viejo bibliotecario ciego, muere en el gran incendio que destruye la rica biblioteca. Esta escena es espectacular. Junto a la impotencia de Sean Connery, asistimos a la gran hoguera en la que se queman valiosos libros miniados. El libro causante de todas las misteriosas muertes también se pierde en el fuego.

El porqué de las cosas, 1994. Ventura Pons, España.

Basada en los relatos de Quim Monzó. En el titulado "Amor", la bibliotecaria (Rossy de Palma) del Museo de Zoología, es una mujer adulta con rasgos faciales llamativos; inteligente, tiene lo que la gente llama carácter. La vemos bajar las escaleras, hay un ordenador portátil sobre una mesa. Ella lleva una camisa y moño, el look estereotipado. Llega un usuario, un jugador de fútbol americano...

Está enamorado de ella, pero la bibliotecaria lo desprecia, lo trata con desdén. Hasta que un día deja de ser huraña con él. Entonces cambia su imagen; se suelta el pelo, lleva escote. Se besan en la biblioteca. Este episodio (la película se compone de 15) es uno de los escasísimos ejemplos de la cinematografía española donde el personaje central es una bibliotecaria. Sin embargo, sobre el trabajo de la biblioteca no hay ninguna imagen destacable.

El sueño eterno (*The big sleep*), 1945. Howard Hawks, USA

Humphrey Bogart llega a la biblioteca pública de Hollywood, está buscando primeras ediciones. Toma un libro y hace una serie de anotaciones: *Chevalier du Bois*, *Ben Hur*. En la biblioteca hay gente sentada leyendo y alguien coge libros de los estantes. Bogart se acerca al mostrador de información y la bibliotecaria, una chica muy guapa, rubia, pero con aspecto de mojiigata, a la que han puesto gafas y un vestido negro con cuellecitos blancos, le pregunta si ha encontrado lo que busca. A ella no le parece un hombre interesado en primeras ediciones. Humphrey Bogart contesta: "también hago colección de rubias".

El sustituto (*The substitute*) 1996. Robert Mandel, USA.

En el Colegio Columbus de Miami, chicos hispanos, negros y de otras razas forman un alumnado multicultural. Los alumnos son los reyes de las aulas y una profesora es

atacada. Su novio, un mercenario, se hace pasar por el profesor suplente. La bibliotecaria del colegio aparece cuando "el sustituto" se presenta en la sala del café:

"Soy Hanna Dilo y me encargo de la biblioteca".

Su aspecto es el de una mujer madura, poco femenina, pelo corto, poco atractiva, viste con camisa blanca y, por los comentarios que hace sobre el lenguaje de los alumnos, está chapada a la antigua. Comienza la lucha entre la mafia del instituto y el nuevo profesor. Perseguido por los alumnos, el sustituto se refugia en la biblioteca, y ésta se convierte en el escenario de una pelea en la que entran en escena todos los tópicos: escalera, carrito, caída de libros, escaramuzas entre los estantes... Vemos la sección de *Referencia*. Escudado en el carrito de los libros, el sustituto hace alusión al silencio que se impone en las bibliotecas. Dice: "silencio en la biblioteca, ha llegado la hora de leer, ahora vamos a leer". Les arroja un libro a cada uno de sus perseguidores y dice: "toma estopa". La bibliotecaria, en el curso de la pelea, es encerrada en la biblioteca, y al final su lenguaje se vuelve ordinario. Al poner en boca de la bibliotecaria un taco, la imagen de la bibliotecaria cambia, de mujer carca a "moderna". No es este el lugar para emitir juicios de valor. Lo destacable de esta película, desde el punto de vista que nos atañe, es la

aparición de la biblioteca escolar y la figura del bibliotecario escolar. A pesar de su uso tópico.

Filadelfia (*Philadelphia*), 1993. Jonathan Demme, USA.

Cuando un joven y prometedor abogado, homosexual, es discriminado en su trabajo, decide defenderse él solo. Acude a una biblioteca para documentarse, y ahí tiene un problema de discriminación por su condición de seropositivo. Otro abogado lo ve todo, y reacciona ofreciéndose a ayudarlo en su defensa. El bibliotecario no es nada agraciado. Otra escena, muy extensa, se desarrolla en la grandísima biblioteca. Dessen Washinton está en una mesa, rodeado de libros, comiendo, se oyen los pasos del empleado de la biblioteca que, con una mirada amenazadora, vigila a los usuarios. Mientras tanto Tom Hanks ha hecho una petición y el bibliotecario se la trae. Le dice: "Señor, aquí tiene el suplemento. Tenía razón respecto al VIH. Hay un sección relativa a la discriminación". El bibliotecario le indica que estará más cómodo en una sala privada para los investigadores. La sugerencia sobre el uso de la sala privada de investigadores se sube de tono, los usuarios miran. La secuencia se cierra con un plano desde arriba de la biblioteca, con la mesas y las lámparas.



Historias de Filadelfia (*The Philadelphia story*), 1940. George Cukor, USA.

James Stewart, periodista de una revista de prensa ama-

rilla, debe cubrir la boda de una rica heredera. Acude a la biblioteca, fundada por el abuelo del anterior marido de la rica heredera, buscando información sobre la familia a la que ella pertenece. El edificio es un pequeño y bonito local de estilo colonial. James Stewart entra en la biblioteca, se quita el sombrero. Vemos la sección de información, a la bibliotecaria colocando libros en el carrito; es una mujer de mediana edad, lleva moño y un vestido blanco con cuello hasta arriba. James Stewart mira los estantes. "¿Qué deseáis?", le pregunta la bibliotecaria. Y después: "Oh, si os place consultad a mi colega de enfrente". Ella se pone a colocar los libros, y él pregunta, en el mismo tono decimonónico: "tenéis un lavabo por aquí". Ella le señala el camino. Va andando entre los estantes y se encuentra con Katharine Hepburn. Mira lo que ella lee. Cuando se ponen a hablar, la bibliotecaria les manda callar con el dedo índice. Se van y, en otro momento, los dos hablan sobre escribir novelas, y el comenta los pocos beneficios que proporciona la literatura, pues "cuando se tiene una biblioteca al lado no se compran libros".

Indiana Jones y la última cruzada (*Indiana Jones and the last Crusade*) 1989. Steven Spielberg, USA.

Indiana Jones está buscando el Santo Grial, siguen-

do las pistas dejadas por su padre. Llega a Venecia, y en una biblioteca rompe el suelo y se introduce en el sótano de la magnífica sala abovedada en busca del sepulcro de un caballero del Grial.

Juego peligroso (*Foul play*), 1978. Colin Higgins, USA.

Gloria es una joven y atractiva mujer, así aparece en una fiesta, pero cuando acude a su trabajo en la biblioteca, su aspecto contrasta con esa imagen atractiva. Gloria está en una fiesta y su amiga le dice: "Gloria, desde que te divorciaste, te encierras en esa biblioteca y te escondes detrás de tus gafas. Antes usabas más escote, sé más coqueta, más sensual. ¿Qué pretendes, ser una solterona?" Gloria acude a la biblioteca, donde tiene una compañera, Stella, una mujer de armas tomar, muy preocupada por el acoso sexual de los hombres. Vemos los ficheros, la sala de consulta, el mostrador de atención al usuario. Stella está recogiendo libros, se acerca al mostrador y habla en voz baja para quedar a almorzar. El silencio de la biblioteca no puede ser violado. Después del almuerzo vuelven a la biblioteca. Gloria con gafas y aspecto recatado va cargada de libros... se encuentra con Mrs. Monk, una señora ya mayor que se dedica a la investigación. Gloria y ella hablan sobre la interesante pista que Mrs. Monk sigue, va cargada de libros con papellitos que marcan las páginas. Vemos los expositores de la biblioteca donde se muestran libros y revistas. Gloria continuamente está cargando y trajinando con libros. La jornada llega a su fin, recoge sus cosas y un montón de libros, pues antes de salir pasará por el depósito a colocarlos. Es aquí donde se desarrolla la escena de acción con los libros y la biblioteca: Gloria camina por los pasillos de los estantes, en algunos planos se le ve la cabeza entre dos estanterías, en otros sólo los pies. El realizador va creando la tensión de una persecución moviendo su cámara entre los estantes, hay planos donde Gloria desliza sus dedos sobre los lomos de los libros. Comienza a sonar una música tensa, algo va a pasar: el depósito tiene ese aspecto donde algo va a ocurrir. Y ocurre: Gloria es atacada por un matón. Pelean, ella corre, sube las escaleras, y aquí aparece el oportuno carrito cargado de libros que Gloria aprovecha para lanzar a su agresor, eludiendo así ser atrapada.

Diferentes escenas se vuelven a desarrollar en la biblioteca. Stella y Gloria están en el mostrador de atención al público, dos usuarias esperan, pero ellas están hablando muy bajo, para no romper ese silencio que debe imperar en una biblioteca. En otro momento Mrs. Monk dice que ella lee ciertas revistas de vez en cuando en la biblioteca. En otro momento Stella entrega una información a la policía sobre la liga en favor de los impuestos a la Iglesia, encontrada por Mrs. Monk en los archivos de la

biblioteca. Así consiguen ayudar a la policía a descubrir la trama que un grupo ha preparado para eliminar al Papa durante una representación de ópera. Esta película de intriga en clave de comedia utiliza a la bibliotecaria como excusa para la investigación. También es notoria la imagen tópica de la bibliotecaria como solterona, a la defensiva de los hombres. El escenario de la biblioteca se utiliza, como en tantas otras películas, como escenario para usar los libros como arma arrojadiza y los estantes como laberinto para escabullirse de persecuciones.

La Bella y la Bestia (*The Beauty and the Beast*), 1991. Trousdale y K. Wise, (animación) USA.

A Bella le gusta muchísimo leer, le encanta la aventura, los viajes, los príncipes, los misterios, acude con frecuencia a la librería y el librero le presta libros, hasta que los lee todos. Aunque es una librería es como si fuese una biblioteca, tiene su escalera por la que Bella trepa para conseguir los libros. En otra escena, Bestia quiere darle una sorpresa a Bella y le ofrece su enorme biblioteca. Bella, impresionada, dice: "nunca había visto tantos libros", y la Bestia le regala la biblioteca.

La decisión de Sofía (*The Sophie's choice*), 1982. Alan J. Pakula, USA.

Es el año 1947. Un joven escritor americano va a Nueva York y en Brooklyn conoce a Sofía, inmigrante polaca tras la II Guerra Mundial. Sofía estudia inglés y cultura americana, acude a clases para extranjeros; el profesor les habla de poetas americanos. Sofía acude a la biblioteca a pedir un libro de Emil Dickinson, pero con su fuerte acento pregunta al bibliotecario por un libro del poeta americano Charles Dickens. El bibliotecario, un joven áspero con gruesas gafas, le reprocha su ignorancia, pues todo el mundo sabe que Charles Dickens no es americano y no escribió poesía. Sofía es viuda de un ayudante de universidad, su padre era profesor, ambos fueron asesinados por los alemanes. Ella es culta, inteligente y educada. El diálogo que se desarrolla en la biblioteca nos muestra lo desagradable de la acogida y la estereotipación del bibliotecario en un papel de instructor que no permite el error.

La escena se desarrolla así:

Sofía entra en el gran hall circular de la inmensa biblioteca y pregunta al bibliotecario, que está detrás del mostrador de información con un aspecto y una actitud imponente:

"- ¿Dónde puedo encontrar ficha que ponga obra de poeta americano del siglo XIX, Emil Dickens, por favor?

- En la sala de ficheros a la izquierda, pero no encontrará esa ficha.

- ¿Por qué dice que no encuentro, que no voy a encontrar?



- Charles Dickens es un escritor inglés, no hay ningún poeta americano llamado Dickens.

- Perdona pero soy segura, Emil Dickens (lo deletrea).

- Escuche. Ya le he dicho que esa persona no existe.

¿Qué quiere, que se lo dibuje? Se lo digo yo. ¿me oye?"

La fuga de Alcatraz (*Escape from Alcatraz*), 1979. Donald Siegel, USA.

Frank (Clint Eastwood) es un convicto que llega a Alcatraz. Le envían a trabajar a la biblioteca de la prisión. El encargado de la prisión está colocando libros subido en la recurrente escalera. "¿Sabes leer?", le pregunta el encargado de la biblioteca. Responde: "sí, siempre que sea en mi idioma". El encargado le dice que lleve el carrito con los libros a las celdas. Frank pregunta si los presos no bajan a la biblioteca, y él le dice que sí ve alguna silla. Resulta curiosísima una biblioteca sin sillas. Mientras hablan, el encargado va cargando libros y revistas en el carrito, y se dirige con él a las celdas. La biblioteca no tiene nada de especial, excepto el hecho de no tener mesas ni sillas.

La historia interminable III: Las aventuras de Bastian (*The neverending story*), 1994. Peter MacDonald, USA.

Comienza la película con un anciano reseñando *La historia interminable*. Bastian (Jason James) llega a un nuevo colegio, perseguido por "los bestias", la pandilla que tiene atemorizado a todo el colegio; corre y se refugia en la biblioteca. Se oye una voz: "libros clasificados según la clasificación de Dewey". Bastian le manda callar y aparece el bibliotecario. Es un señor mayor con el pelo cano, con gafas, el mismo librero de la parte I y II de esta historia. Le dice que quien manda callar en la biblioteca es el bibliotecario (de nuevo el bibliotecario impone orden y silencio en la biblioteca). Bastian ve su libro preferido, *La historia interminable*, libro que se va escribiendo, reseñando, según Bastian va actuando, leyendo, viviendo, hablando, comentando. El bibliotecario le dice que ese libro no puede salir de la biblioteca (la biblioteca como lugar de almacén de tesoros), y que sólo se puede leer en la biblioteca. El preciado libro es robado y Bastian deberá recuperarlo, para salvar a Fantasia de lo bestial, ayudado por el bibliotecario. Además de marcar la importancia de la lectura para la formación de los jóvenes, en este film aparece la biblioteca escolar, y el personaje del bibliotecario caracterizado como personaje sabio y loco.

La jungla de asfalto (*The asphalt jungle*), 1950. John Huston, USA.

Sam Jaffe interpreta a un atracador que acaba de salir de la cárcel y planea un nuevo golpe. Comenta que, estan-

do en prisión, le nombraron ayudante del bibliotecario por buena conducta. La biblioteca no aparece, pero es un comentario que merece destacarse. Además, está mencionando una biblioteca de prisión.



La sombra de una duda (*Shadow of a doubt*), 1943. Alfred Hitchcock, USA.

Suenan las campanadas de las nueve de la noche, la bibliotecaria está apagando las luces. Charly, una muchacha inquieta por el oscuro pasado de su tío, huésped en su casa, llega corriendo a la biblioteca. Vemos el cartel Free Public Library junto con el horario. Llama insistentemente a la puerta, la gente la mira, la bibliotecaria abre la puerta; es una mujer alta, delgada,

rubia, con moño, vieja. Riñe a Charly y le recuerda el horario, si hace una excepción con ella, tendría que hacerla con todo el mundo (todo en un tono muy gruñón). Charly tiene todo el tiempo para acudir a la biblioteca y la estricta bibliotecaria no se explica por qué acude ahora como una enloquecida. Le concede tres minutos. Consulta los periódicos, elige y se sienta. Las sospechas de Charly se confirman al leer la prensa.

La versión Browning, (*The Browning version*) 1994. Mike Figgis, UK.

Un colegio inglés de la alta sociedad. Al comenzar comentan que habrá un concierto en la biblioteca. Laura es la bibliotecaria en el colegio dos días a la semana. A su vez, es la esposa infiel de un profesor del colegio al que, por motivos de salud, jubilan anticipadamente. Durante el acto de su despedida, éste se retira a reflexionar a la biblioteca (la biblioteca como lugar de reflexión). No obstante, la aparición de la biblioteca no es nada significativa, ya que todo gira alrededor del colegio. Ni siquiera el personaje de la bibliotecaria se desarrolla en torno a su profesión, sino en relación a su adulterio. Sin embargo, esto añade una caracterización más moderna de las bibliotecarias guapas y seductoras, y no sólo dedicadas a su profesión.

Los cazafantasmas (*Ghostbusters*), 1984. Ivan Reitman, USA.

La película comienza con una imagen de la fachada de la Biblioteca Pública de Nueva York. La vieja bibliotecaria está recogiendo libros y colocándolos en un carrito, mientras los usuarios leen. Baja al depósito con unos libros en la mano, pero cuando los coloca en los estantes los libros empiezan a volar. Se acerca a una mesa y anota algo, detrás de ella están los ficheros. De pronto se abren los ficheros y todas las fichas empiezan a volar. La bibliotecaria sale corriendo entre los estantes de libros del depósito. En otra escena, los

cazafantasmas comentan la noticia: "a las 13.40, en una sala de la Biblioteca Pública de Nueva York, unas personas han visto una aparición: han derribado libros desde 6 metros de distancia y a la bibliotecaria casi le da un infarto". Van a investigar e interrogan a la bibliotecaria, a la que ridiculizan por su edad. Bajan al depósito y encuentran residuos ectoplásticos en los ficheros; entonces aparece el fantasma de una joven leyendo. Los estantes de libros vuelven a dar juego al realizador recorriendo su cámara por ellos cuando los cazafantasmas salen huyendo. La bibliotecaria es una señora mayor, con su camisa color crema con lazo, parece un mujer dulce, pero bibliotecaria. Lo impactante es que comience con esa escena, con una música leve, misteriosa, tubular, que se va convirtiendo en música de miedo, angustiada, hasta que ella chillaba.

Love story, 1971. Arthur Hiller, USA.

Un usuario llega a la biblioteca y pregunta: "¿Tienes *La Decadencia de la Edad Media*?". La cámara muestra, de arriba a abajo, la biblioteca con balcón y los libros. "¿No tienes tu propia biblioteca, niño bien?"; él responde: "¿quieres contestar a mi pregunta?"; ella: "¿quieres tú contestar primero a la mía?". La estudiante bibliotecaria, una guapa mujer morena, es realmente desagradable, no le mira cuando le habla, lleva gafas grandes y redondas. El diálogo continúa. "Estamos autorizados a utilizar la biblioteca de Berkeley" dice él; ella replica "no estamos hablando de autorizaciones, niño bien, estamos hablando de ética ¿sabes? Harvard tiene 5 millones de libros y aquí sólo unos cochinos libros". Ella está trabajando en la sección de préstamo, vemos cómo introduce las tarjetas de préstamo dentro de las camisas pegadas en las tapas de los libros. Se hace invitar a un café y es el comienzo de un gran idilio. Se trata de uno de los casos en los que, aunque sea una biblioteca universitaria, el personal se queja de escasez de fondos.

Malcolm X, 1992. Spike Lee, USA.

Malcolm X está en la cárcel por delitos comunes y por haberse acostado con mujeres blancas. En la cárcel tomará conciencia de su condición de negro. Discuten sobre Jesucristo: "¿por qué era blanco?" Ser negro es una maldición. Su compañero le pregunta a Malcom "¿has buscado la palabra negro alguna vez en un diccionario?, ¿has estudiado algo alguna vez que no sea para hacer un timo?". Él contesta: "¿para qué?" Entonces entran en la escueta biblioteca de la prisión, cogen un diccionario y ven las acepciones de blanco y negro. La biblioteca como el lugar que contiene obras que te pueden abrir los ojos, la

biblioteca como lugar del saber. Se lo leerán todo, lo reescribirán todo.

Misery, 1990. Rob Reiner, USA.

El popular escritor Paul Sheldon (James Caen), tras un accidente, es secuestrado por una admiradora en Silver Creek. La policía le da por muerto, pero el agente de Silver Creek no queda tranquilo y decide encontrar pistas del autor leyendo sus obras. Lee *Misery*, la última novela de una saga folletinesca, le llama la atención una frase y la anota. Posteriormente ve a la secuestradora, Annie Wilkes (Kathy Bates) y asocia algo. En la biblioteca comprueba que su asociación tiene sentido. Esta averiguación en la biblioteca le permite localizar al escritor. Llama la atención que, en un lugar aislado entre montañas, haya una biblioteca.



¡Qué bello es vivir! (It's a wonderful life), 1946. Frank Capra, USA.

En una pequeña ciudad americana, un honesto banquero, James Stewart, casado y padre de familia, trata desesperadamente de defender su empresa de préstamos frente al Sr. Potter, el mayor financiero de la ciudad. Al borde de la ruina, a punto de suicidarse, un ángel es enviado del cielo para hacerle recuperar las ganas de vivir. Éste le muestra lo que hubiera sido su

ciudad y sus gentes si él no hubiese existido: el desaprensivo Sr. Potter se habría adueñado de todo, la ciudad estaría sembrada de bares y locales de juego, su bella esposa (Donna Reed), feliz madre de cuatro hijos, habría sido una solterona bibliotecaria. Pasamos a describir esta escena: Georges Bailey pregunta por su esposa Maria. El ángel se queda dubitativo y contesta: "es una solterona, nunca se casó, estará a punto de cerrar la biblioteca". Aparece la biblioteca Potter's Public Library. La bibliotecaria es una mujer madura, nada atractiva comparada con la guapa madre de familia que aparece en el resto de la historia. Convertida en una solterona, tímida, con gafas y un ridículo gorrito en la cabeza. Es el prototipo de mujer bibliotecaria, solterona, poco atractiva y temerosa de los hombres. Así James Stewart descubre su rol en el desarrollo y salvaguardia de su ciudad, y retoma el gusto por la vida. Comedia amable, fantástica.

Seven, 1995. David Fincher, USA.

Dos detectives, uno joven y otro a punto de jubilarse, investigan una serie de macabros y rituales asesinatos. El asesino va dejando pistas que los detectives deben esclarecer. El detective mayor consulta, por la noche, en la biblioteca pública de Nueva York. No hay nadie, sólo

están los vigilantes. Entra diciendo: "caballeros, caballeros, nunca lo entenderé, tantos libros a mano, un universo de conocimientos aquí mismo y qué hacéis, pasar la noche jugando al póquer". Ellos contestan: "pero tenemos cultura". Suena una música suave y el detective va recorriendo los estantes. Hojea, entre otros títulos, *Cuentos de Canterbury* y *La Divina Comedia*. Mientras, en otro lugar, el joven detective mira las fotos de los crímenes. El viejo detective hace una anotación: "interesa consultar estos libros respecto a los pecados capitales: *Purgatorio* de Dante, *Cuentos de Canterbury*". Las secuencias se suceden de forma alterna mostrando por un lado la concentración de uno (en la biblioteca) y el cansancio de otro (en el despacho o en su casa). El viejo detective fotocopia el mapa del infierno de Dante, y se lo pasa a Mills. Mientras el viejo detective acude a la biblioteca buscando una pista, Mills encarga ediciones abreviadas de esas obras. La biblioteca como lugar que contiene mensajes que hay que saber descifrar. Otro dato curioso: el FBI está conectado al sistema de bibliotecas con un registro para controlar los hábitos de lectura. Cuando una persona consulta o toma prestado un libro, el FBI dispone de un sistema para identificarlo. Como sucede en numerosos films americanos, a la biblioteca acuden policías, detectives, periodistas, para ayudarse en sus investigaciones, confirmar sus sospechas o ampliar sus conocimientos.



Su otra esposa (*The desk set*), 1957. Walter Lang, USA.

Emmy, el ordenador más perfecto del mundo, podrá contestar a las miles de cuestiones a las que Bunny Watson (Katharine Hepburn) responde cada día, con brio y diligencia junto a sus tres colegas del centro de investigación, consulta, documentación, de una gran cadena de TV en Nueva York. La operación de informatizar el centro de documentación se lleva en secreto. Para la primera demostración, una especialista muy severa se encarga de hacer funcionar el super cerebro, tecleando las preguntas al ordenador, que responde imprimiendo cuando comprende la cuestión. Una situación divertida, para satisfacción de las cuatro documentalistas, es cuando el ordenador no responde. Al final la colaboración se establece entre las documentalistas y la máquina, a satisfacción de todos. En este film podemos ver muy bien reflejados dos aspectos: por un lado, se pone de manifiesto el trabajo invisible, de catalogación, y las dificultades de adaptación del personal de un centro de documentación con la llegada de la informatización. La informatización del catálogo aparece como un problema a la hora de modificar el rol del bibliotecario. En este film

se muestra el miedo de las documentalistas a perder su trabajo, pero este miedo se despeja cuando comprueban que la máquina necesita de sus conocimientos y profesionalidad para poder ser eficaz. El desarrollo de los sistemas informáticos para la gestión documental y de las tecnologías de la información, ha supuesto grandes cambios en la profesión. Este film nos invita a reflexionar sobre el rol del profesional de las bibliotecas. Adaptado al tiempo actual (nuevas tecnologías, Internet, autopistas de la información...) no resulta en absoluto anacrónico. Nuestra profesión, como tantas otras, continuamente evoluciona en cuanto

a las necesidades que la sociedad demanda. Otro aspecto reflejado en el film, que encaja muy bien con la atractiva agresividad de Katherine Hepburn, es la bibliotecaria modesta, pero con una entrega absoluta a su tarea, cualidades a menudo reconocidas en las mujeres bibliotecarias.

Tallo de hierro (*Ironweed*) 1988. Hector Babenco, USA.

En Albany, estado de Nueva York, una vagabunda, Meryl Streep, una tarde de mucho frío, entra en la sala de lectura de periódicos de la biblioteca municipal para calentarse. La bibliotecaria se lo permite, siempre que no se duerma. Se instala en un sillón, cerca del fuego de un chimenea, y se queda dormida. Una amiga la reconoce, y cuando se ponen a hablar, la bibliotecaria le amenaza con echarlas si no se callan. La bibliotecaria tiene aspecto de institutriz, con camisa blanca, chaleco y falda de color verde olivo. La biblioteca es confortable, con sillones y una agradable chimenea.

Ya eres un gran chico (*You're a big boy now*), 1966. Francis Ford Coppola, USA.

Bernard trabaja como ayudante de bibliotecario en la biblioteca pública de Nueva York, colocando los libros en el depósito sobre patines (no sabemos si esto tiene algún fundamento real, pero hay otro film americano donde también se trabaja sobre patines en el depósito). Su padre es un conservador de incunables que ha encontrado una *Biblia* de Gutenberg que el propio Bernard roba en un momento de furia contra sus padres. Unas escenas se desarrollan en el depósito y otras en la cámara de incunables. El joven Bernard está despertando al amor. Amy Parlett, bella compañera de trabajo está enamorada de él, pero el padre se le insinúa. Un continuo enredo entre libros y personal bibliotecario.

* **Antonia Ontoria** es documentalista.

LA BIBLIOTECA EN LA PRENSA DIARIA

Crónica de abandonos

• ESTHER GARCÍA PÉREZ

Antiéndolo a la máxima "Nada ni nadie resiste a la Hemeroteca", podemos reconstruir la vida de una persona, institución o hecho gracias a la prensa diaria. Cada mañana los periódicos nos ofrecen el último capítulo del "folletín" sin fin que es la historia. Lo interesante es leerlo escrito por diferentes y diferenciados autores. Se descubren entonces contradicciones, presencias y ausencias inexplicables, mejoras o deterioros, que nada ha variado o que la variación no ha sido la deseada o la anunciada. Todas estas situaciones aparecen cuando hablamos de la imagen de las bibliotecas en la prensa de los últimos veinte años.

Se han consultado seis periódicos: *ABC*, *El Independiente*, *El Mundo*, *El País*, *El Sol* y *La Vanguardia*. Cada uno de diferente trayectoria, signo y suerte. Tres de ellos, *La Vanguardia*, *ABC* y *El País* cubren todo el tiempo analizado; *El Independiente* y *El Sol* fueron una fugaz pero refrescante presencia en los quioscos durante apenas tres años; *El Mundo*, nacido en la misma época, continúa aún en la calle.

Comenzar el estudio de la prensa en 1976 no es una elección al azar. El criterio fue tanto la aparición de *El País* como el inicio de unos profundos y vertiginosos cambios sociales, culturales, políticos y económicos en la vida de España. Cerrarlo en 1995 responde a motivos de recogida, cuantificación y análisis de la información, pero también al final de ese ciclo.

Los datos han sido recopilados en la Hemeroteca Nacional, la Hemeroteca Municipal de Madrid y el Archivo Literario de la Agencia EFE. Quiero agradecer la colaboración sin trabas de *El País* para acceder a su servicio de documentación. Su amabilidad facilitó y aceleró la tarea de búsqueda.

Cifras

Si nos guiamos por los números tendríamos que constatar que en estos veinte años han sido cerca de 870 artículos los impresos en los periódicos. La media resultante es de 3'6 artículos al mes; uno cada ocho días y medio aproximadamente. Estos datos no pueden ser

entendidos como cifras constantes. Hay grandes diferencias en la atención prestada a las bibliotecas según el año que tomemos como referencia.

No empezamos el recorrido con una buena cifra. En los años 76 y 77 se suman el 2'7% de los artículos totales. La situación da un giro en 1978 (8'9%), pero la alegría dura poco. Durante la década siguiente la distribución no alcanza en ningún momento el 7%. Los años 90 comienzan con buenos augurios (8'9%) como siempre efímeros. En 1994 se alcanza el mayor porcentaje (9'2%). El descenso del 95 no ha sido pronunciado (8%); esperemos que no sea el principio de una tendencia descendente. En todo caso las diferencias entre los años de esta década son menores que en los años ochenta.

En lo relativo a la distribución anual de cada periódico, hay que resaltar que el más regular es *El País*. En contra, *ABC* y *La Vanguardia* tienen mucho altibajos. *El Mundo* muestra una tendencia a incorporar más noticias sobre bibliotecas.

Los periódicos que mayor cobertura han dado a las bibliotecas son, por orden, *El País* (47'6%), *ABC* (28'6%) y *La Vanguardia* (14'1%). Que los dos periódicos con mayor tirada nacional sean los que más espacio dedican al tema bibliotecario es una noticia esperanzadora.

Dado que las Bibliotecas Públicas y las Municipales, junto con las Bibliotecas Populares y de Comunidades Autónomas, recogen conjuntamente la mayoría de las noticias (31'15%), he querido ver qué asuntos eran los preferentes. En este sentido las bibliotecas "generalistas" se han ocupado, sobre todo, de aspectos generales (27'8%) y de actos de inauguración (21'4%).

Hay que destacar que cada uno de los tres periódicos con mayor cobertura en noticias bibliotecarias se han centrado en un tipo de bibliotecas "generalistas". Así, *El País* ha dado mayor relieve a las Bibliotecas Públicas (18'38%) y un poco menos a las Municipales (15'68%). Justo lo contrario sucede en *ABC*. En este diario las noticias referidas a las Bibliotecas Municipales de las localidades de Madrid -es la edición que se ha tomado como base en los periódicos de ámbito nacional- han tenido más importancia (10'6%) que las Bibliotecas Públicas del

Estado (9'79%). Caso distinto es *La Vanguardia*. Su mayor cobertura en bibliotecas "generalistas" se sitúa en la Biblioteca de la Comunidad, la Biblioteca de Cataluña (19'8%).

La Biblioteca Nacional ha aparecido en el 21% del total de los artículos. Dos son los aspectos más tratados: las exposiciones (33'5%) que regularmente se organizan y todo lo que se refiere a instalaciones, reformas y, sobre todo, acceso (32'9%). Este último apartado ha sido muy importante en los últimos años como consecuencia del proyecto de modernización y ordenación de uso de los fondos de la Biblioteca.

La Vanguardia es el diario que menos espacio ha dedicado a la Biblioteca Nacional (8'2%); por contra, ha dado mucha importancia a las Bibliotecas Universitarias (36'1%). Situación inversa ocurre en *ABC*, donde la Biblioteca Nacional ocupa el 31% y las universitarias rozan el 10%. La razón de las diferencias se puede encontrar en la zona de difusión geográfica "natural" de cada uno de los periódicos.

ABC (34'4%), *El Mundo* (34'6%) y *La Vanguardia* (25%) son los diarios que mayor cobertura han dado a las bibliotecas extranjeras. La polémica de la construcción de la Gran Biblioteca de París y el renacimiento de la de Alejandria están en la base de este interés.

Asuntos como la política bibliotecaria, la frecuencia de uso y de préstamo, los presupuestos de cada tipo de biblioteca o los problemas de los bibliotecarios han ocupado el 14'45% del total de los artículos. Dentro de ello los aspectos generales, las llamadas a una ampliación de la red bibliotecaria y la necesidad de mejorar la existente han acaparado el 48% y los profesionales de las bibliotecas el 32%.

Situación general de las bibliotecas

Hasta aquí los datos en frío. Sin embargo, dentro de estas cifras hay historias, deseos, esperanzas, lamentos y curiosidades acerca de un mundo, el bibliotecario, que pocos usan y que algunos apenas conocen.

El escaso hábito de uso de bibliotecas tiene como consecuencia el lento crecimiento y desarrollo de una red sólida. En un estudio encargado por la Fundación Bertelsmann, publicado en la revista *DeLibros* en el verano del 96 (nº 90), se indica que la biblioteca es sala de lectura de libros propios y sólo el 10% de los escasos usuarios, estudiantes en su mayoría, toma libros en préstamo.

La situación no parece haber cambiado demasiado. En un reportaje del 24 de junio de 1979 publicado en *ABC* (pp. 21-23) se lee que el 90% de la población no había pisado una biblioteca en su vida. Del resto, de los

que la visitaban, sólo un 2% lo hacía más de tres veces al mes. Estos "asiduos" son estudiantes que, aprobados sus cursos y salvada su etapa docente, no perpetúan el hábito.

Por hacer una comparación odiosa, en el mismo artículo se podía leer que uno de cada tres ingleses era socio de las bibliotecas públicas británicas.

En ese mismo artículo de *ABC* se mencionaba que el 18% de la población leía diariamente; años más tarde, en 1994, en un informe realizado con datos del Ministerio de Cultura por el suplemento *7 Días de El Mundo* (29 de mayo) la cifra no había aumentado en lo más mínimo. El grupo más amplio (42%) declaraba no leer nunca o casi nunca.

Hay que aclarar que el típico de que en España no se lee es tan cierto como el hecho de que es uno de los mayores compradores de libros y una gran potencia editorial. En un 85% de hogares hay libros, pero ya se ha dicho que sólo el 18% de españoles lee a diario. En este sentido no quiero dejar de mencionar unas palabras de Jaime Campmany,

recogidas en *ABC* el día treinta de enero de 1980: "D. Ricardo de la Cierva (entonces Ministro de Cultura) quiere convertirnos en un país de lectores. O sea que se ha buscado trabajo en el Ministerio de Cultura para ciento siete años" (p. 3).

Según la UNESCO deberían estar a disposición de cada habitante una proporción mínima de dos a tres libros. Sin embargo, en 1989 apenas llegábamos a una relación de 0'53 libros por habitante; en algunas ciudades, caso de Barcelona, ni siquiera se rozaba el 0'2. La situación de la Ciudad Condal era buena si se comparaba con la de Huelva, que disponía de 0'07 libros en 1986. En 1995 las mejoras aún son insuficientes; 1'5 libros por habitante, ante una media de tres en la Unión Europea (*La Vanguardia*, 16 de abril del 95, p. 39). Si la progresión se mantiene puede que en el mítico 2000 cumplamos con la recomendación de la UNESCO, al menos en lo mínimo.

Los escasos fondos disponibles descansan en las 0'76 bibliotecas por cada diez mil habitantes que, como media, tenemos en España, según datos ofrecidos en 1994 por *El País* (24 de marzo). Llegar a una media de 1 biblioteca sería ya una gran noticia; rozar las 23 bibliotecas públicas que existen para los mismos habitantes en Alemania, el sueño hecho realidad de todos los amigos de las bibliotecas.

En conjunto se puede suscribir el titular que *ABC* dio su editorial el día 30 de agosto de 1993: "Suspensión de bibliotecas" (p. 17). Esta calificación se arrastraba desde los años ochenta. En varios artículos de diferentes diarios se

CULTURA Y SOCIEDAD

España se encuentra en niveles inferiores a países más pobres

Bibliotecas y bibliotecarios, un problema sin resolver

MADRID (Carmen Puentes) Cuando todo parecía que iba a dar un giro a nuestra manera de leer... un estudio sobre el uso de las bibliotecas en España... el estudio de la Biblioteca Nacional... el estudio de la Biblioteca Nacional... el estudio de la Biblioteca Nacional...



BIBLIOTECA NACIONAL

Tras el día 3 de febrero...

Las bibliotecas populares en provincias...

Las bibliotecas universitarias...

Las bibliotecas de la red...

Las bibliotecas de la red...

Las bibliotecas de la red...

calificaba ya entonces a la situación bibliotecaria española, no sólo lamentable, sino inferior a la de países en vías de desarrollo. Países con menos tradición cultural y menos patrimonio bibliográfico disfrutaban de mejores bibliotecas; en ellas no tardan una hora en servir tres libros, ni piden poco menos que una instancia y una espera de semanas para conseguir una fotocopia. Con este panorama no es extraño que la gente no se aproxime a las bibliotecas. Hay excepciones, pero éstas deberían ser la norma.

La falta de interés de la población por las bibliotecas y el libro se origina, en buena medida, por el desinterés de los políticos. En una sociedad de electores como es la democrática no es posible olvidar a los lectores y a las bibliotecas. En los libros la gente encuentra lugar para formarse un criterio personal desarrollado sobre temas muy diversos, para formarse integralmente.

En estos veinte años se han celebrado en España seis elecciones generales. Los periódicos han dedicado mucho espacio en cada campaña a dos grandes temas a debatir: economía, empleo, terrorismo, política exterior, educación e incluso cultura. Entre ellos no han estado las bibliotecas. Tal y como señala Juan Sánchez, "la falta de una verdadera política bibliotecaria y de un interés de primera magnitud hacia las bibliotecas" (Sánchez, p. 164) ha sido una constante en los programas electorales de los que la prensa se hace eco. Las buenas intenciones generales se han podido leer a lo largo de los años con frases construidas con verbos como promover, facilitar y pretender. Nada concreto, sólo visiones tangenciales dentro de artículos que abordaban temas culturales más llamativos: ley de mecenazgo, subvenciones a producciones cinematográficas...

Bibliotecarios

La presencia de los bibliotecarios en la prensa se ha dado puntualmente, es decir, con cuentagotas y a raíz de situaciones llamativas.

La primera de ellas llegaba de Barcelona el 1 de agosto de 1976. Tras más de setenta años de funcionamiento, la Escola de Barcelona seguía pidiendo el reconocimiento oficial de sus estudios. Hay que recor-

dar que dicha escuela se fundó en 1915, lo que la convertía en la más antigua en funcionamiento de Europa. Pero la inexistencia en el resto de España de otras escuelas de bibliotecarios era la excusa de la Junta de Rectores de Universidad para rechazar la petición (1).

En estas fechas la profesión estaba casi exclusivamente dirigida a mujeres por varias razones: reducción de gastos en salarios y que las mujeres que se decantaban por la profesión estaban mejor preparadas culturalmente que los hombres interesados, seguramente a causa del escaso sueldo.

La situación llegó a tal extremo que el 31 de mayo de 1978 *La Vanguardia* informaba del cierre de las bibliotecas barcelonesas a causa de una huelga y de la manifestación que la hiciera visible (p. 27). Era el ecuador de una polémica que se prolongó, en ese período, desde el 24 de mayo al 11 de julio gracias a una relación epistolar entre varios lectores. Se intercambiaron opiniones sobre la profesión bibliotecaria y sobre las personas que la ejercían. Así, el primero de los lectores en abrir fuego, afirmaba: "Las bibliotecarias, especialmente las (...) catalanas (...) son poco dadas a ejercer (...) en núcleos sociales pequeños" (20 de junio, p. 5). La Asociación de bibliotecarias de Barcelona le corrigió de esta forma el día 2 de junio: "precisamente es en Cataluña donde hay más bibliotecas atendidas por profesionales en poblaciones pequeñas y en barriadas más desatendidas de equipamientos socioculturales" (p. 7). A los pocos días, el primer comunicante volvía a insistir, diciendo que "ninguna de ellas se (instalaría) en Torralba de Calatrava (Ciudad Real), donde existe una biblioteca cerrada por falta de personal que pueda dirigirla" (11 de julio de 1978, p. 5). Seguramente las bibliotecarias de Barcelona, o de cualquier otro lugar, le hubiesen respondido lo mismo que, en 1983, respondió una lectora de *ABC* ante un artículo del 26 de enero de Jaime Salinas, director general del Libro y Bibliotecas en ese momento: "estamos a su disposición para abrir esas bibliotecas que están cerradas" (29 de enero, p. 11).

Los cierres de bibliotecas por falta de personal han sido noticias importantes en estos años. La primera polémica en relación con estos cierres llegaba de Valencia el 23 de febrero de 1978 y se cerraba un año después. El problema era dejar en manos de las mujeres de la Sección Femenina la biblioteca ante la falta de personal profesional (la oposición estaba prevista para el 80). La situación tenía claros matices políticos. La pregunta que se planteaba era: "¿No significará esto dejar las bibliotecas estatales en manos de un determinado partido político?" (*El País*, 24 de febrero de 1978, p. 27). La biblioteca se abrió en febrero del 79. La noticia fue recogida con el equivocado titular de: "Bibliotecarios disconformes con la apertura de una biblioteca pública" (23

de febrero de 1978, p. 27). La biblioteca se abrió en febrero del 79. La noticia fue recogida con el equivocado titular de: "Bibliotecarios disconformes con la apertura de una biblioteca pública" (23

ABC, MIÉRCOLES, 14 DE FEBRERO DE 1978.

VIDA CULTURAL

EN ESPAÑA TENDRÍA QUE HABER TRECE MIL TITULADOS EN BIBLIOTECAS*

El aumento de la plantilla del Cuerpo facultativo está todavía pendiente del Ministerio de Hacienda

La ampliación en 100 plazas de la plantilla del Cuerpo de Bibliotecarios del Estado y en 1.200 del de estudiantes, junto con la creación de escuelas de Grado Medio y Facultades de Bibliotecarios, son las principales medidas adoptadas a petición por la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas para abordar la precaria situación en que se encuentran estos centros.

La falta de bibliotecarios es, según informó a Efe Miguel del Corral, jefe del Gabinete Técnico de la Dirección General, una de las principales causas del estado de las bibliotecas españolas en España, ya que la escasez de personal cualificado hace inevitable el aumento de los fondos e impide dotar a las mismas de la selección y clasificación que serían deseables.

Actualmente existen en España 115 bibliotecas facultativas y 119 auxiliares, que son de atender los ocho grandes centros nacionales y las aproximadamente 60 bibliotecas universitarias, 14 locales y 1.100 municipales.

A este respecto, las normas internacionales según la Federación Internacional de Asociaciones de Bibliotecarios (en adelante, IFLA) contempladas en la Ley de Bibliotecas por la que se crean 2.000 plazas, con lo cual en España tendría que haber 13.000 titulados.

En este ítem, mientras que la Biblioteca Nacional de España cuenta con unos 40 bibliotecarios facultativos, la de París tiene unos 400. La situación es peor —según afirma a Efe— en el resto de las bibliotecas públicas. En Madrid existen una veintena de centros, al resto de la cual existe un bibliotecario —que normalmente ha de ser del Cuerpo de Facultativos— quien básicamente tiene que atender la Biblioteca Pública Provincial y las bibliotecas de distrito, mientras que en el resto de las bibliotecas de su provincia.

Los encargados de las bibliotecas municipales y de barrio, en la mayoría de los casos, según reconoció Miguel del Corral, serían los auxiliares y, por supuesto, algunas bibliotecas.

El aumento de la plantilla del Cuerpo facultativo de bibliotecarios y del de estu-

diante está pendiente de la aprobación del Ministerio de Hacienda, por el momento. La creación de Facultades, en las que se formarían los bibliotecarios, como especialidad en información documental de las diversas ramas, es también todavía un proyecto y sólo la creación de escuelas de grado medio cuenta ya con la correspondiente autorización.

En cuanto a la escasez de fondos, Miguel del Corral indicó a Efe que, aunque los créditos para adquisiciones han aumentado considerablemente en España a partir de 1976, el número de títulos de adquisición que en otros países de nuestra característica existen alrededor de 20 millones. Pero en España se han más personal cualificado que pueda procesar los nuevos libros, no tiene sentido —aseguró— promover mayores créditos.

(1) En 1982 la Escuela de Bibliología de Barcelona comenzó a funcionar como Escuela Universitaria de Biblioteronomía y Documentación, al amparo del Real Decreto 3104/1978 de 1 de diciembre, por el cual se creaban los estudios. El Real Decreto que aprobó las directrices de planes de estudios no llegó hasta el 24 de febrero de 1981 (BOE 14-3-81).

la de toda la institución española. La fonoteca (80% de la producción española) no ha sido abierta al público porque no hay nadie para atenderla" (p. 32).

Un titular que da cuenta de nuestra escasez en bibliotecarios se escribió el día 24 de enero de 1979 en la página 30 de *ABC*: "En España tendría que haber trece mil titulados en bibliotecas". Con esta cifra se cumpliría con la recomendación de la IFLA, un bibliotecario cada 2.500 habitantes. En 1991, el estudio estadístico sobre Bibliotecas Públicas del Estado de la Dirección General del Libro y Bibliotecas informaba que en España trabajaban 1.023 personas en las bibliotecas; de ellas 324 eran bibliotecarios, tanto funcionarios como personal laboral. Las bibliotecas de Teruel, Cuenca y Palencia cumplían con la IFLA. Sin embargo, la Biblioteca Pública de Madrid estaba atendida por un eficiente 0'03 bibliotecario por cada 2.500 madrileños. Según las recomendaciones el personal de las bibliotecas de titularidad estatal debería ascender a 4.689 personas. Aún nos queda camino por recorrer: construir bibliotecas en número adecuado, dotarlas de libros y demás materiales, y de un número suficiente de personal que los atienda con eficacia cuando los usuarios las llenen de vida.

Otra gran noticia sobre bibliotecarias se produjo en 1983 y tuvo gran difusión en *La Vanguardia* y en *El País*, pero mayor ausencia en *ABC*. La polémica se generó en torno a Dolores Lamarca, Jefa del Servicio de Bibliotecas de la Generalitat. Fue destituida a principios de marzo de ese mismo año por retirar provisionalmente, en una biblioteca de Lleida, el retrato del Rey y un crucifijo, y colgar una representación de Sant Jordi en su lugar. La destitución provocó gran malestar entre el personal de bibliotecas de la Generalitat, que comunicaron su propósito de iniciar una "huelga de celo" al considerar que la destitución de Lamarca se debía a que ella "no consultaba cada detalle de lo que hacía, que actuaba profesionalmente y tomaba decisiones de su competencia (...). Y ha sido esta independencia y profesionalidad, la que no ha gustado a la burocracia (...) del Departament" (*La Vanguardia*, 8 de marzo, p. 21). Tras Lamarca, dos bibliotecarias con cargos de dirección dimitieron de sus puestos en el Servicio de Bibliotecas.

Para finalizar el apartado dedicado a los bibliotecarios me gustaría hacer referencia a tres noticias curiosas. La primera llegaba de México y tenía el reclamo de: "Un funcionario despistado vende una biblioteca pública" (*La Vanguardia*, 20 de julio de 1978, p. 19). Otra fue una emocionada carta de una lectora de *El País*, que recordaba cómo en la Biblioteca Nacional de Dublín le habían expedido un carné de acceso válido para toda la biblioteca durante un año sin que tuviera que presentar documento alguno para conseguirlo, cuando ella ni siquiera puede hacer prácticas en las bibliotecas de la Telefónica, donde trabaja, (*El País*, 19

de marzo de 1993, p. 8). Podríamos evocar a los bibliotecarios "enterrados" en los libros, fieles a la imagen literaria de eruditos, de personas aisladas entre hojas. La realidad nos cuenta que el Ayuntamiento de Madrid trasladó a funcionarios del cementerio para atender una biblioteca. La situación no era nueva: personal de la Empresa Municipal de Transportes también ha prestado servicios en bibliotecas de la Villa.

Biblioteca Nacional

La Biblioteca Nacional ha ocupado páginas sobre todo por los cambios de requisitos de acceso. La polémica comenzó en 1986 y llegó a 1993. Para los directivos del centro era urgente adecuar la biblioteca a las tareas propias de una biblioteca nacional de cualquier país: facilitar, promover e impulsar la consulta e investigación de los fondos del patrimonio bibliográfico y ponerlos a disposición mediante el método más adecuado al resto del país.

Era una queja constante de los universitarios e investigadores; no había sitio ni manera de conjugar los intereses bibliográficos de los estudiantes y de los investigadores. El problema parecía tener una solución en la creación de una biblioteca central universitaria, pero no era decisión de los directivos de la Nacional.

La situación generada por estos hechos hicieron declarar al director de la Biblioteca Nacional en 1987, Juan Pablo Fusi, que el centro se había convertido en un "híbrido de biblioteca municipal, sala de lecturas y apuntes de estudiantes y personas no especializadas", haciendo de él un "monstruo agonizante"

(*ABC*, 22 de agosto, p. 25). En *El País* (8 de septiembre, p. 10) y *ABC* (20 de septiembre, p. 35) publicaron poco después sendos editoriales sobre el tema. Ambos estaban de acuerdo en la falta de bibliotecas en Madrid donde los usuarios pudieran acceder en primer lugar. Sin embargo, discrepaban en el acceso a la Biblioteca Nacional. Para *El País* la etiqueta de investigador exigida para el uso del centro no estaba bien definida y quedaba en manos del mismo la aceptación o denegación. En el *ABC* se aplaudía la decisión de limitar el acceso y se calificaba de vergüenza la falta de una biblioteca central universitaria en una ciudad con cuatro universidades en su término municipal.

Pero el intercambio de misivas continuaba. Mientras, las reformas empezaban. Llegamos así a 1990. Fusi es sustituido por Alicia Girón. Sus primeras declaraciones parecen indicar que la adaptación de la Biblioteca Nacional va a ser un camino largo. *ABC* recoge el día 4 de mayo, en su página 61, de boca de la directora, cuáles son los problemas más acuciantes: "Económicos, el personal -es insuficiente, por falta de dinero-, y administrativos". La petición de convertir la biblioteca en un organismo autónomo podía ser

SUCESOS

SÁBADO 28-5-88

Un coleccionista guardaba más de doscientos libros robados de la Biblioteca Nacional

Entre las obras figuran ediciones de los siglos XVI, XVII y XVIII

Madrid José Luis Sempérn

Más de dos centenares de libros de valor incalculable -entre los que figuran ediciones de Galileo, Kepler, Copérnico, Tycho Brahe, Newton y otros- que habían sido robados de las salas de lectura de la Biblioteca Nacional, han sido recuperados por funcionarios de la Brigada Central de Policía Judicial en la biblioteca privada de un coleccionista, que ha sido detenido junto al presunto autor de las sustracciones de los volúmenes.

La investigación policial comenzó hace casi un año, cuando en el pasado mes de junio, la Biblioteca Nacional denunció la sustracción de unos cuarenta volúmenes, entre los que destacaban colecciones de libros de astronomía de los siglos XVI, XVII y XVIII de los principales autores de la época.

De las gestiones para aclarar el caso se hicieron cargo los inspectores del Grupo de Delitos contra el Patrimonio Artístico, que no pudieron encontrar rastro alguno de las obras en los círculos bibliográficos. Parecía que los libros no habían sido puestos a la venta y las pesquisas se extendieron a los visitantes de la Biblioteca Nacional que tenían acceso a las salas donde pueden ser consultados este tipo de obras.

El trabajo dio finalmente fruto cuando las sospechas se centraron en uno de los más frecuentes clientes del centro. El hombre, cuya identidad coincide con las iniciales M. A. A. M., fue seguido discretamente hasta

averiguarse que tenía contactos con un importante bibliófilo, A. C. Z., a quien podría estar entregando las piezas robadas. Mientras se efectuaban las comprobaciones, la Biblioteca denunció que había sido sustraida otra obra, del siglo XVI, llamada *Mateus Mateus*, ruti, el mismo día en que el sospechoso había acudido al centro.

A bajo precio

Los hechos se precipitaron y los policías obtuvieron una orden judicial para registrar los domicilios de los dos sospechosos. Pese a suponer que el primero vendía a A. C. Z. las obras, a muy bajo precio para que éste las ofreciese a su colección. En la casa del bibliófilo, con ayuda de expertos de la Biblioteca Nacional, se descubrieron 245 obras, al parecer todas sustraidas, sin que el organismo oficial hubiese advertido la desaparición de la mayoría de ellas.

una solución para alguno de estos problemas. En ese mismo artículo decía que la Biblioteca Nacional debía ser: "Un centro de servicios, de forma que justifique las inversiones que en ella hace el Estado y, por tanto, los contribuyentes (...), a través del préstamo interbibliotecario, de forma que los lectores de otros puntos de España o del extranjero puedan recibir en préstamo fondos que no tengan bibliotecas públicas, universitarias o especializadas".

Este pensamiento lo resumía en declaraciones a *El Independiente*: "Me gustaría que realmente fuese una Biblioteca Nacional y no sólo, como hasta ahora, para los usuarios de Madrid" (17 de junio de 1990, p. 42).

La luz parecía asomarse por la Biblioteca Nacional en 1991. La nueva directora, Carmen Lacambra, informaba desde *El Sol* que la "Biblioteca se abrirá a un nuevo público, más allá de los investigadores" (28 de noviembre, p. 59). Lacambra justificó las restricciones anteriores por las reformas en el edificio; superados los momentos más complicados "debía abrirse para ser un centro vivo" (*ABC Literario*, 10 de enero de 1992, p. 12). Un centro que cinco años atrás estableció una reducción temporal del horario de los sábados para el mes de agosto y que, hoy por hoy, aún no ha recuperado esas tardes.

En algunas cartas de lectores del año 92 aún aparecen quejas en cuanto al acceso, por ejemplo a menores de 18 años. Manuel Carrión, a la sazón director técnico de la biblioteca, contestaba informando de los nuevos modelos de carnés que se pondrían en circulación en breve y permitirían la entrada a mayor número de usuarios. Sin embargo, seguía latente las escasas prestaciones de las bibliotecas escolares y universitarias (*El País*, 31 de mayo, p. 12).

Una de las más lamentables situaciones relacionadas con la Biblioteca Nacional se pudo leer en la sección *Cartas al Director* del 17 de diciembre de 1993, en el *ABC*. Una lectora denunciaba la imposibilidad de acceder a la sala de estudio, la única, de la Nacional. La forma en que ella se expresa merece citarse: "No se me permitió el acceso a la sala porque en ella se había desarrollado esa misma mañana un acto importante que iba a ser escrito en los anales de la cultura. La ministra Carmen Alborch y algunos próceres de la Biblioteca Nacional habían cerrado la sala para tomar un refrigerio, y por la tarde, todavía se encontraban sobre las mesas los restos del banquete, por lo que era imposible consultar ningún libro. (...) ¿Es que no hay otro lugar para este tipo de actos? ¿Es que los altos representantes de la cultura y el saber de España sólo van a la Biblioteca Nacional a mover las mandíbulas? Quizá se me considere una persona suspicaz por pensar que a las salas de estudio de la biblioteca más importante de España sólo se iba a estudiar" (p. 60).

Como todo edificio que contiene joyas, la Biblioteca Nacional es una tentación para los ladrones. Claro que las joyas que en ella se encuentran son obsesiones para los bibliófilos. Los libros sustraídos en bibliotecas, como

los cuadros descolgados de los museos, no suelen circular por el mercado en busca de un comprador. Antes bien, el ladrón ya tiene cliente cuando planea el robo. Esto es lo que ocurrió en 1988. El 28 de mayo de ese año la policía recuperó más de 200 libros sustraídos de la Nacional. Todos ellos con más de un siglo de vida.

A raíz de esta noticia la prensa se fijó en el expolio de patrimonio de muchos edificios españoles. Nuestro país es uno de los más ricos en este sentido, pero también es uno de los que menos dedica a vigilarlo y mantenerlo en condiciones. La ausencia de los libros recuperados se había notado gracias a las reformas que se realizaban en el edificio. Fusi declaraba al *ABC* en relación con este robo y con los fondos del centro que "en estos momentos es imprevisible saber cuántos volúmenes se han podido robar" (19 de junio de 1988, p. 76). La escasez de presupuestos no permitía realizar catálogos fiables de los libros en depósito; y la desorganización de los almacenes, situados en 12 plantas, creaban un caos imposible de controlar. El periodista que firmaba el artículo, Carlos Zuloaga, decía, con bastante razón, que uno de los muchos enemigos de la Biblioteca Nacional era el propio Ministerio de Cultura. Otros quizá

anidaban en su seno; es difícil imaginar que libros de medio metro de largo y varios kilos de peso se vuelvan invisibles y livianos para que nadie se fije en ellos.

Otra biblioteca con rango de nacional es la Biblioteca de Cataluña. Y como la de Madrid, la de Barcelona sufre los mismos males. Una paciente lectora de *La Vanguardia* informaba, desde la

sección de cartas, de los pasos para conseguir un libro en préstamo, para lograr una fotocopia o, simplemente, para conseguir leer una página. Por enésima vez la biblioteca se consideraba un laberinto (18 de septiembre de 1988, p. 5) en el que es complicado orientarse. Esta cliente de la Biblioteca de Cataluña podía haberlo sido, sin ningún género de dudas, de la Biblioteca Nacional y no hubiese tenido que variar ni una sola coma de su escrito.

De igual manera la prensa denunciaba que la Biblioteca de Cataluña no puede suplir a las bibliotecas populares y públicas, de la misma forma que no lo puede hacer la Biblioteca Nacional. El menosprecio al patrimonio bibliográfico también se produce a niveles autonómicos, no sólo estatales.

Bibliotecas "generalistas"

Una vez comentada la Biblioteca de Cataluña en el apartado anterior, pasemos al resto de las bibliotecas más cercanas a la población.

La desertización bibliotecaria durante el anterior régimen se extendió como la pólvora. Las bibliotecas que se crearon durante la II República desaparecieron inexorablemente. De tal forma que, en 1977, en Madrid, sólo que-



daban dos bibliotecas municipales. La puesta en marcha de otras y modernizar los fondos de todas tenía que ganarse a las rivalidades entre ayuntamientos y ministerio, entre bibliotecas municipales y populares. Las aperturas fueron celebrándose, pero los edificios no se ajustaban a las necesidades de la población. Las bibliotecas eran inhóspitas e incómodas, por falta de luminosidad, espacio, material o puestos de lectura. No era la mejor manera de "engancharse" usuarios. En 1980 funcionaban en Madrid 13 bibliotecas infantiles públicas con capacidad para unos 6.000 niños (*El País*, 8 de julio, p. 28); las cuentas no salían. Distritos enteros carecían de bibliotecas y las existentes tenían una distribución territorial mal planteada. La iniciativa particular contra molinos locales o estatales lograba la inauguración de una sala que pocas veces disponía de presupuesto para luz o calefacción.

Poco a poco se abrían bibliotecas municipales, populares y públicas en todo el país. Pero casi siempre rodeadas de retrasos y demoras pocas veces comprensibles. Ejemplo de esta situación es la Biblioteca Pública de Salamanca. En un artículo en *El País* de 9 de junio de 1985, nos enterábamos de que estaba en proyecto instalarla en la Casa de las Conchas (p. 41). El Ministerio de Cultura invirtió 10 millones en 1979 para convertirla en Biblioteca, pero las puertas no se abrieron. En 1985 se fijaba su apertura para dos años después. Un lustro más tarde, y gracias a una carta del Director del Libro y Bibliotecas, Manuel Velasco, nos enteramos de que continúa en obras. En esta misma carta (28 de abril, p. 14), publicada en *El País*, nos informa de la relación de Bibliotecas Públicas del Estado inauguradas desde 1986. La carta era una reacción a dos artículos dedicados por el periódico a la apertura de una biblioteca en Alcudia (Mallorca) por la Fundación Berstelmann y el Ayuntamiento. Ésta era calificada como ejemplo para la política bibliotecaria española, ya que su fondo bibliográfico se constituiría atendiendo a las necesidades de los usuarios. La intención y filosofía de esta biblioteca era integrarse en la vida de la localidad y salir en busca de los lectores, mejor dicho, de los vecinos, sean o no lectores.

Para paliar en lo posible la falta de bibliotecas públicas, se firmó un acuerdo entre el Ministerio de Educación y el de Cultura en 1981 por el cual se creaban en zonas poco favorecidas bibliotecas públicas en los centros escolares, atendidas por profesores de EGB o catedráticos de instituto. El plan experimental se inició en Madrid y en otras cinco provincias. Una de las responsables del plan explicaba: "La idea puede parecer un poco tercermundista, pero siempre habrá municipios en los que no se podrán montar

bibliotecas porque estos no las podrán mantener" (*ABC*, 13 de febrero, p. 36). Esta solución permitía que los estudiantes dispusieran de unas bibliotecas escolares, pero el resto de los posibles usuarios podrían entender que no era lugar para ellos. Para que un proyecto de esa naturaleza tenga éxito, no sólo la biblioteca debe ser percibida como algo propio sino que los centros escolares tienen que mantener una comunicación más estrecha con la sociedad. Las relaciones públicas tanto de una como de otro deben ser una prioridad. Otro problema en este plan es patente en municipios envejecidos, es decir, con poca población escolar. En estos casos los alumnos viajan a localidades más o menos cercanas y el pueblo se queda sin biblioteca pública para los vecinos. Esta situación se produjo en 1983 en Navarra. En un artículo de *El País* de 14 de septiembre se recogía de esta manera la noticia: "En poblaciones de menos de 2.000 habitantes desparecerán, por no ser rentables, las bibliotecas públicas de la Diputación de Navarra aún cuando existe demanda. Se pondrán bibliobuses cada 10 ó 15 días" (p. 27). La pregunta que inmediatamente se plantea es cómo se mide la rentabilidad de una biblioteca cuando el criterio de la demanda no es válido. En cuanto a los bibliobuses, sólo queda esperar que los horarios se cumplan con precisión milimétrica.

En la página 37 del diario *ABC* del 19 de febrero del 88 se informaba detalladamente de los días, lugares y horas de parada de los trece bibliobuses que atendían Madrid y localidades de la Comunidad. Una semana después, en el mismo diario, una lectora escribía para decir: "llevo cuatro semanas yendo a la calle Príncipe de Vergara, 271 (una de las paradas previstas) (...) Al preguntar en tiendas cercanas, me respondieron dos veces que no había ido el viernes (día de paso), y otras dos que había ido esa mañana, pero no esa tarde" (p. 14). La ausencia era menos perdonable cuando en el artículo de origen se decía que el bibliobús no ha tenido publicidad, porque es "preferible que su funcionamiento sea casi perfecto antes de lanzar una campaña, ya que los usuarios podían quejarse".

Las construcciones y remodelaciones de bibliotecas no han estado libres de noticias. Muchas bibliotecas se construían y se abandonaban dejando que los libros murieran en las estanterías y destruyendo muchas posibilidades de animación cultural constante del barrio o de la localidad donde están situadas. La noticia más sangrante la recogía *El País* el día 29 de junio de 1990 al difundir que: "El Ayuntamiento de Alcalá de Henares decidió hace dos años no inaugurar una biblioteca (...) porque no tenía aire acondicionado. El centro sigue cerrado. A sólo 500 metros, sin embargo, funciona con cierto éxito la biblioteca del mercado (...). El abandono en que está el edificio, que ha sufrido varios asaltos y ha sido refugio, según los niños del colegio de enfrente, de muchos drogadictos" (p. 2, Madrid).

Esta biblioteca estaba situada en un lugar adecuado,



PUBLICIDAD

con potenciales usuarios a su alcance, con demanda social, pero se abandona por una falta de previsión en su planteamiento inicial o por falta de presupuesto para dotarla de los detalles que precisen. En realidad no hay una voluntad municipal de inaugurarla.

En otros casos las voluntades de dos administraciones públicas diferentes chocan y provocan retrasos en las aperturas. Así ocurría en una población gallega llamada Elviña, donde el Ayuntamiento y la Xunta estaban en conflicto. Por esa razón una biblioteca moderna, de 7.000 metros cuadrados, con capacidad para 70.000 volúmenes, con fonoteca y videoteca, no estaba en funcionamiento después de un año de finalizada la obra y ocho de proyecto. No es posible entender que se inviertan 650 millones de pesetas para luego dejar que lo construido se desvanezca (*El País*, 12 de abril de 1995, p. 28).

La escasez de personal, ya mencionada en apartados anteriores, hace que los horarios de estas bibliotecas cercanas sean muy reducidos y largos los períodos de cierre.

En las cartas dirigidas a los diarios los lectores se quejan de los cierres estivales y de la coincidencia de los horarios con los laborales. En ese sentido hay que recordar que no siempre ha sido de esta forma. En las bibliotecas populares madrileñas de 1915, los domingos y fiestas, desde las cuatro a las nueve de la tarde, se podía ir a leer o coger libros en préstamo. Estas bibliotecas estaban dirigidas a los obreros; se deseaba, según el reglamento de las mismas, alimentar aficiones literarias y crear hábitos de estudio para mejorar la capacitación laboral (Escolar, 1990). Más recientemente ABC publicaba una noticia esperanzadora en relación con los horarios y la frecuencia y cantidad de visitas a las bibliotecas. En la localidad madrileña de Móstoles se contabilizaban las mayores afluencias y préstamos de toda la Comunidad. Para la responsable de las bibliotecas municipales:

"La clave reside en el horario de funcionamiento, que es el más amplio de la Comunidad, ya que las bibliotecas permanecen abiertas los sábados, incluso los domingos por la mañana" (11 de febrero de 1933, p. 65). Esta localidad se adelantaba a la conclusión número cinco de las Jornadas sobre Cultura que celebró, en 1994, el Ayuntamiento de Valencia. En dicha conclusión se aconsejaba: "Las bibliotecas públicas deberán tender hacia el horario prolongado máximo, a la atención durante los fines de semana" (p. 173). Hay que hacer de las bibliotecas las "megalibrerías" más frecuentadas; establecer el lema de que *Las Bibliotecas son para el verano, tanto como para el invierno*.

Un ejemplo de las actividades de las bibliotecas aparecía en *El País* el 10 de marzo de 1991. Con el caldeo y evocador titular "Leer entre pucheros", se informaba de la gran

aceptación de los talleres de animación a la lectura entre las amas de casa. Las bibliotecas públicas están infrautilizadas por los adultos, y dentro de ellos por las mujeres. Estos talleres no sólo les proporcionan un lugar de relación sino que les abren el mundo a otras situaciones y aspectos de la vida, les ofrecen un amplio abanico de posibilidades. Como decía una de las participantes: "Al principio me daba cargo de conciencia sentarme en una silla a leer un libro en vez de coser, planchar o limpiar, pero he llegado a la conclusión de que hay tiempo para todo" (p. 6, Suplemento "Madrid"). Esta actividad no es sólo un beneficio para ella; en realidad estos talleres fomentan la lectura en toda la familia. Los hijos que ven leer y disfrutar con ello a sus padres tienen mayor tendencia a vivir y convivir con los libros, con la biblioteca. Esta habilidad de manejar información es cada día más imprescindible, por tanto hay que ejercitarla, en una sociedad tan influenciada por las informaciones.

Una de las bibliotecas públicas que mayor cobertura ha recibido es la de Toledo. Su traslado al Alcázar fue

durante cuatro años (1986-1990) objeto de discusión. La polémica se generaba por ser un símbolo del franquismo, pero también por ser un edificio de carácter militar que algunos de sus círculos defendía como tal y, sobre todo, por problemas entre el gobierno autónomo y el Ministerio de Defensa. Tan pronto era un asunto resuelto como el traslado se paralizaba. Encontrar un edificio adecuado a las necesidades bibliotecarias de Toledo era, mucho más que urgente, vital. La biblioteca de 45 puestos de lectura era a todas luces insuficiente para los 57.000 habitantes de la ciudad. Los fondos antiguos y las colecciones Malagón y Borbon-Lorenzana merecían un espacio seguro y amplio. El Alcázar parecía ser la mejor opción. Afortunadamente los miles de volúmenes lograron "ocupar" la fortaleza tras una dura batalla y un largo asedio. Desde ABC se felicitaban por ello en un artículo de opinión del 20 de julio de 1990: "El recinto heroico del Alcázar empieza a ser felizmente de todos (...) Es de esperar (...) que las obras venideras destinadas a la instalación de la biblioteca no

se entiendan como una mutilación" (p. 24). El acuerdo concluyó con la cesión de una planta para la instalación de la biblioteca.

Los robos o desapariciones de libros no se producen exclusivamente en las grandes bibliotecas, como la Biblioteca Nacional, también suceden en las bibliotecas públicas. Como ejemplo, la noticia recogida en *El País* el 3 de marzo de 1994: "Un empleado roba 2.000 libros de la Biblioteca Central de la Comunidad" (p. 5, Suplemento "Madrid"). El funcionario sacaba de la biblioteca madrileña dos o tres libros al día. Intentaba venderlos porque su sueldo no le alcanzaba para cubrir las necesidades familiares. Lo más llamativo es el volumen de libros que le dio tiempo a sacar

La asociación vecinal acusa a la concejala de Cultura

Queman libros antiguos en un pueblo de Cáceres para hacer sitio a los nuevos

PEDRO JARA, Cáceres
La asociación de vecinos de Terrón de Rabal (Cáceres) ha denunciado que, por orden de la concejala de Cultura del Ayuntamiento, recientemente han sido quemados libros viejos, algunos de ellos en castellano antiguo y otros que datan del siglo XVIII. "Estos libros fueron instalados en una raión para pasar a mejor vida en el basurero municipal, donde fueron quemados". La raión que llevó a la concejala de Cultura a tomar esta decisión fue, según la asociación de vecinos, "la de dejar lugar, en la recién inaugurada biblioteca, a los libros nuevos, pues los antiguos ya no los lee nadie".

El hecho, que se intentó mantener oculto, fue descubierta por vecinos que reaccionaron desplazándose hasta el basurero y salvando de la quema diversos ejemplares. La asociación de vecinos ha pedido la dimisión de la concejala.

Según la versión facilitada por la concejala de cultura, María Teresa Castellano, todo se debe a que un empleado municipal interpretó erróneamente una orden suya. La concejala mandó retirar una serie de ejemplares "rotos y mohosos" para evitar que se deterioraran otros libros en buen estado, siguiendo los consejos de un bibliotecario. "Yo no sé qué libros cogió el empleado porque yo le dije que se llevara los rotos y las revistas viejas". La concejala de cultura, que considera que el ataque contra su persona

obedece a cuestiones políticas de gente que "jamás ha pisado una biblioteca", asegura que rescató 82 ejemplares antiguos "y si tan sedientos están de cultura, que vayan y los lean".

Por su parte, Teresa, una joven licenciada en Filosofía y Letras que se ha preocupado de que el asunto salte a la opinión pública, entiende que "a finales del siglo XX aún quedas amas de llave, curas y barberos como los de don Quijote que luchan por la salud mental de los vecinos de Terrón y no acuerdan mejor resolución que hacer desaparecer los libros viejos, en mal estado, porque sería incómodo y un poco sucio ponerse a leerlos, además, alguno de ellos, en castellano antiguo, y ¿quién iba a entenderlos?", concluyó en tono irónico.

día de lo que se publica en el mundo, que es centro de información, de conferencias (...), y cuya actividad, paralela a la docencia de los profesores, no cesa, sin embargo, todo el año" (p. 7).

En las respuestas siguientes los lectores apoyaron la postura del profesor Lledó; en algún caso con la añoranza a estancias en universidades alemanas donde disfrutar de una biblioteca de cinco plantas, abierta hasta las once de la noche, incluidos los domingos.

La queja sobre los cierres estivales también ha sido constante en los artículos sobre el tema. Si las investigaciones no se paran, si las horas de estudio de muchos universitarios no se detienen, ¿por qué las bibliotecas se cierran? La contestación es que aquí se enseña de otro modo. Los apuntes son parte esencial de la enseñanza y, a veces, circulan entre los alumnos durante años sin que se mueva una coma. No se fomenta la discusión en las clases ni tampoco el manejo de distintas fuentes para contrastar y ampliar los datos que se reciben. Los profesores recomiendan un manual, generalmente escrito por ellos, y los alumnos sólo subrayan o anotan en los márgenes. La falta de fondos actualizados provoca que ser universitario sea costoso, en lo que a libros se refiere. Las bibliotecas se convierten en el nacimiento de libros caros donde, con suerte, conseguir el volumen para fotocopiar el capítulo deseado y dejarlo de nuevo para el siguiente alumno; es el lugar adecuado para copiar las notas y los apuntes de los compañeros cuando la fotocopidora esté ocupada o fuera de servicio.

Cuando las bibliotecas amplían horarios, como en ocasiones ha sucedido en épocas de exámenes, los estudiantes las abarrotan y se muestran encantados con la decisión. Son los lugares ideales; tranquilos y sin distracciones, para darse el último atracón. Definitivamente, aquí se enseña de otro modo.

Bibliotecas Escolares

Siguiendo con las bibliotecas de ámbito docente, hay que señalar la prácticamente nula presencia de las escolares en la prensa. Esta ausencia es reflejo de la sensación de innecesariedad que se respira en la sociedad. Sin embargo, estas bibliotecas son la base de todas las demás. Hace lectores y personas capaces de manejar información (no tiene que coincidir): es una tarea larga que da sus mejores frutos si se comienza pronto.

Las administraciones, de cualquier nivel, no les prestan la atención que se merecen; pocas de ellas les dedican una línea de intenciones en las leyes

educativas o en los presupuestos. Pocas escuelas disponen de recursos para un bibliotecario; horas robadas a descansos y encajes de bolillos en los horarios de los profesores, permiten que otras mantengan, a duras penas, la biblioteca. Y si estas situaciones se dan en grandes ciudades, cómo no se van a producir en zonas rurales, en las que aún hay escuelas unitarias.

Los lotes de libros que se envían para constituir el primer fondo (unos 100 volúmenes) muchas veces quedan abandonados en las estanterías de un aula acondicionada como biblioteca y abierta cuando uno de los profesores encargados de ella no tiene clase o tutoría. En los últimos años se están organizando cursillos de formación entre los profesores para que se ocupen de las bibliotecas en los centros, pero conseguir la figura del bibliotecario escolar, con formación específica en los planes de estudio y su funcionamiento cotidiano es una utopía con los presupuestos manejados por el Ministerio de Educación y Cultura. Una posible solución es salir más en los medios y seguir clamando por un sistema educativo donde las bibliotecas sean el eje y el punto de encuentro. Como decía Francisco Bernal desde las páginas de ABC, en un lejano, pero próximo, once de mayo de 1978: "El problema es que no se ha educado a la gente para que la visita frecuente a la biblioteca sea algo normal (...)

queremos que la biblioteca se convierta en un hábito y en un derecho" (p. 41).

Bibliotecas de Organismos Culturales

Tres han sido los Organismos Culturales que han recibido una mayor atención: CSIC, el Ateneo y el Círculo Catalán en Madrid. El primero apareció con mayor intensidad en diciembre de 1978. En esa fecha se produjo un incendio que destruyó la biblioteca del Instituto Balmes. Desde las páginas de los diarios se lamentó la pérdida irreparable de documentos de gran valor histórico (ejemplares del XVI, XVII y XVIII) y años de investigaciones. Pero si terrible fue la pérdida, más pena produce el titular que apareció en *El País* el 3 de diciembre: "Había menos medidas de seguridad que en un comercio de tipo medio" (p. 23). Como ya se ha dicho, en España se dedica dinero para conservar y restaurar el Patrimonio. Se recibieron cartas lamentando tanto lo irreparable como la "desidia cultural". Y es que, bajo el titular mencionado, se podía leer: "En la planta se contaba sólo con unos diez extintores, de los que no existe la certeza de que funcionarían correctamente".

El Ateneo ha recibido atención por dos aspectos. Los requisitos de edad para acceder a sus fondos y el deterioro de los mismos. En cuanto al primer tema, los argumen-

HERNANDO SÁENZ GONZÁLEZ

La Alejandrina, delirio faraónico

En un día del año de 1978, los miembros de la Comisión de Cultura del Ayuntamiento de Madrid, se reunieron en la sala de sesiones del Ayuntamiento para discutir el proyecto de ley que autoriza la construcción de un nuevo edificio de la biblioteca de Madrid.



El edificio, que se sitúa en la zona de la Puerta de Toledo, tiene una superficie de 10.000 metros cuadrados y se proyecta que costará unos 100 millones de pesetas. El proyecto fue presentado por el arquitecto Juan José Sureda y el ingeniero de obras civiles, Juan José Sureda y el ingeniero de obras civiles, Juan José Sureda.

160 MILLONES de dólares costará construir otra gran biblioteca en el sur lejano. Añadir, continuado por los páramos de un país pobre. El edificio, que se sitúa en la zona de la Puerta de Toledo, tiene una superficie de 10.000 metros cuadrados y se proyecta que costará unos 100 millones de pesetas.

El edificio, que se sitúa en la zona de la Puerta de Toledo, tiene una superficie de 10.000 metros cuadrados y se proyecta que costará unos 100 millones de pesetas.

El edificio, que se sitúa en la zona de la Puerta de Toledo, tiene una superficie de 10.000 metros cuadrados y se proyecta que costará unos 100 millones de pesetas.

PUBLICIDAD

tos de los lectores eran similares a los que se producían al hablar de los mismo en relación con la Nacional: con diecisiete años se permite a los jóvenes ingresar en calidad de socios en un club de fútbol o en asociaciones político-sociales (léase asociaciones de estudiantes o similares), pero no pueden hacerse socios de una biblioteca como la del Ateneo o la Nacional. La imagen de estas instituciones sigue siendo fría y distante para los jóvenes, en parte por lo ya comentado en relación con las bibliotecas escolares: la falta de hábito en su uso.

Pero el tema más recurrente para el Ateneo es la restauración de muchos de sus volúmenes. Desde 1980 han aparecido cartas y artículos sobre la cuestión. No ha sido una presencia anual pero sí se ha repetido con periodicidad. El recorte de los presupuestos hacía difícil cuidar adecuadamente los 100.000 volúmenes necesitados de una encuadernación nueva. El problema de la conservación volvía a las páginas de los diarios.

La polémica más reciente es la generada en el Círculo Catalán de Madrid. Desde *La Vanguardia*, y a través de las cartas de los lectores, se difundía la venta a precio de saldo de fondos de su biblioteca en junio de 1995. El intercambio de misivas fue tan diferente en sus puntos de vista que una de ellas comenzaba con la confesión: "Yo compré libros del Círculo Catalán" (30 de junio, p. 24). La movilidad no era lo grave en este asunto, sino la forma en que los libros habían salido de la biblioteca y habían sido puestos a la venta; la sensación de que estaban siendo malvendidos era lo más sentido.

Bibliotecas extranjeras

Los dos grandes proyectos bibliotecarios de los últimos años, la Biblioteca de Francia y la Biblioteca de Alejandría, han sido ampliamente tratados. El primero por la polémica y los retrasos y reinicios en su comienzo; el segundo por lo evocador de su nombre y su historia.

El largo camino para inaugurar la Biblioteca de Francia fue seguido desde los inicios. La debilidad del presidente francés Mitterrand por los proyectos faraónicos, monumentales, que han cambiado la cara de una importante zona de París, era la base para hablar de la biblioteca. Esta obra era la más grande entre las construidas en su mandato. La polémica fue tal que se llegó a pensar en suspender el proyecto, pero la decisión se llevó hasta el final. En marzo de 1995 los diarios informaban de su inauguración. Mitterrand había cumplido su sueño en los últimos días de mandato. La arquitectura del edificio, la dis-

tribución de los fondos y las salas y los materiales utilizados no dejaron de ser motivo de discusión después de la inauguración. Pero el número de fondos y de adquisiciones previstas anualmente, el espacio disponible y el personal que en ella trabaja nos produce la sensación de que será una de las grandes bibliotecas nacionales de Europa.

La Biblioteca de Alejandría siempre ha estado presente en el mundo bibliotecario y en la cultura. Quizá un día sepamos su edad real y los volúmenes que contenía. Quizá nos enteremos de qué era ciertamente, como su vecino, faro de saber en el mundo antiguo. En cualquier caso sigue siendo la biblioteca por excelencia, la biblioteca que funciona como uni-

verso, no como laberinto. Pero la leyenda es una cosa y la realidad actual otra. Construir la gran biblioteca en Asuán no ha escapado de críticas: su presupuesto millonario para levantarla en los páramos de un país pobre, lejos de los circuitos, en un pueblo con un escaso aeropuerto. Las preguntas se resumen en una formulada desde las páginas de *La Vanguardia* en un artículo de opinión el 10 de abril de 1990: "¿Porqué se quiere demostrar que la cultura es un bien de difícil acceso?" (p. 13). Aunque la pregunta es importante, y su respuesta sería larga y profunda, hay que tener en cuenta las autopistas de la información

que mantienen en contacto a grandes bibliotecas, nacionales o universitarias, en muchos países del mundo. En España no nos queda mucho tiempo para incorporarnos a dicha autopista de forma real, de manera que podamos disponer de la información de cualquier biblioteca del mundo en una biblioteca pública. Sólo cuando lo hayamos conseguido se podrá afirmar que estamos al nivel que queremos. Este nivel incluye mejorar y difundir las bibliotecas más cercanas a la sociedad.

Conclusiones

En los artículos leídos se nota la buena fe, los propósitos de enmienda, la ilusión de avanzar. Pero se repiten titulares y frases cada vez que hay un cambio de director en un organismo relacionado con las bibliotecas. No se avanza porque no hay intención de mover el coche, porque el presupuesto dice que no, aún cuando las palabras digan sí. En los reportajes anuales la educación y la cultura sufren graves recortes.

Es cierto que las inauguraciones de bibliotecas públicas se han tratado mucho, sobre todo en las

MADRID

VIERNES 23 DE JUNIO

Barríos

Puente de Vallecas

Los vecinos, sin biblioteca por unas obras que comenzaron hace seis meses

El otro centro de lectura municipal, cerrado por vacaciones

Madrid Esther L. Palomares

Las obras de ampliación que se realizan en la biblioteca de la calle Puerto de Monasterio por la causa de que las instalaciones de este servicio municipal se encuentran cerradas al público desde hace más de medio año. En este sentido comienzan a desperantarse las oficinas vecinales. Asimismo, los vecinos han denunciado que la obra biblioteca del barrio, dependiente del centro cívico Alberto Sánchez, se ha cerrado el mes de agosto.

Las obras de remodelación y ampliación que la Junta Municipal del distrito comenzó el pasado mes de febrero en la biblioteca de la calle de Puerto de Monasterio han impedido durante más de medio año que los vecinos pudieran hacer uso de este servicio. En este sentido, fuentes vecinales, que esperan impacientemente la "reapertura del centro, aseguran que las dimensiones de la biblioteca son demasiado pequeñas "para soportar la afluencia de público que acude allí a estudiar".

Fuentes municipales aseguran a ABC que al retraso de la apertura de la biblioteca se debe a la complejidad de las obras. El proyecto de remodelación, que supondrá una inversión de más de treinta y siete millones de pesetas, consta de tres fases: la primera consistirá en la mejora del problema de humedad que presenta el edificio; la segunda consiste en la ampliación propiamente dicha del edificio, que se realizará a costa de un local anexo que en su día sirvió como sala de los

antiguos Juzgados del distrito, y la última fase se basará, fundamentalmente, en obras complementarias de mejora. Por el momento, según las mismas fuentes, se han realizado las dos primeras fases del proyecto por lo que se prevé que la biblioteca se vuelva a abrir el próximo mes de octubre, aunque el concejal del distrito, Carlos Martínez, aseguró que "las obras estarán acabadas a primeros de septiembre".

Además, algunos vecinos han manifestado su descontento con la decisión municipal de mantener cerrada la biblioteca dependiente del centro cívico Alberto Sánchez durante el mes de agosto. En este sentido, fuentes municipales aseguran que "este problema se plantea por la reducción de personal durante los meses de verano". Sin embargo, añadieron que desde el próximo año el Ayuntamiento organizará un proyecto conjunto de coordinación con la red de bibliotecas de la Comunidad autónoma.

ediciones de cada región, pero las condiciones de las aperturas no eran siempre las óptimas. Y más sangrantes son los cierres y los abandonos. No dar la posibilidad de usar las bibliotecas de manera adecuada es tanto como no promoverlas.

Faltan actos en las bibliotecas, actuaciones llamativas que las saquen de sus paredes y que impliquen a los demás vecinos de barrio o localidad. Actuaciones como las llevadas a cabo en Suecia. Este país cuenta con una excelente red de bibliotecas públicas y organizan campañas como la de "Puerta a puerta", o la "Biblioteca del mes". En ellas sacan los libros, se los llevan al usuario, y así dan a conocer su existencia y sus usos. Incluso bajan al metro, donde disponen de vitrinas donde informan de las actividades, de los últimos fondos adquiridos y donde recogen los deseos de la gente. No esperan, buscan al usuario.

Blanca Calvo se lamenta de lo poco que las bibliotecas aparecen en la prensa, lo que es espejo de lo abandonadas que están. Pero cuando se lee que los volúmenes no se cuidan, que los edificios tienen casi que derrumbarse para acometer obras mínimas en ellos, que no se planifican de acuerdo con las necesidades, nos obligan a dar un paso atrás antes de pensar en ir a las bibliotecas. A esto hay que añadir el poco interés por hacerlas parte de la vida desde la escuela. Las cartas de algunos lectores -una de las más interesantes secciones que sobre el tema puede ser consultada- se lamentan profundamente de esta situación. Si pensamos que pocos son los que escriben y que las cartas se seleccionan, podemos tener la esperanza de que hay otros muchos que aplauden y apoyan los deseos de tener unas bibliotecas más cercanas y vitales. Sólo necesitan saber que sus deseos son realidades. Esta labor de difusión necesita del primer paso de las bibliotecas. Las notas de prensa, de radio e incluso de televisión deben ser una parte cotidiana de la vida de ellas. Crear una figura como la de relaciones públicas de las bibliotecas de una comunidad podría ser un buen medio para ello.

Dado que los partidos políticos no dan la suficiente importancia a las bibliotecas, y en consecuencia no son percibidas como importantes, la sociedad debería hacer que los políticos se dieran cuenta de su error. Los educadores y los bibliotecarios estamos juntos en esa tarea, somos los que más cerca vivimos el problema y los que podemos despertar la necesidad dormida.

Como se recogía en un resumen inicial de una serie publicada en ABC entre diciembre del 77 y febrero del 78 sobre las bibliotecas que se podían encontrar en Madrid, con sus fondos y horarios:

"Los libros tienen sus apartamentos pero también sus palacios. Las bibliotecas están abiertas. Únicamente falta conocerlas".

* Esther García Pérez es Licenciada en Ciencias de la Educación.

FUENTES:

- ABC (1976-1995)
- El Independiente* (1989-1991)
- El Mundo* (1989-1995)
- El País* (1976-1995)
- El Sol* (1990-1992)
- La Vanguardia* (1976-1995)

BIBLIOGRAFÍA:

Bibliotecas Públicas del Estado: Estudio estadístico. Año 1991. Madrid: Dirección General del Libro y Bibliotecas, 1992.

Bibliotecas pública, hoy y mañana: Nuevos planteamientos de objetivos y gestión. Madrid: Pirámide; Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1988.

CARRIÓN, M.: *Manual de bibliotecas.* Madrid: Pirámide; Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1993.

CHARENTREAU, A. M.; LEMAÎTRE, R. *Drôles de bibliothèques... Le thème de la bibliothèque dans la littérature et le cinéma.* Paris: Editions du Cercle de la Librairie, 1993.

Delibros, nº 90, julio-agosto 1996.

Educación y Biblioteca, nº 50, octubre 1994.

Educación y Biblioteca, nº 52, diciembre 1994.

Educación y Biblioteca, nº 58, junio 1995.

Educación y Biblioteca, nº 67, abril 1996.

ESCOLAR, H.: *Historia de las bibliotecas.* Madrid: Pirámide; Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1990.

GÓMEZ GÓMEZ, M. A.; GÓMEZ HERNÁNDEZ, J. A.; LLUCH BAIXAULÍ, L.: "La imagen de las bibliotecas públicas en la prensa regional de Murcia". (Se publicará en las *Actas del VI Congreso de ANABAD*).

GÓMEZ HERNÁNDEZ, J. A. ed. *Lectura, educación y bibliotecas, ideas para crear buenos lectores: actas de la Reunión Nacional de Estudio y Debate, organizada por Caja Murcia y ANABAD-Murcia celebrada el 22 de octubre de 1993.* Murcia: ANABAD-Murcia, 1994.

GÓMEZ HERNÁNDEZ, J. A. *La función de la biblioteca en la Educación Superior. Estudio aplicado a la Biblioteca Universitaria de Murcia.* (Tesis doctoral). Murcia: Universidad de Murcia, 1996.

MÉNDEZ APARICIO, J.; MÉNDEZ APARICIO, J. A. *La Biblioteca Pública: ¿índice del subdesarrollo español?.* Madrid: Edición de autor, 1984.

PRINS, H.; GIER, W. de: "Imatge, estatus i reputació de la biblioteconomia i la documentació". En *ITEM*, nº 13, 1993, pp. 25-38.

SÁNCHEZ SÁNCHEZ, J. "Bibliotecas públicas y partidos políticos. Las políticas bibliotecarias en los programas electorales (1977-1993)". En *Boletín de ANABAD*, XLIV, nº 2, abril-junio 1994, pp. 123-175.

Textos Legales: Bibliotecas. Madrid: Ministerio de Cultura, 1983.

CULTURA

LUNES 20-3-95

Una autopista para ratones de biblioteca

La Biblioteca Nacional y la Library of Congress se ponen de acuerdo para intercambiar por ordenador registros y fondos

Washington. Pedro Rodríguez. Sobre el papel, la tecnología informática ya permite a un estudiante en la Biblioteca Nacional repasar desde Madrid los catálogos de la famosa Library of Congress en Washington. Desde esta semana, esa posibilidad fantástica se ha transformado en un compromiso formal. Las dos instituciones han firmado un acuerdo de colaboración para intercambiar registros bibliográficos y experiencias para implantarse en el espacio cibernético.

En esta carrera por transformar las bibliotecas en bases de datos accesibles para la superautopista de la información, la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos lleva ventaja. Esta institución colabora desde 1994 con organismos privados para su reconversión electrónica. La tarea requiere millones de dólares, que no abundan en el presupuesto federal. Para esta reconversión, la Biblioteca del Congreso ha empezado por las pequeñas que no se encuentran en otra parte.

La Biblioteca dispone de 100 millones de piezas de los que 35 millones son libros. El proyecto, llamado National Digital Library, se ha iniciado el año 2000 para transformar 5 millones de piezas únicas en imágenes electrónicas, capaces de ser consultadas por teléfono por cualquier ciudadano con un ordenador y un módem.

El director de la Biblioteca en Washington, James H. Blington, ha compartido estas experiencias con el español Carlos Ortega de visita en Estados Unidos por algunos centros bibliográficos a la cabeza en proyectos de reconversión. Desde el punto de vista técnico, la Biblioteca del Congreso ya ofrece acceso a sus fondos informatizados vía internet. También los catálogos de sus más recientes adquisiciones se han distribuido vía electrónica. Además, la Biblioteca del Congreso comparte sus catálogos en régimen de intercambio con sus pares: Alemania, Canadá, Francia, Japón, México y Zélandia. Hasta ahora, sólo se ha hecho referencia a la Biblioteca Nacional de España. La institución cultural madrileña ha recibido que necesite un presupuesto extraordinario de 2.500 millones de pesetas para llevar a cabo su expansión informática. Por ahora se han conseguido donaciones privadas, con el consiguiente carácter fiscal, por valor de la mitad.

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

ALBARIC, Michel, LEMAITRE, Renée: "Images de bibliothécaires hier et aujourd'hui". En *Bibliographie de la France*, n° 4, 28, janvier 1976.

BERENKASSA, G: "Bibliothèques imaginaires: honnêteté et culture, des Lumières à leur postérité". En *Romantisme*, n° 46, 1984.

CHARENTREAU, Anne-Marie; LEMAITRE, Renée: *Drôles de bibliothèques: le thème de la bibliothèque dans la littérature et le cinéma*. Préface de Roger Chartier. Deuxième édition revue et augmentée. Paris: Éditions du Cercle de la Librairie, 1993.- 416 p.

COLSON CALVIN, John: "Professional ideals and social realities: some questions about the education for librarians". En: *Journal of Education for Librarianship*, n° 2, fall, 1980.

DUDA, Frederick: "Librarians on film". En *The whole library handbook*. ALA: Chicago, 1991, pp. 457-458.

DUFFY, Joan R.: "Images of librarians and librarianship: a study". En: *Journal of Youth Services in Libraries*. USA: American Library Association, verano 1990, Vol. 3, n° 4, pp. 303-308.

FILIOLE, Anne-Marie: Les mots pour le dire. En: *Bulletin des Bibliothèques de France*, Paris, 1986. Vol. 31, n° 4, pp. 320-327.

GARCÍA PÉREZ, Esther: La imagen de las bibliotecas en la prensa española (1982-1994). En: *Educación y Biblioteca*, Madrid, 1995. n° 58, pp. 13-17.

GUIGUE, Jacques; HERMAN, Nadine: Les professionnels des bibliothèques territoriales. En: *Bulletin des Bibliothèques de France*, Paris, 1994, t. 39, n° 6.

KURUSA: *La calle es libre*. Caracas: Banco del Libro, 1981.

LINARES COLUMBIE, Radamés: La formación de bibliotecarios en América Latina. Reflexiones. En: *Revista Interamericana de Bibliotecología*, Medellín, Vol. 16, n° 1, Enero-Junio, 1993, p. 61.

MÉNDEZ APARICIO, J., MÉNDEZ APARICIO, J.A.: *La Biblioteca Pública: ¿índice del subdesarrollo español?* Madrid. Edición de autor, 1984.

MOYNAHAN, Julian: "Libraries and librarians: novels and novelist". En *American libraries*, vol. 5, n° 10, nov. 1974, pp. 550-553.

O'BRIEN, Ann, RAISH, Martin: "The image of the librarian in commercial motion pictures: an annotated filmography". En *BI-L (The Bibliographic Instruction Discussion Group)*, Collection Management, vol. 17(3), 1993, pp. 61-84.

PÉREZ CORTÉS, Ana Lourdes: *El libro y la biblioteca en la literatura infantil: guía de lectura*. Memoria de Diplomatura presentada por Ana Lourdes Pérez Cortés; dirigida por Araceli García Rodríguez. (s.l.), (s.n.), 1995, III, 112 p.

PÉREZ-RIOJA, José Antonio: *Penetración social del concepto "Biblioteca"*. Madrid: Dirección General de Archivos y Bibliotecas, 1954.- 19 p.- (Anejos del Boletín de la Dirección General de Archivos y Bibliotecas; 11)

POULAIN, Martine: "Le Mille-feuilles: petite anthologie littéraire et subjective sur les bibliothèques et leurs lecteurs". En: *Bulletin des Bibliothèques de France*, Paris, 1986. Vol. 31, n° 4, p. 306-315.

PRINS, H., GIER, W. de: "Imatge, estatus i reputació de la biblioteconomia i la documentació". En *ITEM*, n° 13, 1993, pp. 25-38.

POULAIN, Martine: "Le mille-feuilles: petite anthologie littéraire et subjective sur les bibliothèques et leurs lecteurs". En *Bulletin des Bibliothèques de France*, t. 31, n° 4, 1986, pp. 306-315.

RIONDET, Odile: Un regard extérieur sur l'identité professionnelle des bibliothécaires. En: *Bulletin des Bibliothèques de France*, Paris, n° 6, p. 56.

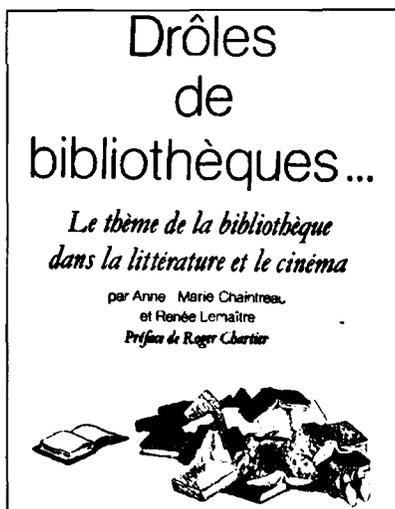
SAPP, Gregg: "The Librarian as main character: a professional sampler". En *Wilson Library Bulletin*, January 1987, pp. 29-33.

SEIBEL, B.: *Au nom du livre... Analyse sociale d'une profession: les bibliothécaires*. Paris: La Documentation Française, 1988.

SPINK, John: *Niños lectores. Un estudio*. Salamanca: Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1990.

STELMAKH, V.D.: "L'image de la bibliothèque". *Communication IFLA General Conference*, Sidney 1988, Division Education and Research (61 THEOR, I.F.)

VILLORA REYERO, María Luisa: "Las bibliotecas en la novela actual". En *Boletín de ANABAD*, vol. 31, 1981, octubre-diciembre, n° 4.



PUBLICIDAD

PUBLICIDAD